

TRATADO DE COSMOGONÍA

Edouard Schuré

PRÓLOGO

En el mes de mayo de 1906 el Dr. Steiner vino a París con algunos discípulos para dar una serie de conferencias privadas, reducidas a un círculo íntimo. Nunca lo había visto; apenas si sabía que existía. Pero a propósito de uno de mis libros, (el drama "Les Enfants de Lucifer"), había estado en correspondencia con su distinguida amiga, Mlle. de Sivers, que más tarde se convirtió en su esposa y en su colaboradora más inteligente y eficaz. Y fue ella la que, un buen día, trajo al maestro a mi gabinete de trabajo.

Nunca jamás olvidaré la impresión extraordinaria que me hizo este hombre al entrar en mi despacho. Al ver su rostro enflaquecido, pero de una serenidad poderosa y abrumadora, sus ojos negros y misteriosos, donde brillaba una luz maravillosa que surgía de insondables profundidades, tuve, por primera vez en mi vida, la convicción de encontrarme frente a uno de esos videntes sublimes, que tienen la percepción directa del más allá. Yo había descrito intuitiva y poéticamente hombres parecidos en mi obra "Los Grandes Iniciados", pero jamás había esperado encontrar a alguno de ellos en este mundo. La sensación fue instantánea e irresistible. Era a la vez lo inesperado y lo ya visto. Antes de que él hubiera abierto la boca la voz interior me decía: "He aquí a un verdadero maestro, que desempeñará un gran papel en tu vida". Nuestras siguientes relaciones me demostraron que esta primera impresión no había sido una ilusión. La serie de sus conferencias que se siguieron día tras día y cuyo programa no había sido anunciado por el orador, excitaron mi mayor interés. Este programa comprendía todo el conjunto de su filosofía, pero sólo desenvolvía los puntos más salientes. Se diría que el maestro sólo quería mostrarnos el plan general, contemplado desde la más alta cumbre. Su elocuencia cálida y persuasiva, iluminada por un pensamiento siempre claro, me cautivó completamente por dos facultades de un género imprevisto.

En primer lugar, se destacaba su poder plástico y evocador. Cuando hablaba de los fenómenos y de las entidades del mundo invisible, tenía el aire de andar como en su propio hogar. Relataba las cosas que pasaban en esos dominios desconocidos, en términos familiares, con detalles precisos, como los hechos más ordinarios. No describía "sino que veía y hacía ver" los objetos y las escenas, cuyos aspectos cósmicos tenían la nitidez de las cosas reales. Al escucharlo, era imposible dudar de la fuerza de su visión astral, tan límpida y precisa como la mejor visión física.

Y había otra particularidad notable: En este filósofo místico, en este pensador vidente, todas las experiencias psíquicas eran puestas en relación con las leyes inmutables de la Naturaleza física. Estas leyes servían para explicar y clasificar los fenómenos psíquicos que se presentan al principio al vidente en toda su prodigiosa variedad, en un florecimiento turbador. Luego, por un contragolpe maravilloso, estos fenómenos sutiles y fluidos, convertidos en potencias cósmicas, desplegados en una magnífica jerarquía, aclaraban e iluminaban todo el edificio de la naturaleza material con una luz

completamente nueva. Reunían las diversas partes y las atravesaban de parte a parte, de arriba a abajo y de abajo a arriba. Permitían así, percibir la arquitectura grandiosa del Universo "por dentro" , donde todo lo visible emana de lo invisible, en un nacimiento incesante.

Yo no había tomado nota alguna de la primera conferencia del doctor Steiner, pero ella me había afectado en tal forma, que, al regresar a mi casa, sentí la imperiosa necesidad de reproducirla y escribirla, sin olvidar un solo eslabón de esos pensamientos luminosos. La asimilación había sido tan completa, que no encontré ninguna dificultad en mi trabajo, pero por una trasmutación involuntaria e inmediata, el texto alemán que se había grabado en mi memoria se reproducía automáticamente en francés. La misma operación se repitió en las dieciocho conferencias, las cuales formaron un cuaderno que conservé como raro y rico tesoro. Estas conferencias, que nunca fueron taquigrafiadas, ni corregidas por su autor, no se encuentran en la colección de conferencias publicadas por él o dactilografiada por los miembros de la Sociedad Antroposófica. Son por lo tanto, absolutamente inéditas. Algunos miembros del grupo francés de esta sociedad expresaron su deseo de hacerlas aparecer en un volumen, a lo cual accedí tanto más gustosamente, cuanto que estas conferencias preciosas marcan un momento capital en el pensamiento del doctor Steiner: la concepción espontánea y genial y su primera cristalización. En fin, me siento feliz de poder rendir este homenaje al maestro incomparable, a quien debo una de las más grandes revelaciones de mi vida.

* * *

I - ORIGEN DEL ESOTERISMO CRISTIANO

En estas conferencias se encontrará, pues, un bosquejo de lo que el Dr. Steiner denominaba Antroposofía. No tengo la pretensión de dar en este prólogo un resumen de este vastísimo sistema. Sus principios están contenidos en una teogonía, una cosmogonía y una psicología completas. Esta filosofía sirve para establecer una moral, una pedagogía y una estética especiales. Las enseñanzas de este pensador y vidente se extienden a todas las esferas. Su visión amplísima abarca toda la historia de la humanidad y tiende a infundir el espíritu espiritualista en la ciencia moderna, sin quitarle nada de su claridad ni de su rigurosidad. Querría simplemente llamar la atención del lector sobre los capítulos más notables, que nos permiten elevarnos a las fuentes de su elevadísimo pensamiento.

Cuando el Dr. Steiner dió estas conferencias, era todavía el secretario general en Alemania de la Sociedad Teosófica Oriental, cuya sede estaba en Madras, sociedad fundada por la señora Blavatsky, a quien sucedió Mrs. Annie Besant. A pesar de sus lagunas y sus desviaciones posteriores, esta teoría oriental, surgida de la India, que tomó su nombre de Teosofía de la tradición alejandrina, tuvo el grandísimo mérito de hacer penetrar en la mentalidad del Occidentem no iniciado, las dos ideas fundamentales de la tradición esotérica universal, a saber: 1º la pluralidad de las existencias ascendentes del alma humana. según la ley del Karma, y 2º la evolución de la humanidad bajo la influencia de las potencias espirituales que la dirigen.

En la época en que el Dr. Steiner entró en la Sociedad Teosófica, que eligió como campo de acción para sus primeras actividades, ya estaba en posesión plena de la doctrina que debía a su iniciación personal. Las conferencias de 1906, que van a leerse enseguida, son la prueba de este hecho.

La diferencia esencial entre la teosofía hindú y la antroposofía reside en el papel capital que esta última atribuye al Cristo en la Evolución humana y en sus demás relaciones estrechísimas con la tradición rosacruz. Esta idea ya surge de las dos primeras conferencias tituladas: “El Nacimiento del Intelecto Humano” y “La misión del maniqueísmo”.

El Dr. Steiner, mejor que ningún otro ocultista, vió la transformación profunda que se operó en el curso de las edades, en la constitución físico-psíquica del hombre y en la forma de percibir la verdad. En el antiguo ciclo, antes de Cristo, la humanidad estaba todavía dotada de una videncia atávica y colectiva. En la época atlántica, el hombre vivía más en el otro mundo que en éste. Su razón era embrionaria. La videncia psíquica era su facultad dominante y su modo principal de conocimiento. Pero no tenía de los mundos superiores más que una percepción confusa y caótica. Esta facultad fue disminuyendo y esfumándose gradualmente en la evolución posterior: la observación de la Naturaleza y la razón fueron tomando su lugar. El Yoga de los Rishis de la India, de donde salieron todas las mitologías y todas las religiones arias, fue un poderoso esfuerzo para recuperar la clarividencia perdida y, al mismo tiempo, para ordenarla de acuerdo con la jerarquía de las potencias cósmicas. Pero, poco antes de la venida de Cristo, la Humanidad, ya llegaba al último grado de descenso en la materia, atravesaba una crisis espantosa. Las pasiones del mundo animal, de donde había surgido, amenazaban con arrasarla. La civilización misma estaba en peligro. La Psiquis humana, que, mediante un larguísimo trabajo, se había desprendido de las tinieblas primitivas, corría el riesgo de perecer en la decadencia griega y en las orgías romanas.

II - JESUCRISTO EJE DE LA EVOLUCION HUMANA

La iniciación Rosacruz

He aquí el peligro extremo que requirió la encarnación del Verbo que era desde el principio del Verbo divino en figura humana. De ahí la misión de Jesucristo predicha desde las más remotas edades, bajo diversos nombres y en distintos santuarios de la India, Persia, Caldea, y especialmente anunciada en la visión de Osiris resucitado, llamado el Sol de Medianoche en las criptas del Egipto. La humanidad había llegado a un punto de materialización, tal que no podía ser salvada a menos que el Espíritu Divino se manifestara sobre el mundo físico. Y es por esto que la LUZ que hasta entonces no había hecho más que planear sobre el mundo, esa LUZ llena de gracia y de verdad, descendió en las tinieblas del infierno terrestre para encarnarse en la persona de Jesús de Nazareth, convirtiéndose en el eje de la Evolución Humana.

Este fue el hecho prodigioso, la revolución interior de un alcance incalculable, que debía cambiar la faz del mundo entero. De ahí resultó una transformación de la mentalidad humana, cuyos dos polos fueron en cierta medida invertidos.

Hubo como una escisión, una solución de continuidad entre las dos grandes facultades humanas: la Sensibilidad y la Inteligencia, la Intuición y la Razón. Hasta entonces la intuición había dominado por la videncia, y la razón no había desempeñado más que un papel secundario: la Ciencia no era más que la dosis, hija de la Religión. La Sabiduría primordial era una continuación armoniosa de ambas. Ahora la conquista, el dominio del mundo material, se convertía en el objeto principal de la humanidad. La razón fue así predominando sobre el sentimiento, el cual, desde entonces, tuvo que vivir su vida aparte. De un lado, la razón triunfaba con el silogismo de Aristóteles, del otro, el sentimiento celebraba su más sublime victoria con la vida, la muerte y la resurrección

de Jesús. La Ciencia y Religión se convertían en dos potencias separadas, que pronto se hicieron rivales y más tarde mortales enemigas. En Religión, bastaba con creer en el Cristo para lograr la salvación. Por el otro lado, la Ciencia no tardó en proclamar que todo lo que no hubiera pasado por el tamiz de la observación física y el silogismo no tenía realidad alguna. De ahí ese dualismo que desde hace dos mil años divide y desgarrar a la conciencia humana. Puede encontrarse una ventaja en el hecho de que ha contribuido a desarrollar hasta el extremo máximo ambos polos del alma, las dos facultades dueñas de la inteligencia. Pero actualmente, la razón exclusiva ha arrasado la intuición de la ciencia y la ciencia de la educación y nuestra civilización materialista ha llegado así a un grado tal de anarquía que está otra vez amenazada en su existencia misma.

Ahora bien, el objetivo esencial del esoterismo cristiano fue, desde sus mismos comienzos, remediar este dualismo y preparar conceptos y disciplinas capaces de reconciliar a las dos potencias enemigas: la Religión y la Ciencia, la Intuición y la Razón, cuyo entendimiento y acción combinadas son las únicas capaces de alcanzar la verdad y asegurar el desenvolvimiento normal de la humanidad.

Dos ideas especiales han caracterizado en todo tiempo la tradición esotérica. En primer lugar la de la pluralidad de las existencias ascendentes del Alma; luego, la concepción particular del origen del mal y el medio mediante el cual el hombre puede convertirse en dueño y señor de todo. Por este mismo motivo, todos los grandes maestros del esoterismo han recomendado siempre a sus discípulos practicar simultáneamente, para llegar con seguridad a la Verdad, las dos vías iniciáticas: La Senda del Misticismo, o sea la contemplación extática del Mundo Espiritual y la Senda Racional o sea la contemplación sintética del Universo visible y de las ideas madres, que provienen de las jerarquías espirituales, pero que la inteligencia humana puede alcanzar por la intuición misma, aunque no posea la clarividencia propiamente dicha. Se leerá, con gran curiosidad, la octava conferencia del Dr. Steiner, en que éste nos dice cómo los Rosacruces llegaban a identificarse con el Cristo, meditando sobre los catorce primeros versículos del Evangelio de San Juan. En visiones sucesivas revivían enseguida las siete etapas del Calvario, después la flagelación y la coronación de espinas, pasando luego por el transportamiento de la cruz, hasta la muerte mística y la resurrección inefable, en la que, en un océano de amor indescriptible, sentían vibrar el Verbo, el Verbo que era en el principio, el son primordial de donde surgía la Luz espiritual que creaba las almas y compenetraba el mundo entero. La interpretación cósmica que acompaña e ilumina estas estaciones de la cruz, es particularmente emotiva y sugestiva.

III - EL INTERIOR DE LA TIERRA Y EL PROBLEMA DEL MAL

En vez de comentar la iniciación rosacruz, en la que se revela el alma del Cristianismo y que nos transporta a los mundos invisibles, es preferible insistir en la décima sexta conferencia, de una novedad no menos apasionante. El pensador-vidente, el Dr. Rudolf Steiner, nos da allí un ejemplo notable de su manera de contemplar la naturaleza visible para penetrar en la esencia de la misma. Se tiene la sensación de ver cómo la materia se vuelve translúcida, revelándose, súbitamente, el espíritu que en ella se encierra.

El título eminentemente sugestivo de esta conferencia es: "Los Volcanes, los Terremotos y la Voluntad Humana". Es una cuestión tanto más importante como que aquí aparece como ligada a la raíz de la naturaleza humana.

El misterio del interior de la Tierra, base y teatro de la evolución humana es uno de los numerosos problemas que la ciencia materialista no ha podido resolver jamás, a pesar

de todas sus investigaciones. Muchos sabios se la figuran como una masa ígnea que trata de romper la costra; otros creen que es una masa compacta y mineral, lo cual no explica ni los volcanes ni los terremotos. Ahora bien, como todos los planetas y todos los soles. la Tierra es un ser viviente, dotado de un organismo interno, indispensable para sus funciones y para desempeñar el papel que tiene asignado en el Cosmos, Rudolf Steiner ha visto la Tierra bajo la forma de nueve capas superpuestas o, mejor dicho, de nueve esferas unas dentro de otras. Las ocho capas internas que se encuentran por debajo de la corteza, representan, en alguna forma, los órganos fisiológicos de nuestro planeta, órganos de los cuales emana y depende toda la vida. La sustancia de las ocho esferas internas no se parece a la materia mineral que forma su caparazón exterior o sea, en cierto sentido, su piel. Los elementos que componen estas capas internas son similitudinosos y semigaseosos. Es la cuarta, a contar del centro, y la sexta, a contar desde la corteza mineral externa. El fuego interior comunica con esta por conductos que son verdaderos respiradores. De allí surgen las erupciones volcánicas.

Si se abarca desde un golpe de vista esta constitución interior de la Tierra, llama la atención sobre todo un hecho notable; su plan es una representación gráfica de las fuerzas concentradas en el planeta, que han ayudado a su formación durante sus metamorfosis sucesivas, desde la nebulosa saturnina, a través del período solar y lunar, hasta llegar a la formación actual; fuerzas que han trabajado igualmente en la formación del hombre y que se encuentran más activas que nunca en la humanidad actual.

1 - El Egoísmo y la Magia Negra forman el centro opaco de la Tierra, porque el egoísmo, el amor de sí mismo por sí, del cual la magia negra no es más que la exasperación o el exceso, es indispensable para el desenvolvimiento de la individualidad humana. El egoísmo produce fatalmente el odio y la lucha representados por las dos capas sucesivas: 2 - La División y 3 - El Prisma, en la que las individualidades se multiplican y diversifican para combatirse entre sí.

Este primer temario representa lo que fue el núcleo de la tierra en la nebulosa primitiva. Esta base es indispensable a toda evolución posterior. Es el trampolín desde el cual la individualidad podrá lanzarse hacia las esferas superiores, a condición de que el egoísmo, es decir, el principio del Mal, sea vencido y transformado por las fuerzas superiores que vienen del Sol y del Firmamento, fuerzas de las cuales Dios es la fuente, mientras que la libertad humana es el artesano.

El período en el que la Tierra estaba todavía unida a la Luna está señalado en su constitución interna por la conjunción de tres otras esferas elementales:

4 - El Principio Igneo que contiene los impulsos voluntarios produce las erupciones volcánicas, cuando logra abrirse camino a través de la corteza mineral de la Tierra.

5 - La Vida Vegetal que se encuentra encima de aquél y

6 - El Torbellino de fuerzas animales, donde germinan y se gastan. en un laboratorio siempre en actividad, todos los embriones etéricos del mundo de los vivos, destinados a arrastrarse, a caminar o a volar sobre la superficie del globo.

Este segundo temario de la constitución interior de la Tierra es un resto del período en que ésta estaba todavía unida a la Luna. Su superficie estaba entonces formada por una especie de turba de la que surgían seres híbridos, semivegetales, semimoluscoides, con tentáculos gigantes, en tanto que los gérmenes de toda la flora y la fauna, terrestre flotaban en la atmósfera semilíquida y semivaporosa. El Génesis de Moisés caracteriza este período con estas palabras admirables:

"La tinieblas estaban sobre la faz del Abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas".

El tercer temario de los órganos internos de la tierra corresponde a su forma actual. Su última metamorfosis ocurrió al separarse de la luna. Este acontecimiento ha quedado

marcado en su constitución por dos nuevos elementos que son como la reproducción humana de su centro:

7 - La Conciencia Invertida, en la que todo se cambia en su opuesto o contrario.

8 - La Vida Negativa o la Muerte. en cuyo estrato perecería todo ser que en él se hundiera. Es la Estigia de los griegos, maldita por los dioses de la Vida y de la Belleza.

9 - Encima de todo se extiende la caparazón sólida o Estrato Mineral de la Tierra, teatro de la Humanidad.

Es necesario reconocer que este cuadro extraordinario del interior de nuestro planeta no puede ser controlado por ninguno de los medios de observación de la ciencia natural. Sólo un vidente del mismo poder que el Dr. Steiner podría contradecirlo o confirmarlo. Pero por otro lado también es innegable que este esquema de la constitución terrestre abre perspectivas inesperadas con respecto a toda la evolución humana. Esta visión lleva en sí misma un poder de persuasión extraordinario y singular. Su verdad se demuestra en cierta manera, por los efectos que produce en nosotros. El paralelismo entre el Fuego cósmico y las pasiones humanas, su parentesco íntimo, su acción recíproca y sus reacciones formidables, arrojan un rayo de luz sobre el origen del Mal. Muchos historiadores han constatado que las grandes crisis de la historia -guerras, revoluciones, catástrofes sociales- suelen ir acompañadas casi siempre de cataclismos terrestres- terremotos, erupciones volcánicas. Las pasiones humanas obran magnéticamente sobre el fuego interior de la tierra y éste, alimenta las pasiones del hombre. Así es como el fuego, destinado a producir la vida. da origen al mal, bajo el impulso de la voluntad humana.

Por lo tanto, esta Tierra, que tiene por corazón el egoísmo, indispensable para el desenvolvimiento de la individualidad, no es por ello menos sólida como base e inquebrantable trampolín para que el Alma que allí se apoya pueda saltar hacia los Mundos Espirituales que la incuban y la forman mediante el Verbo solar, atrayéndola hacia el firmamento del Mundo Espiritual. El Mal se torna así como un fermento de la Evolución, a condición de ser finalmente vencido por el Bien. El hombre liberado, desde el día en que puede elegir libremente entre el mal y el bien, sostiene la balanza entre el Destino y la Providencia. Su deseo de lo divino crea el entusiasmo. Por su propio esfuerzo puede lanzarse hacia la verdad sublime que domina todo el Universo.

Y así es como Satán-Ahrimán, el demonio de la negación y del odio, queda arrasado por el genio del Amor infinito que irradia del Verbo de Cristo. Del otro lado, Lucifer, el genio de la inteligencia y de la Belleza, redimido de su caída en el mundo inferior de la materia, está a punto de volver a tomar su antorcha y recuperar sus alas para seguir a su estrella. Pero su terrible compañero Ahrimán, encadenado por el Cristo, trata de romper sus ligaduras para impedirselo.

* * *

Tal es, expresado simbólicamente, el estado de las fuerzas espirituales que se agitan actualmente detrás de nuestro mundo y del cual tenemos que soportar los contragolpes.

La antroposofía es la tentativa más notable de los tiempos actuales para restablecer la armonía entre el mundo material y el mundo espiritual, y, por consiguiente, entre la Ciencia y la Religión, como así también en el dominio social.

En verdad, la hora es grave, Nunca ha estado la humanidad frente a un peligro mayor. Las fuerzas del mal están organizadas, en tanto que las del bien no lo están. Esto queda bien demostrado por los estragos del bolcheviquismo y del fascismo, que son la aplicación estricta del materialismo destructor. La unión de todas las fuerzas espirituales de que dispone la humanidad no será demasiado para combatir esta calamidad. Pero esta

unión exige un ideal elevadísimo y amplísimo, porque el hombre quiere saber hacia dónde va en este mundo y en el otro. Le es necesario un objetivo sublime en el más allá y un principio de realización inmediata aquí mismo. "No se puede vencer al Mal", dice el Dr. Steiner, "Más que mediante un elevado ideal. Un hombre sin ideales es un hombre sin fuerza. El ideal desempeña el mismo papel en la vida del hombre que el vapor en la locomotora: es su fuerza motriz".

La ciencia que adquirió el Dr. Steiner en el curso de su vida y durante su apostolado de más de un cuarto de siglo, está desparramada en todos sus escritos, en numerosísimos ciclos de conferencias. la mayor parte de las cuales fueron taquigrafiadas. El interés particular de las conferencias que van a leerse reside en que nos muestran el genio de este pensador-vidente, desde los comienzos de su carrera en el apogeo de su inspiración en el momento en que su pensamiento sintético surgía ya armado de su cerebro. Los que lean atentamente estas notas encontrarán quizás, aquí y allá, algo de esta potencia evocadora que tenía la palabra viviente del maestro.

Yo tuve personalmente un ejemplo emocionante durante las conferencias que dió sobre "La Evolución Planetaria" y "Las Jerarquías Espirituales", al oírle pronunciar estas frases: "los pensamientos de los dioses son algo muy distinto de los pensamientos de los hombres. Los pensamientos de los hombres son imágenes; los pensamientos de los dioses son seres vivientes".

Tales visiones irradian su luz sobre el Infinito. Se percibe en ellas un eco lejano del Verbo Creador, invocado por San Juan en el comienzo de su Evangelio. Su vibración nos atraviesa como el son primordial cuyas armonías despiertan mundos enteros de donde brota la luz.

EDOUARD SCHURE

PRIMERA LECCION

El nacimiento del intelecto y la misión del cristianismo

Sólo hace comparativamente poco tiempo que se están dando conferencias sobre verdades ocultas. Antiguamente estos conocimientos no eran revelados sino en el seno de las sociedades secretas a aquellos que habían pasado por ciertos grados iniciáticos, prometiendo observar estrictamente durante toda la vida, las leyes de la fraternidad o de la orden.

Actualmente la humanidad está entrando en un período de agudísima crisis y estas enseñanzas comienzan a ser dadas públicamente. Dentro de veinte años muchas de estas verdades serán del dominio común. ¿Por qué sucede todo esto? Porque la humanidad está entrando en una faz nueva, que trataremos de explicar en esta corta disertación.

En la Edad Media, las enseñanzas ocultas fueron cultivadas sobre todo por los Rosacruces, pero cada vez que se filtraron hasta el mundo exterior fueron mal interpretadas o deformadas.

En el siglo diez y ocho tomaron una forma de diletantismo o de franca charlatanería. Al comienzo del siglo diecinueve, estas verdades fueron completamente rechazadas por la ciencia, basadas en la observación puramente física. Y sólo ahora, en nuestros días, estas enseñanzas han vuelto a reaparecer para desempeñar en los próximos siglos un papel capitalísimo en el desenvolvimiento de la humanidad futura. Y para comprender bien lo que esto significa, no será necesario remontarse a los siglos que precedieron al Cristianismo, contemplando el camino recorrido.

El más ligero conocimiento de las condiciones que rigieron en la Edad Media basta para darse cuenta de la diferencia que existe entre el hombre de esa época y el hombre actual. El hombre del medioevo estaba poco desarrollado del lado científico, pero en cambio acusaba un gran desenvolvimiento del lado del sentimiento y de la intuición. Vivía mucho menos en el mundo sensible que en el mundo del más allá que todavía percibía más o menos vagamente. Y entre los hombres de entonces hubo algunos que lograron ponerse en contacto verdadero y entrar realmente en comunicación con los mundos astral y espiritual.

La humanidad de la Edad Media, todavía mal instalada en la tierra, tenía su cabeza en el cielo.

Las ciudades de entonces eran incómodas, ciertamente, pero representaban mucho mejor al hombre y a su mundo interior. No solamente las grandes catedrales, sino todas las casas y las puertas recordaban al hombre, con sus símbolos, sus creencias, sus sentimientos, sus aspiraciones, todo el mundo de su alma.

Actualmente sabemos muchísimas cosas y las relaciones entre los hombres se han multiplicado hasta el infinito, pero vivimos en nuestras ciudades como en medio de fábricas que producen un ruido atronador, o como si fueran gigantescas torres de Babel, donde nadie se entiende en medio del caos más espantoso y donde no hay absolutamente nada que nos recuerde nuestro mundo interior.

Este mundo interior no nos habla más por la contemplación sino por los libros. De intuitivos nos hemos convertido en intelectuales.

Nos será necesario retroceder mucho más allá de la Edad Media para descubrir los orígenes de esta corriente intelectual. La época en que nació el intelecto humano, o en que se produjo esta gran transformación, remonta hasta unos mil años antes de nuestra era. Fue en la época de Thales, de Pitágoras, Buda.

Entonces aparecieron por primera vez la filosofía y la ciencia, es decir, la verdad presentada a la sazón en una forma lógica. Lo que antes había existido era la verdad

presentada bajo la forma de religión, de revelación, percibida por los reveladores y aceptada por las masas. Actualmente la verdad pasa a la inteligencia individual y quiere allí ser demostrada y comprendida.

¿Qué se había producido en la naturaleza íntima del hombre para justificar este movimiento que hizo pasar su conciencia del plano intuitivo al plano de la razón?

Rozamos aquí una de las leyes fundamentales de la historia, una ley que todavía no es conocida de la conciencia contemporánea. Y esa ley puede formularse así: La humanidad evoluciona de manera que exteriorice y desenvuelva sucesivamente las partes constitutivas del ser humano. Y ahora se preguntará, ¿cuáles son esas partes?

El hombre tiene primeramente un cuerpo físico; lo tiene en común con el Reino Mineral. Todo el Reino Mineral se encuentra en la química del cuerpo.

Luego el hombre tiene un cuerpo etérico, que es realmente lo que podríamos llamar su vitalidad y que comparte con el Reino Vegetal. El cuerpo etérico es el que crea la actividad de la nutrición y de las fuerzas del crecimiento y de la reproducción. El hombre posee además, un cuerpo astral, donde tienen su origen los sentimientos, las pasiones, el goce y el sufrimiento, etc. Este cuerpo lo tiene el hombre en común con los animales. Fue denominado cuerpo astral por los Rosacruces y algunos de sus sucesores como Paracelso, porque realmente está en relación magnética con los astros.

Y, finalmente, hay algo en el hombre que uno no puede llamar ya cuerpo, sino que es como una esencia, aquello íntimo que lo distingue de todos los demás seres, tanto de la piedra, como de la planta o del animal, y es eso que el hombre llama su "yo", la chispa divina que reside en él. Los hindúes lo llaman "Manas". Los Rosacruces lo denominan el "Inefable" o "Indecible". Todo cuerpo no es realmente más que un fragmento, una partícula de otro cuerpo, pero el yo del hombre no pertenece a nadie sino a sí mismo. Yo soy: he aquí todo lo que él puede decir.

Es aquello que los demás llaman "tú" y que no puede ser confundido con ninguna otra cosa en el universo. Y es merced a ese yo inefable o inexpresable e incommunicable, como el hombre se eleva por encima de todos los demás seres terrestres, de todos los animales, y de toda la creación. Y es gracia a él como el hombre mismo se comunica con el Yo Infinito, con Dios mismo.

Y he aquí por qué, en el santuario oculto de los hebreos, el oficiante decía en ciertos días al Sumo Sacerdote: Schem-Ham-Phoras ? Que significa, ¿cuál es su nombre? (el nombre de Dios). Y el Sumo Sacerdote contestaba: Yod-He-Vau-Hé, o, en una sola palabra: YEV o YOH, lo que significaba Dios, la naturaleza y el hombre, o bien lo indecible e inexpresable yo humano y Divino.

Las partes del ser humano que acabamos de caracterizar han sido todas dadas al hombre en épocas lejanas de su inmensa evolución, pero no se desarrollan sino muy lentamente y una por una. Y el objetivo especial del período que comenzó mil años antes de la era Cristiana y se prosiguió a través de los dos mil años que siguieron al Cristianismo, fue el desenvolver el Yo Humano en el sentido intelectual.

Pero, por encima del plano intelectual, se encuentra el plano espiritual. Y a ese plano llegará la humanidad en los siglos venideros y ya está dirigiéndose hacia él actualmente. Y precisamente fue el Cristo y el Cristianismo quién sembró en el mundo los gérmenes de este desenvolvimiento. Pero antes de hablar de este mundo espiritual debemos recordar uno de los medios o fuerzas mediante las cuales la humanidad pasó en masa del plano astral al plano intelectual, lo cual se realizó mediante un nuevo modo de casamiento o unión sexual.

Antiguamente los matrimonios se realizaban dentro de la misma tribu, del mismo clan, que no era más que una extensión de la misma familia. Algunas veces el casamiento se realizaba entre hermanos, pero al llegar los nuevos tiempos, los hombres sintieron el

deseo de buscar sus mujeres fuera de su tribu o de la comunidad cívica en que vivían. La Amada se convirtió así en la Extranjera, en la Desconocida. El Amor, que antes no había sido otra cosa que una función natural y social, se convirtió en Deseo personal y el matrimonio se transformó en una elección libre.

Esto es ya lo que aparece en ciertos mitos Griegos como el rapto de Helena o mejor aun en los mitos Escandinavos y Germánicos de Sigurd y de Gudrun.

El amor se transformó así en una aventura y la mujer en una conquista.

Ahora bien: este pasaje del matrimonio patriarcal al matrimonio libre corresponde al nuevo desenvolvimiento de las facultades intelectuales del yo humano, al mismo tiempo que al eclipse momentáneo de las facultades astrales de la vista y de la lectura directa en el mundo astral y espiritual, facultades que el lenguaje común resume en la palabra "Inspiración".

En este punto se inserta el Cristianismo. La fraternidad humana y el culto del Dios único son, sin duda, las características esenciales del Cristianismo, pero no son otra cosa que la faz externa y social y no la faz interna y espiritual. La novedad misteriosa, íntima y trascendental del Cristianismo, es la de haber creado el Amor Espiritual, el fermento que transforma al hombre interior, la levadura que levanta al mundo entero. El Cristo vino para decirnos: "Si no abandonas a tu madre, a tu mujer y a tu mismo cuerpo, no podrás ser Mi discípulo." Esto no significa la cesación de todos los lazos naturales, sino que el Amor debe extenderse más allá de la familia a todos los hombres, transformándose en una fuerza vivificante y creadora, en una fuerza de transmutación.

Este amor de que los Rosacruces hicieron el principio básico de su fraternidad oculta, pero que sus tiempos no podían todavía comprender, está destinado a cambiar totalmente la esencia de la religión, del culto y de la ciencia misma.

La marcha de la humanidad va de lo espiritual inconsciente, de antes del Cristianismo, a través del intelectualismo, que es la época actual, hacia lo espiritual consciente, en la cual se reúnen, concentran y dinamizan las facultades astrales e intelectuales por la fuerza del Amor Espiritual y del Espíritu del Amor. Así es como la Teología se transforma en Teosofía.

¿Qué es la Teología? El conocimiento de Dios impuesto desde el exterior bajo la forma de dogma, como una especie de lógica sobrenatural pero completamente exterior al hombre.

¿Qué es la Teosofía? El conocimiento de Dios abriéndose como una flor dentro del Alma individual.

El Dios que desapareció del mundo, renace en el fondo de los corazones. Y es así como este Cristianismo, comprendido en el sentido Rosacruz, es a la vez el más poderoso desarrollo de la libertad individual y de la religión universal por la fraternidad de las almas libres. La tiranía de los dogmas queda así reemplazada por la irradiación de la Sabiduría Divina que es a la vez la Inteligencia, el Amor y la Acción.

La Ciencia resultante se medirá no por sus razonamientos abstractos o por su sumisión exterior, sino por su poner para hacer abrir y florecer las Almas internas.

He aquí la diferencia entre la Logia y la Sophia, entre la Ciencia y la Sabiduría Divina, entre la Teología y la Teosofía.

* * *

Es así como el Cristo es el centro absoluto de la Evolución Esotérica del Occidente. Ciertos teólogos modernos, sobre todo en Alemania, trataron de representar al Cristo como un hombre sencillo e ingenuo. Es un grandísimo error. En EL residía la conciencia más elevada, la más profunda Sabiduría y el amor más universal y divino. Si

no hubiera tenido esa conciencia, ¿cómo podría haber sido EL la manifestación capital en el seno de toda nuestra evolución planetaria? ¿Cómo podría haber poseído semejante poder para adelantarse en tal forma a Su Epoca? Y esa conciencia superior, ¿de dónde podía haberle venido? . . .

SEGUNDA LECCION

La misión del maniqueísmo (1)

La diferencia entre las fraternidades ocultas antes y después del Cristianismo, es que antes se dedicaban a conservar las tradiciones sagradas y que después tuvieron por objetivo principal el de formar el futuro. La Ciencia Oculta no es una ciencia abstracta y muerta, sino una ciencia activa y viviente.

El Ocultismo Cristiano procede, en gran parte, de los Maniqueos, cuya tradición está siempre viva, y cuyo fundador, Manes, vivió sobre la Tierra trescientos años después de Jesucristo.

Lo esencial de la doctrina maniquea se refiere al Bien y al Mal. Para la opinión vulgar, el Bien y el Mal son dos cosas absolutamente irreductibles, de las cuales, una, el Bien, debe destruir a la otra, el Mal.

Para los Maniqueos, el Mal, por el contrario, es una parte integrante del Cosmos, que colabora con su evolución y que finalmente debe ser absorbido y transfigurado por el Bien. La gran originalidad del Maniqueísmo es la de estudiar la función del Mal y del Dolor en el Mundo.

Para comprender el desenvolvimiento de la humanidad, es necesario contemplarlo desde lejos y desde arriba, abarcándolo en conjunto. Si no es así no podemos tener grandes ideales. Y sería un error gravísimo creer que el Ideal no es necesario para la acción. Un hombre sin ideal carece de fuerza. El papel del Ideal en la vida es como el del vapor en la máquina. El vapor encierra en alguna forma, en un pequeño espacio, una inmensidad de espacio condensado. De ahí su tremenda fuerza de expansión. Y así es también la fuerza mágica del pensamiento en la vida. Elevémonos hasta el pensamiento ideal de la humanidad en conjunto y tomemos el hilo de su evolución a través de las diferentes épocas.

Muchos sistemas, como el de Darwin, buscan igualmente ese hilo conductor. No es necesario negar la grandeza del Darwinismo. Pero ese sistema no explica la evolución integral del hombre, puesto que no contempla más que sus elementos inferiores. Y lo mismo ocurre con toda explicación puramente física que ignore la esencia espiritual del hombre. Y es así como la hipótesis evolucionista que se basa únicamente en los hechos físicos, atribuye al hombre un origen animal, porque ha constatado que el hombre fósil carecía de frente. Ahora bien: el Ocultismo, para el que el hombre físico no es más que la expresión del hombre etérico, contempla las cosas desde un aspecto completamente distinto. Actualmente el cuerpo etérico del hombre tiene la misma forma que el cuerpo físico, aunque lo sobrepasa ligeramente. Pero cuanto más retrocedemos en la historia, tanta mayor desproporción encontramos entre la cabeza etérica y la física y tanto más grande era aquella. Esto puede observarse más notablemente en un período de desenvolvimiento terrestre que precedió al nuestro. Los hombres de entonces se llamaban los "Atlantes". Los geólogos están comenzando ahora a descubrir las huellas de la antigua Atlántida, los minerales y la flora de este continente que se hundió en el océano que lleva su nombre. Todavía no se han encontrado las huellas del hombre de esa época, pero pronto se encontrarán. Las profecías ocultas han precedido siempre a la historia oficial.

En las razas europeas que sucedieron a los atlantes comenzó a desarrollarse la parte frontal de la cabeza, pero entre los atlantes, la parte en que se encontraba la conciencia estaba fuera de la frente, en la cabeza etérica. Ahora esta parte se encuentra en el interior de la cabeza física, próxima a la raíz de la nariz.

Lo que la mitología germana designa con el nombre de Nifelheim o Nebelheim, país de la niebla, era el país de los atlantes. En efecto, en esa época la tierra era mucho más caliente y estaba envuelta en una nube constante de vapores. El continente de los Atlantes fue destruído por una serie de diluvios, a raíz de los cuales se aclaró la atmósfera terrestre. Sólo después de este acontecimiento apareció el cielo azul, así como las tempestades, la lluvia y el Arco-Iris. Y he aquí el motivo por qué después que se detuvo el Arca de Noé, dijo la Biblia que el Arco-Iris se presentó como nuevo signo de alianza entre Dios y el hombre.

El yo de la raza Aria no podía tornarse consciente sino mediante la centralización del cuerpo etérico dentro del cerebro físico. Fue entonces solamente cuando el hombre comenzó a decir "yo". Los Atlantes hablaban de sí mismos en tercera persona.

El Darwinismo ha cometido muchísimos errores en la diferenciación que establece entre las razas que se encuentran actualmente en el globo. Las razas superiores no descienden de las razas inferiores, sino que, por el contrario, las razas inferiores son degeneraciones de las superiores que las han precedido.

Supongamos que vemos dos hermanos: uno inteligente y hermoso y el otro feo e idiota. Ambos son hijos del mismo padre. ¿Qué diríamos del hombre que creyera que el inteligente y hermoso descendía del idiota y feo? Ese mismo es el error que el Darwinismo comete al estudiar el asunto de las razas. El hombre y el animal tienen un origen común: los animales son una decadencia o degeneración del antecesor común del cual el hombre fue el desenvolvimiento superior.

Sin embargo, esto no debe volvernos orgullosos, porque sólo gracias a los reinos inferiores es que las razas superiores han podido desarrollarse.

El Cristo, al lavar los pies de los Apóstoles (San Juan, XIII) es el símbolo de la humildad del iniciado ante sus inferiores. El iniciado debe su existencia a los no iniciados. De ahí la profunda humildad de aquellos que saben ante aquellos que no saben. La faz trágica del desenvolvimiento cósmico reside en el hecho de que una clase de hombres debe humillarse para que otra pueda elevarse. Esto explica las hermosas palabras de Paracelso cuando dijo: "He contemplado todos los seres, piedras, plantas y animales, y me han parecido como letras desparramadas de las cuales el hombre era la Palabra viva y completa."

En el curso de la evolución humana y animal, lo inferior desciende de lo superior; lo que se desprende y muere se separa de lo viviente.

El mal y el bien se encuentran todavía en el hombre, de la misma manera en que antiguamente se encontraban también en él los animales. Las contradicciones que hay en el hombre, la forma en que los diversos elementos se combinan en él, constituyen su Karma, su Destino.

Y de la misma manera en que el hombre se desprendió del animal, así también se desprenderá a su tiempo del Mal. Pero nunca jamás pasó por una crisis más violenta que en la hora actual.

He aquí el sentido oculto del Maniqueísmo.

Quiere elevar a los hombres al rango de Salvadores y Redentores. Todo lo que está caído será levantado.

Es menester que el Maestro sea el Servidor de todos.

La verdadera moral surge de la comprensión de las grandes leyes del Universo.

TERCERA LECCION

Dios, el Hombre, la Naturaleza

Uno de los principios más profundos del Ocultismo, fundado en la gran ley de las analogías, es que la Naturaleza nos revela lo que pasa en nosotros.

Para dar un ejemplo resaltante y típico, aunque completamente ignorado por la ciencia oficial, de esta ley, mencionaremos el de la piedra filosofal. Los Rosacruces la conocían muy bien. Ya en un diario alemán de fines del siglo dieciocho, se hace cuestión acerca de esta piedra. Se habla de ella como una cosa real y se dice: "Cada uno la toca a menudo sin saberlo," y esto es absolutamente verdad al pie de la letra.

Todo el mundo sabe que el hombre aspira oxígeno y exhala ácido carbónico, lo que, para la ciencia del Yoga tiene un sentido físico y espiritual. El hombre no puede aspirar ácido carbónico para alimentarse, porque moriría en seguida. Sin embargo, las plantas viven con él. Las plantas renuevan el aire y lo tornan respirable y retributivamente el hombre y los animales suministran a las plantas el ácido carbónico con el que ellas se nutren. ¿Qué hace la planta con el ácido carbónico que absorbe? Construye su propio cuerpo. Ahora bien, sabemos perfectamente que el cadáver de la planta es hulla, el carbón de piedra. La hulla no es más que el ácido carbónico cristalizado.

La sangre roja, al fijar el ácido carbónico, se convierte en sangre azul, que necesita ser renovada por el oxígeno; porque no puede servirse del ácido carbónico para construir el cuerpo. Los ejercicios del Yoga son un ejercitamiento especial que hace al hombre capaz de convertir la sangre roja en constructora del cuerpo. Y es así como el Yoga fabrica su cuerpo con la sangre de la misma manera que la planta fabrica el suyo con el ácido carbónico.

Vemos, pues, que el poder de transmutación que existe en la Naturaleza está representado por la hulla que es una planta cristalizada. Y la piedra filosofal, en su sentido más general, significa precisamente ese poder de transmutación.

La ley de la Regresión es cierta y verdadera para todos los seres, lo mismo que la ley de la Ascensión. Los minerales son plantas degeneradas; las plantas son antiguos animales, y el hombre (física y corpóreamente considerados) y los animales tienen un antecesor común. El hombre ha subido, el animal ha descendido. En cuanto a la parte espiritual del hombre, éste proviene de los Dioses. En este sentido el hombre es un Dios degenerado y el verso de Lamartine es cierto literalmente: "L'Homme est un Dieu déchu qui se souvient des cieux". (El hombre es un Dios caído que se acuerda del cielo). Hubo una época en que todo vivía en la Tierra en una vida semivegetal y semianimal. La Tierra misma era un conjunto viviente y constituía algo así como un gran animal. Todo su suelo estaba formado como por una sustancia análoga a la turba, de donde brotaban bosques gigantescos, que más tarde se convirtieron en hulla. En esa época la Tierra y la Luna no formaban más que un solo astro. La Luna representaba el elemento femenino de la Tierra.

Hay seres que se han quedado retrasados en el camino, que han permanecido en una etapa inferior de la evolución. El muérdago, por ejemplo, es un testigo de dicha época, un sobreviviente del género de plantas parásitas que vivían entonces sobre la tierra, como ahora viven sobre otros vegetales. De ahí sus virtudes ocultas especiales, que los Druidas conocían, por cuyo motivo la convirtieron en su planta sagrada. El muérdago parásito es un sobreviviente de la época lunar del Globo Terrestre, Es parásito, porque no ha aprendido, como las demás plantas, a vivir directamente sobre el reino mineral.

La enfermedad es algo análoga. Es causada por una regresión de los elementos parasitarios del organismo. Los Druidas conocían esas relaciones entre el muérdago y el

hombre, de lo cual pueden notarse ciertas referencias en la leyenda de Baldour. El muérdago da muerte a Baldour, porque esta planta es un elemento hostil de la época precedente que no forma cuerpo ya con el hombre. En cambio, las otras plantas, adaptadas a la época, le habían jurado amistad.

Cuando esta tierra vegetal se convirtió en mineral, adquirió por los metales una nueva propiedad, la de reflejar la luz.

Un astro no se torna visible en el cielo hasta que se ha vuelto mineral. En el cielo existen multitud de mundos que nuestro ojo físico no puede percibir y que sólo son visibles para los clarividentes.

Tanto la tierra como el cuerpo físico del hombre se han mineralizado, pero la característica del hombre es que existe en él un doble movimiento, y mientras el hombre físico ha descendido, el hombre espiritual ha ascendido. San Pablo ha explicado esta verdad, declarando que hay una ley para el cuerpo y otra para el espíritu. Así como el hombre aparece a la vez como un fin y como un principio.

El punto vital, el punto de intersección y de retorno en la ascensión humana, fué el tiempo de la separación de los sexos.

Hubo un tiempo en que ambos sexos estaban reunidos en el ser humano. El mismo Darwin ha reconocido la posibilidad de esta hipótesis. Al separarse los sexos surgió un elemento nuevo, trascendental e inmenso: el amor. La atracción del amor es tan poderosa y misteriosa, que las mariposas tropicales, de sexos diferentes, traídas a Europa, aclimatadas a doscientas leguas las unas de las otras, al ser puestas en libertad en el aire, volaron hasta reunirse a mitad del camino.

Algo semejante ocurre entre el mundo humano y el mundo divino, así como entre el Reino Humano y el Reino Animal. El oxígeno y el ácido carbónico son la aspiración y la expiración del hombre. Y así como el Reino Vegetal exhala el oxígeno, así también la humanidad exhala amor, después de la separación de los sexos, y de los efluvios de ese amor viven los dioses.

¿Por qué tanto el animal como el hombre exhalan el amor?

El ocultista ve en el hombre actual un ser en plena evolución. El hombre es a la vez un dios caído y un dios en potencia o en desarrollo. El Reino de los Cielos se nutre con los efluvios del amor humano. La antigua Grecia trató de expresar esta realidad con el mito del néctar y de la ambrosía. Sin embargo, los dioses están por encima del hombre y su tendencia natural sería más bien la de comprimirlo.

Pero hay algo entre el hombre y los dioses, un ser intermediario, como el muérdago entre la planta y el animal. Este es Lucifer y el elemento luciférico.

Los dioses no tienen otro interés que el amor de los hombres. Cuando Lucifer, bajo la forma de serpiente, quiso inducir al hombre a buscar la ciencia, Jehová se negó. Pero Lucifer es un dios caído que no podrá elevarse de nuevo sino por intermedio del hombre, insuflándole el deseo de un conocimiento personal. Es él quien se opone a la voluntad de Dios, que había creado el hombre "a su imagen".

Los Rosacruces explican el papel de Lucifer en el mundo. Este punto lo trataremos más adelante.

Por el momento bastará con que recordemos aquí esta sentencia fundamental de nuestra Orden:

"Oh, Hombre debes saber que a través de tí pasa una corriente que sube y otra que baja".

CUARTA LECCION

Involución y Evolución

Existe un fenómeno de la vida física que nadie ha explicado exotéricamente: esa vida caótica ligada al estado de sueño, que nosotros llamamos "ensueños".

¿Qué es el ensueño? La supervivencia de una actividad que remonta a un período prehistórico. Para comprenderlo por analogía, consideraremos ciertos fenómenos que ya no pertenecen a la vida física, o sean, ciertos órganos que no sirven para nada; organismos rudimentarios con los cuales el naturalista no sabe qué hacer.

Así son, por ejemplo, los órganos motores de la oreja, que hoy ya no sirven, el apéndice, y particularmente la glándula pineal que se encuentra en el cerebro y que tiene la forma de una minúscula yema de pino. Los naturalistas tratan de explicarla como una degeneración o una vegetación parasitaria del cerebro. Es inexacto. En las producciones duraderas de la Naturaleza no hay nada inútil. Y la glándula pineal es la que queda de un órgano que en el hombre primitivo tenía la mayor importancia: un órgano de percepción, una especie de cerebro externo, que servía a la vez de antena, de ojo y de oreja. Este órgano ha existido en el hombre en su período rudimentario, en la edad en que la tierra semilíquida y semivaporosa, estaba todavía unida a la Luna. En este elemento que en parte era líquido y en parte gaseoso, el hombre nadaba como un pez y se dirigía merced a dicho órgano. Sus percepciones tenían un carácter visionario, alegórico. Las corrientes cálidas evocaban en él la impresión de un rojo brillante y de una sonoridad fortísima. Las corrientes frías, por el contrario, evocaban en él colores verdes y azules y sonoridades argentinas fluidas.

La glándula pineal, que estaba muy desarrollada en el hombre primitivo, tenía un papel capital. Pero con la mineralización de la Tierra fueron apareciendo otros órganos sensibles y en la actualidad dicha glándula no parece tener ningún objeto aparente.

Comparemos con este órgano el fenómeno del sueño.

El sueño es una función rudimentaria de nuestra vida, aparentemente sin utilidad y sin objeto. Pero en realidad es una función atrofiada, función que nos llevaba a contemplar el mundo en forma muy distinta a la en que lo hacemos.

Antes de que la Tierra se metalizara, no podía ser percibida sino astralmente. Toda percepción no es más que relativa y simbólica. La verdad central es perceptible para el hombre divino e inefable. Se refiere a aquello que Goethe expresara maravillosamente en estas palabras: "Todo lo que pasa no es más que un símbolo". Y la visión astral, que es la del sueño de nuestros días, es igualmente una alegoría y un símbolo.

Tomemos como ejemplo los sueños provocados por causas físicas y corporales. Un estudiante sueña que un camarada le ha dado un golpe a la entrada del curso, de lo cual resulta un duelo en el cual es traspasado. Entonees se despierta y comprueba que la causa del sueño fue una silla que se cayó. A esta clase de sueños pueden referirse, el sueño de Descartes referente a la pulga y el de la máquina infernal de Napoleón.

Se siente en sueños el golpeteo de los cascos de un caballo que trota, lo que ha sido provocado por el tic-tac de un reloj. Una mujer sueña con un pastor que está predicando y que tiene alas: es un sueño provocarlo por un gallo que canta batiendo las alas.

Si hay en el sueño percepciones que vienen del cuerpo, hay también otro que vienen del mundo astral y del mundo espiritual y estas percepciones son generalmente el origen de los mitos. Los sabios atribuyen actualmente el origen de los mitos a la interpretación poética de los fenómenos naturales, pero cualquiera que se moleste en estudiar el problema de la aparición de estas leyendas, aun en nuestros días, podrá comprobar que

no son creadas así. Los mitos y las leyendas no son otra cosa que visiones astrales que luego la tradición ha revestido, transformado y desarrollado.

He aquí un ejemplo: La leyenda eslava de la Mujer del Mediodía. Cuando los campesinos que trabajan en la cosecha bajo el pesado calor veraniego, no entran en sus casas a mediodía, sino que se quedan durmiendo en la tierra afuera, entonces se les aparece una mujer que les propone una serie de enigmas.

Si el o la durmiente puede resolverlos, entonces se despiertan libres, pero si no la mujer los mata, los corta en dos pedazos con una guadaña. Agrega que este fantasma puede ser conjurado recitando un padre nuestro al revés.

El Ocultismo, por su lado, nos enseña que esta mujer del Mediodía no es más que una forma astral, una especie de íncubo que se aparece durante el sueño y oprime al hombre. El padre nuestro invertido no es otra cosa que una traducción de lo que ocurre en el mundo astral, esto es, que todo se refleja en orden invertido, como en un espejo. Ludwig Lestener, en su obra "Das Ratsel des Sphinx" hace la observación de que el origen de la leyenda de la esfinge se encuentra en todos los pueblos. Y demuestra además que todas estas leyendas provienen de un estado o sueño superior, en el cual se perciben estas realidades y que la esfinge es un verdadero demonio.

Los mitos no son otra cosa que el mundo astral contemplado en visiones simbólicas.

Históricamente la creación mítica desaparece cuando se desarrolla la vida lógica e intelectual.

Pero es una ley oculta que en cada nuevo peldaño de la evolución vuelva a encontrarse un elemento del pasado. Las antiguas facultades, atrofiadas en el ser humano, supervivencias de períodos pasados, desempeñan en nuestra vida el papel de fragmentos conservados con el fin de producir desenvolvimientos ulteriores, como la levadura opera en la masa del pan.

Y es así como la facultad de soñar de la humanidad actual engendrará una fuerza de percepción nueva, de percepción astral y espiritual.

El hombre actual no vive sino por los sentidos y la inteligencia que elabora las sensaciones de esos sentidos. El hombre futuro vivirá por el intelecto despertado a la plena conciencia que abarcará simultáneamente el mundo astral.

El trance del sujeto hipnotizado y del medium no es más que un fenómeno atávico, ligado a la declinación de la conciencia. El clarividente, el iniciado, no es un desequilibrado ni un visionario. Posee ya el grado de conciencia que tendrán los hombres del futuro; está también sólidamente anclado a la tierra como el hombre más positivista y su razón es igualmente clara y segura. Pero su mirada penetra en ambos mundos.

Es una ley de la evolución que ciertos órganos se atrofian para tomar en seguida una nueva importancia.

La glándula pineal está, fisiológicamente en cierta relación con el sistema linfático. Esta glándula era el órgano de percepción externo, y todavía puede verse en el recién nacido, en la bóveda del cráneo, un punto blando que recuerda la constitución del hombre en el tiempo de dicha percepción.

El sueño desempeña en nuestra vida intelectual un papel semejante al que desempeñaba la glándula pineal en la fisiología del cuerpo humano.

QUINTA LECCION

Yoga oriental y Yoga occidental

Es necesario darse cuenta, antes de abordar este tema, que desde que el Ocultismo comenzó a popularizarse, es decir, desde hará unos quince o veinte años, cierta literatura teosófica ha estado difundiendo ideas erróneas sobre los fines que persigue el Ocultismo. Se ha pretendido que el objetivo que se perseguía era la aniquilación del cuerpo por el ascetismo. También se ha difundido la idea de que la realidad era una ilusión que debía ser vencida, y se le daba el nombre indostánico de Maya. Todo esto es muy exagerado, aún más es un verdadero error teórico, contradicho por la ciencia y la práctica del Ocultismo.

¡Cuánto más justa no resulta la imagen griega que compara el Alma a una abeja! De la misma manera que la abeja sale de la colmena para libar el jugo de las flores y destilar con él la miel, así también el Alma emanada del Espíritu Supremo penetra en la realidad, recoge el néctar y lo vuelve a llevar al espíritu. En el Ocultismo no se trata, absolutamente, de menospreciar la realidad, sino de comprenderla y utilizarla. El cuerpo no es el vestido sino el instrumento del espíritu. La ciencia oculta no es la ciencia que suprime el cuerpo, sino la ciencia que enseña a servirse del mismo para fines superiores. ¿Comprenderíamos la naturaleza del imán si nos limitáramos a describirlo simplemente como una herradura? La comprenderemos mucho mejor si decimos: "es un trozo de hierro que encierra en sí el poder de atraer otros pedacitos de hierro". La realidad visible se encuentra totalmente saturada de una realidad más profunda que el alma trata de penetrar para dominarla.

La sabiduría superior, ha sido guardada profundamente durante miles y miles de años en las fraternidades ocultas. Era necesario pertenecer a ella para poder conocer aunque más no fuera que los elementos de la ciencia oculta. Y para poder entrar había que someterse a muchas pruebas y prestar solemnes juramentos de no abusar de las verdades reveladas. Pero las condiciones de la humanidad, de la inteligencia humana en particular, han cambiado muchísimo desde el siglo XVI y sobre todo en los últimos cien años, merced a los continuos descubrimientos científicos. Gracias a la ciencia son actualmente del dominio público muchas verdades pertenecientes al mundo natural y sensible, que anteriormente solo conocían los iniciados. Lo que sabe hoy la ciencia, antes era un misterio. Los iniciados han sabido siempre lo que con el tiempo sabrán todos los hombres, y es por eso que se los ha llamado profetas.

Agréguese a todo esto que el Cristianismo introdujo un gran cambio en la iniciación. La iniciación, después de Jesucristo, no fué ya la misma que anteriormente. No podemos comprenderlo sino teniendo en cuenta la naturaleza humana en su constitución y recordando aquí sus siete principios. Los siete principios que constituyen el hombre son los siguientes:

1º El cuerpo físico. Es el hombre visible al ojo material, el hombre natural: el único que la ciencia actual conoce bien. El hombre puramente físico corresponde al Reino Mineral, y es un compuesto de todas las fuerzas físicas del Universo.

2º El cuerpo etérico. ¿Cómo percibirlo?

Sabemos que la hipnosis despierta otra conciencia, no solamente en el sujeto hipnotizado, sino también en el hipnotizador que sugiere al sujeto todo lo que quiere. Puede hacerle tomar una silla por un caballo y lo mismo puede sugerirle que la silla ha desaparecido y que no hay nadie en una habitación llena de gente. El iniciado puede ejercer este poder sobre sí mismo y hacer abstracción del cuerpo físico de la persona que tiene ante sí. Entonces, en vez del cuerpo físico percibe, no un vacío, sino en cuerpo etérico. Este cuerpo es muy parecido al físico, aunque presenta ciertas diferencias. Tiene la misma forma aunque algo más grande. Es más o menos luminoso y fuidico y sus órganos están reemplazados por corrientes fuidicas de diversos colores, en tanto que el corazón está presentado por un verdadero nudo o vórtice de corrientes. El cuerpo etérico es así el verdadero doble etéreo del cuerpo material.

Este cuerpo lo tiene el hombre en común con las plantas. No es, absolutamente, el producto del cuerpo físico. como los naturalistas podrían creer, sino que, por el contrario, es el constructor de todo organismo viviente. Para la planta lo mismo que para el hombre, es la fuerza del crecimiento, del ritmo, de la reproducción.

3° El cuerpo astral. Este no tiene ni la forma del cuerpo etérico ni la del físico. Afecta una forma ovoidea y radia como una nube en torno del cuerpo o como un aura, coloreándose como todos los colores, según las pasiones que lo animen. Cada pasión tiene su color astral. Por lo demás, el cuerpo astral es, desde cierto punto de vista, una síntesis del cuerpo físico y del cuerpo etérico. Y he aquí como el cuerpo etérico tiene siempre el sexo opuesto al del cuerpo. El cuerpo etérico de un hombre es de sexo femenino, mientras que el cuerpo etérico de una mujer es del sexo masculino. El cuerpo astral, tanto en el hombre como en la mujer, es bisexual, siendo así la síntesis de los otros cuerpos.

4° El Yo, o Manas, en sánscrito; Joph (Yoph) en hebreo. Es el alma inteligente y consciente; es la individualidad humana indestructible que puede aprender a construir otros cuerpos; es el Inefable, el yo humano y divino a la vez.

Estos cuatro elementos juntos, es lo que Pitágoras reverenciaba en el signo del Tetragrama.

La evolución humana consiste en la transformación de los cuerpos inferiores con la ayuda del yo, en cuerpos espiritualizados. El cuerpo físico es el más antiguo y por lo tanto el más perfeccionado del hombre actual. La etapa actual de la evolución humana tiene por objeto la transformación del cuerpo astral.

En el hombre civilizado, el cuerpo astral se divide en dos partes; la inferior y la superior. La primera está todavía en estado caótico y oscuro; y la superior es luminosa y está ya compenetrada por las fuerzas de Manas, estando ordenada y regularizada.

Cuando el iniciado ha purificado su cuerpo astral de todas las pasiones animales, cuando se ha vuelto totalmente luminoso, que es la primera fase de su iniciación, se llega a la katharsis o purificación. Solamente entonces, puede operar sobre el cuerpo etérico, poniendo así su sello sobre el cuerpo físico. Es necesario que su acción pase por el cuerpo etérico.

El deber del discípulo es el de llegar a la transformación del cuerpo astral y del etérico y, por este proceso, al poder y dominio completo del cuerpo físico. Así es como se transforma en Maestro y Señor, y transforma los tres principios inferiores de su Naturaleza en tres superiores: 5° Manas; 6° Budhi; 7° Atma. Tocamos aquí una ley maravillosa de la naturaleza humana, que demuestra que el Yo y el Manas son el centro del desenvolvimiento humano. La dominación que el Manas o Mente ejerce en lo inferior sobre el cuerpo astral y el etérico se traduce en lo superior y elevado, es decir, sobre las formas del hombre superior y divino, por la adquisición de facultades nuevas.

Es así como, por ejemplo, la operación de Manas sobre el cuerpo etérico se transforma en luz y fuerza para su ser espiritual (Budhi). Y la presión que ejerce sobre su cuerpo físico se transforma en luz y en fuerza para su espíritu divino (Atma).

Es así como toda evolución humana se resume, pues, en la transformación de los cuerpos inferiores por la acción del Yo superior.

Nuestra etapa actual consiste en la transformación del cuerpo astral, que corre parejas con la dominación y subyugamiento de las sensaciones y su purificación.

El cuerpo astral del hombre actual, es oscuro en su parte inferior, y claro y bien coloreado en su parte superior. La parte inferior no ha sido aún transformada por el yo. La superior ya ha sido penetrada y organizada por él. Cuando el hombre ha elaborado totalmente su cuerpo astral, se dice que lo ha transformado en Manas. Sólo entonces comienza el trabajo sobre el cuerpo etérico. Y hay una buena razón para que sea así. Todo cuanto ocurre en el cuerpo astral es de naturaleza efímera, mientras que la que ocurre en el cuerpo etérico deja una huella indeleble, que se imprime como un sello definitivo en el cuerpo físico.

La iniciación superior consiste en dominar todos los fenómenos del cuerpo físico, controlándolos completamente y haciéndolos obedecer rígidamente a la voluntad.

En la medida en que el iniciado la logre poseerá Atma, es decir, que se convierte en mago y adquiere poderes sobre la naturaleza.

* * *

La diferencia entre la iniciación Oriental y la Occidental consiste en el método por el cual el Maestro conduce al discípulo a trabajar sobre su cuerpo etérico. Para podernos dar cuenta de la cuestión es necesario que tengamos en cuenta la diferencia que existe entre el estado de sueño y el de vigilia.

Durante el sueño el cuerpo astral se desprende parcialmente del cuerpo mental y permanece hasta cierto punto en inactividad, mientras que el cuerpo etérico continúa su trabajo vegetativo.

Al producirse la muerte, el cuerpo etérico se desprende completamente, conjuntamente con el astral, del cuerpo físico. En este cuerpo etérico, portador de la memoria, reside el recuerdo de la vida, y precisamente en el momento mismo en que se desprende ve el moribundo toda su vida como en un solo cuadro.

En cuanto el cuerpo etérico sale del cuerpo físico se torna muchísimo más impresionable, ya que entonces no está oprimido por su contenido físico.

Ahora bien, la Iniciación Oriental consistía en hacer salir artificialmente el cuerpo etérico y el astral del discípulo, durante el letargo que debía durar ritualmente tres días. Durante este tiempo el Hierofante dirigía el cuerpo etérico del discípulo, trasmitiéndole impulsos, sugiriéndole la sabiduría, la que quedaba depositada en él como una impresión poderosa e imborrable.

El iniciado, al despertar, encontraba en sí mismo toda esa sabiduría, porque el cuerpo etérico encierra la memoria del hombre, y conservaba esta sabiduría, que era la de la Doctrina Oculta, pero que llevaba consigo el sello indeleble y personal del Hierofante.

Después de haber sufrido esta iniciación, se decía, del que había sido iniciado, que había nacido dos veces.

Se procedía así porque hubiera sido muy difícil de otra manera comunicar las verdades superiores.

Sin embargo, las cosas ocurren muy diferentemente en la Iniciación Occidental.

Difiere de la Iniciación Oriental en que ésta se realiza durante el sueño, mientras que la Occidental se realiza durante la plena vigilia, evitando la separación entre el cuerpo etérico y el físico.

Durante la iniciación occidental el iniciado permanece siempre independiente y el Maestro no es más que quien lo despierta. El Maestro occidental no quiere ni dominar ni convertir: solamente cuenta lo que ha visto.

¿Cómo hay que escuchar? Hay tres maneras de escuchar: Escuchar sometándose a la palabra como a una autoridad infalible; escuchar con sentido crítico, rebelándose contra lo que se oye; escuchar sencillamente, sin fe servil y ciega y sin oposición sistemática, dejando obrar a las ideas y observando sus efectos.

Así debe ser, en la iniciación occidental, la actitud del discípulo con respecto a su Maestro.

En cuanto al iniciador sabe perfectamente que para ser Maestro es necesario convertirse en servidor.

Para él se trata no de modelar el alma de su discípulo a su imagen y semejanza, sino de adivinar su enigma y resolverlo. Lo que El enseña no es un dogma, o si es dogma no tiene valor más que como principio de evolución. Toda verdad que a la vez no sea una fuerza vital, es una verdad estéril. Por eso es necesario que todo pensamiento llegue al alma, y ningún pensamiento llega al alma si no está impregnado por el sentimiento. Entonces es un pensamiento que ya ha nacido muerto: es un aborto.

SEXTA LECCION

Yoga Oriental y Yoga Occidental

II

Lo que conviene establecer antes de seguir más adelante, es que el Yoga o iniciación no es un acontecimiento tumultuoso, sino un desenvolvimiento lento, un cambio de los más íntimos. Por lo general uno se figura que se trata de una serie de manipulaciones externas o prácticas ascéticas, pero no hay nada de eso. Todo debe ocurrir en las profundidades del alma.

Hablaremos de las reglas prácticas de este desenvolvimiento. Se dice que el principio de la iniciación era peligroso y que el que lo emprendía se exponía a serios peligros. En esto sí hay algo de cierto, y trataremos de explicarlo científicamente.

La iniciación yoga, es una especie de alumbramiento del Alma superior que existe latente en todo ser humano, y esta iniciación presenta para el alma inferior, o más exactamente, para el cuerpo astral, peligros análogos a los del alumbramiento físico, con este parecido, además, que el Alma Divina sale dolorosamente del alma pasional, como el niño del seno de su madre, y esta diferencia, que el alumbramiento espiritual dura muchísimo más tiempo.

Empleamos aún otra comparación. El Alma Superior está estrechamente ligada al alma animal. Su fusión es lo que atempera las pasiones. La espiritualiza y las domina, según el grado de inteligencia y de voluntad. Esta fusión tiene una ventaja para el hombre. Pero esta ventaja se obtiene al precio de la clarividencia que se pierde. Imaginémos un líquido verde, compuesto químicamente de azul y amarillo. Si podemos disociar el líquido químicamente, el líquido amarillo se irá al fondo, mientras que el azul pasará a la superficie. Y otro tanto ocurre en el hombre cuando el Yoga separa el alma animal del Alma Espiritual. El Alma Espiritual obtiene la clarividencia, por el alma animal, que queda sola, y si no ha sido todavía purificada por el yo, se entrega sin control al exceso de sus pasiones. Y este es el hecho que puede comprobarse frecuentemente en los médiums. Contra este peligro terrible se previene a veces a los iniciados con estas palabras: el Guardián del Umbral.

Por eso, como primer requisito, se exige que el iniciado sea de un carácter firme y un hombre completamente dueño de sus pasiones. El Yoga debe, pues, ir precedido de una disciplina severa y de ciertas condiciones, la primera de las cuales es la calma y la soledad. La moral ordinaria no es suficiente, porque no se refiere más que a la conducta del hombre en el mundo externo. mientras que el Yoga se refiere al hombre interno.

Si se nos dijera: la piedad basta, contestaríamos: la piedad es una hermosa virtud, una virtud necesaria, pero nada tiene que hacer con el desenvolvimiento oculto. La piedad sin la sabiduría es impotente.

Para el Ocultista, para el verdadero Iniciado, se trata de cambiar la dirección de la corriente de su vida. El hombre actual está determinado e impulsado en todos sus actos por las sensaciones, es decir, por el mundo exterior. Todo lo que está determinado por el lugar o el tiempo nada significa. Hay que sobrepasarlos. ¿Qué medios se emplean para lograr tal fin?

1º Fijar el pensamiento en un solo objeto y sujetarlo allí. Esto se llama adquirir el dominio del pensamiento.

2º Operar de la misma manera en todos los actos, grandes y chicos: dominándolos, regulándolos y colocándolos bajo el dominio de la voluntad. Todos los actos deben ser el resultado de una iniciativa interior. Esto es el dominio de las acciones.

3º Equilibrio de ánimo. Es necesario lograr la moderación en el dolor y en el placer. Goethe dice que el alma que ama tan pronto está alegre, tan pronto triste, hasta la muerte. El ocultista debe soportar con la misma ecuanimidad el dolor más grande o la alegría más intensa.

4º Optimismo. El estado de ánimo que consiste en tratar de ver siempre el lado bueno de las cosas. En todas partes, hasta en el crimen y en lo absurdo, hay algo de bueno. Una leyenda persa relata que al pasar el Cristo frente al cadáver de un perro sus discípulos se echaron atrás con horror, mientras que el Cristo mismo, después de haber contemplado este repugnante espectáculo, dijo simplemente: ¡Qué lindos dientes!

5º La confianza. La apertura del espíritu ante todo nuevo fenómeno, el no dejarse determinar por el pasado en sus juicios.

6º El equilibrio interior, que resulta de todos estos medios preparatorios. Entonces se encuentra uno maduro para el ejercitamiento interior del alma. Ya está pronto para emprender el sendero.

7º La meditación. Es necesario volverse ciego y sordo con respecto al mundo externo y sus recuerdos, hasta el punto de que un cañonazo no logre perturbarlos. Cuando uno ha logrado hacer el vacío entonces puede recibir en sí mismo lo que viene del interior.

Entonces hay que despertar al alma profunda mediante ciertas ideas que la harán remontar hacia su fuente.

En el libro "Luz en el Sendero" se encuentran cuatro sentencias propias para ser empleadas como temas de meditación, de concentración interior. Son sentencias antiquísimas, que han sido empleadas por los iniciados durante siglos enteros y cuyo sentido es profundo y múltiple.

"Antes de que los ojos puedan ver, deben ser incapaces de llorar.

"Antes de que el oído pueda oír, debe haber perdido la auditividad.

"Antes de que la voz pueda hablar en presencia de los Maestros, debe haber perdido el poder de herir.

"Antes de que el alma pueda erguirse en presencia de los Maestros, es necesario que lave sus pies en la sangre del corazón".

Estas cuatro sentencias tienen un poder mágico .

Pero, para sentirlo, es necesario dejarlas vivir dentro de sí mismo, sin cansarse, como una madre que ama a su hijo.

* * *

Este primer ejercitamiento tiene el poder de desarrollar el cuerpo etérico y muy particularmente su parte superior, que corresponde a la cabeza.

Después de haber tratado así la parte superior del cuerpo etérico, es necesario desenvolver una parte más profunda del ser: el sistema sanguíneo y respiratorio, el corazón y los pulmones. Antiguamente, en lejanas épocas de desenvolvimiento terrestre, el hombre vivía en el agua y respiraba por branquias, como los peces de la actualidad. Los libros sagrados de la antigüedad señalan el momento en que el hombre comenzó a respirar aire diciendo, como en el Génesis:

"Dios dió su aliento al hombre".

El discípulo tiene entonces que cambiar su sistema de respiración y purificarlo. Todo desenvolvimiento va del caos a la armonía, de la aritmia a la euritmia. El hombre tiene que hacer que sus instintos sean rítmicos.

En la antigüedad los diversos grados de iniciación eran designados por nombres particulares.

Primer grado: El cuervo, el que está en el umbral. El cuervo es un ave que aparece en todas las mitologías. En la "Edda" murmura en el oído de Votan lo que ve a lo lejos.

Segundo grado: Estudiante secreto u ocultista.

Tercer grado: El Guerrero, la lucha, el combate.

Cuarto grado: El león (la fuerza).

Quinto grado: El Iniciado lleva el nombre del pueblo al que pertenece: Persa, Griego, Israelita, etc, porque su alma se ha expandido hasta comprender la de todo su pueblo, país o nación.

Sexto grado: El Héroe Solar, el Herald o Corredor del Sol, porque su marcha se ha tornado tan armoniosa y rítmica como la del sol.

El sol representaba el movimiento o el ritmo vivificador del sistema planetario. La leyenda de Icaro se refiere a la Iniciación. Icaro trató de alcanzar el sol demasiado pronto, sin preparación suficiente, y por eso cayó.

Séptimo grado: El Padre, por que ya es capaz de crear discípulos y convertirse en protector de todos los hombres, siendo a la vez el padre del nuevo hombre, dos veces nacido en el alma resucitada.

En el curso de la meditación, el pensamiento purifica el aire; podría hasta comprobarse químicamente y demostrar que entonces se expelle ácido carbónico en mucha menor cantidad.

El nuevo ritmo de la respiración produce un cambio en la sangre. El hombre se purifica hasta el punto de poder reconstruir su propia sangre sin el auxilio de las plantas. La prolongada actitud meditativa cambia la naturaleza de la sangre. El hombre exhala entonces menos cantidad de carbono, ya que lo retiene en sí mismo y lo utiliza en su estructura corporal. Ya no exhala más que aire puro. El hombre se vuelve así capaz de vivir en su propio aliento. Y en esta forma se realiza la transmutación alquímica.

¿Cuáles son las etapas superiores del Yoga?

Primera etapa: El iniciado encuentra la calma en su alma. Entonces surge en él la visión astral, donde todo es simbólicamente la imagen de la realidad.

Esta visión astral, percibida durante el sueño, es todavía incompleta.

Segunda etapa: Los sueños dejan de ser caóticos y se vuelven regulares. Entonces comienza a comprenderse la verdadera relación entre el simbolismo de los sueños y la realidad: se vuelve uno señor de lo astral. Entonces la Luz Astral, que brota del interior, se despierta en el alma que aprende a ver a las otras almas como realidades.

Tercera etapa: La continuidad de la conciencia va estableciéndose entre el estado de vigilia y el estado de sueño. Antes la vida astral se reflejaba en los sueños durante el sueño liviano, pero ahora aparecen en el sueño profundo otras concepciones que son puramente auditivas y que se manifiestan en forma sonora. Entonces el alma comienza a sentir la voz (El Verbo) interior de todos los seres en forma de maravillosa armonía. Esta armonía es la manifestación de la vida real.

Platón y Pitágoras llamaron a esta armonía la música de las esferas. No era una metáfora poética, sino la vibración profunda del alma íntima bajo las ondas sonoras que emanaban del alma del mundo.

Goethe, que fue iniciado en su juventud entre el período de Leipzig y de Strasburgo, conocía esta armonía de las esferas. Y, a principios del Fausto, la canta cuando pone en labios del ángel Rafael las siguientes palabras:

"El sol vibra en el cielo;

"Las esferas fraternales resuenan

"Y prosigue su curso infalible,

"Mientras su voz rueda como un trueno".

Durante el sueño profundo, el iniciado escucha estos sonidos como si fuera el sonido de trompetas o el rugido de los truenos.

SEPTIMA LECCION

El Evangelio de San Juan

El Cristianismo desempeña un papel único, incisivo y capital en la historia de la Humanidad. En cierta forma es el momento central, el punto de retorno o de vuelta entre la involución y la evolución. De ahí que su luz sea tan resplandeciente.

En parte alguna se encuentra esta luz tan viva como en el Evangelio de San Juan y en verdad puede decirse que sólo en él aparece en toda su fuerza.

No es así, por cierto, como la teología contemporánea concibe este evangelio. Desde el punto de vista histórico, ella lo considera como inferior a los tres evangelios sin ópticos y hasta suele sospechársele de apócrifo. El mero hecho de que su redacción haya sido atribuída al segundo siglo de Jesucristo, ha hecho que los teólogos y la escuela crítica lo consideren como una obra de poesía mística y de filosofía alejandrina. En cambio el Ocultismo considera el Evangelio de San Juan muy diferentemente.

Durante la Edad Media hubo una serie de fraternidades que vieron en él su ideal y la fuente principal de la verdad cristiana. Estas fraternidades se llamaban los Hermanos de San Juan, Los Albingenses, los Cátaros, los Templarios, los Rosacruces. Todos eran ocultistas prácticos y hacían de este evangelio su Biblia, su breviario. Puede admitirse que la leyenda del Grial, de Parsifal y de Lohengrin, salió de esas fraternidades y fue como la expresión de sus doctrinas secretas.

Todos estos hermanos de diversas órdenes se consideraban como los precursores de un cristianismo individual, del cual poseían el secreto y cuyo pleno desenvolvimiento y floración estaba reservado al futuro.

Y este secreto sólo lo encontraban única y absolutamente en el Evangelio de San Juan. Allí encontraban una verdad eterna aplicable a todos los tiempos, una verdad que regenera el Alma totalmente, si la vive en las propias profundidades de su ser. No se leía

entonces el Evangelio de San Juan, como si fuera un escrito literario, sino que servía a modo de instrumento místico. Para podernos dar cuenta de ella tendremos que abstraernos por un momento de su valor histórico.

Los catorce primeros versículos de este Evangelio eran para los Rosacruces objeto de una meditación cotidiana y de un ejército espiritual. Se les atribuía un poder mágico, que realmente tienen para el ocultista. He aquí el efecto que producen por la constante repetición, sin cansarse: hecha siempre a la misma hora, todos los días, se logra obtener la visión de todos los acontecimientos que cuenta el Evangelio, pudiendo vivirlos interiormente.

Así es como, para los Rosacruces, la vida del Cristo significaba el Cristo resucitando en el fondo de cada Alma por la visión espiritual. Por lo demás creían, naturalmente, en la existencia real e histórica del Cristo, porque conocer el Cristo interior es reconocer igualmente el Cristo exterior.

Un espíritu materialista podría decir actualmente: Acaso el hecho de que los Rosacruces hayan tenido esas visiones, ¿prueba la existencia real del Cristo?

A lo cual contestaría el Ocultista : Si no existiera el ojo para ver el sol, el sol no existiría, pero si no hubiera sol en el cielo, tampoco podría haber ojos para verlo. Porque es el Sol quien ha formado el ojo en el curso de los tiempos y quien lo ha construído para que pudiera percibir la luz. Similarmente, el Rosacruz decía: El Evangelio de San Juan despierta el sentido interno, pero si no existiera un Cristo viviente, uno no podría hacerlo vivir en sí mismo.

La obra de Jesucristo no puede ser comprendida en toda su inmensa profundidad si no es estableciendo las diferencias entre los antiguos misterios y el Misterio Cristiano.

Los Misterios antiguos se celebraban en Templos-Escuelas. Los iniciados, personas que habían despertado, habían igualmente aprendido a obrar sobre su cuerpo etérico y por lo tanto eran "nacidos dos veces", porque sabían ver la verdad de dos maneras: directamente por el sueño y la visión astral, e indirectamente por la visión sensible y lógica. La iniciación por la que tenían que pasar se llamaba Vida, Muerte y Resurrección. El discípulo pasaba tres días en la tumba, en un sarcófago, dentro del Templo; su espíritu quedaba liberado del cuerpo, pero, al tercer día, respondiendo a la voz del hierofante, su espíritu volvía al cuerpo, arrancándose a los confines del Cosmos, donde había conocido la vida universal. Se había transformado y nacido dos veces. Los más grandes autores griegos han hablado con entusiasmo y sagrado respeto de estos misterios. Platón llega hasta decir que solamente el Iniciado merece el calificativo de hombre.

Pero esta iniciación encontró en el Cristo su verdadero coronamiento. El Cristo es la iniciación condensada en la vida sensible, así como el hielo es agua solidificada. Lo que se veía en los misterios antiguos se realizaba históricamente en el Cristo en el mundo físico. La muerte de los iniciados no era más que una muerte parcial en el Mundo Etérico. La muerte del Cristo fue una muerte completa en el Mundo Físico.

Puede considerarse la resurrección de Lázaro como un momento de transición, como un paso de la iniciación antigua a la iniciación cristiana. En el Evangelio de San Juan, Juan mismo no aparece hasta después de mencionarse la muerte de Lázaro. "El discípulo que Jesús amaba", era también el más iniciado de todos. Es aquel que ha pasado por la muerte y la resurrección y que ha resucitado a la voz del Cristo mismo. Juan es Lázaro salido de la tumba después de su iniciación. San Juan ha vivido la muerte del Cristo. Tal es la mística vía que recelan las profundidades del Cristianismo.

Las bodas de Canán, cuya descripción se lee igualmente en este evangelio, encierran uno de los más profundos misterios de la historia espiritual de la humanidad. Se refiere a las siguientes palabras de Hermes: "Lo que está arriba es como lo que está abajo". En las bodas de Canán, el agua se transforman en vino. A este hecho se le da un sentido simbólico universal, que es el siguiente: en el culto religioso el sacrificio del agua va a ser reemplazado, por un tiempo, por el sacrificio del vino.

Hubo un tiempo, en la historia de la humanidad, en que no se conocía el vino. En los tiempos védicos apenas si se le conocía. Ahora bien, mientras el hombre no bebía líquidos alcohólicos, la idea de las existencias precedentes y de la pluralidad de vidas era una creencia universal, de la que nadie dudaba. Desde que la humanidad comenzó a beber vino, la idea de la reencarnación se fue oscureciendo rápidamente y acabó por desaparecer del todo a la conciencia popular. Y sólo la conservaron los Iniciados que se abstendían de beber vino.

El alcohol ejerce sobre el organismo una acción particular, especialmente sobre el cuerpo etérico donde se elabora la memoria. El alcohol vela esta memoria, la oscurece en sus profundidades íntimas. El vino procura el olvido, se dice, pero no es solamente un olvido superficial y momentáneo, sino un olvido profundo y duradero, una oscuración verdadera de la fuerza de la memoria en el cuerpo etérico. Por este motivo, cuando los hombres se pusieron a beber vino, perdieron poco a poco su sentimiento espontáneo de la reencarnación.

Ahora bien, la creencia en la reencarnación y en la ley del Karma, tenía una influencia poderosa, no solamente sobre los individuos, sino sobre su sentimiento social. Esta creencia le hacía aceptar la desigualdad de las condiciones humanas y sociales. Cuando el desgraciado obrero trabajaba en las Pirámides de Egipto, cuando el hindú de la última

casta esculpía los templos gigantescos en el corazón de las montañas, se decía que otra existencia lo recompensaría de un trabajo soportado valerosamente, que su amo había ya pasado por pruebas similares si era bueno o que pasaría más tarde por otras mucho más penosas si era injusto y malo.

Al aproximarse el Cristianismo la humanidad tenía que atravesar una época de concentración sobre la obra terrestre: le era necesario trabajar por el mejoramiento de esta vida, por el desenvolvimiento del intelecto, del conocimiento razonado y científico de la Naturaleza. El sentimiento de la reencarnación debía, pues, perderse durante dos mil años. Y lo que se empleó para lograr ese fin fue el vino.

Tal es la causa profunda del culto de Baco, dios del vino, de la embriaguez (forma popular del Dionisio de los Antiguos Misterios que, sin embargo, tiene otro sentido). Tal es también el sentido simbólico de las bodas de Canán. El agua servía para los antiguos sacrificios y el vino para los nuevos. Las palabras de Cristo: "Felices aquellos que no vinieron y, sin embargo creyeron", se aplican a la nueva era en que el hombre, entregado por completo a su obra terrestre, no tendría ni el recuerdo de sus anteriores encarnaciones, ni la visión directa del Mundo Divino.

El Cristo nos dejó un testamento en la escena del Monte Tabor, en la Transfiguración que tuvo lugar delante de Pedro, Santiago y Juan. Los discípulos lo vieron entre Elías y Moisés. Elías representa el camino de la verdad; Moisés la Verdad misma y el Cristo la vida que resume a ambas. Por eso sólo EL podía decir: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida".

Así todo se resume y se concentra, todo se aclara y se intensifica, todo se transfigura en el Cristo. Remonta el pasado del alma humana hasta su misma fuente y prevé su futuro hasta su confluencia con Dios mismo. Porque el Cristianismo no es solamente una fuerza del pasado, sino una fuerza del futuro. Con los Rosacruces, el nuevo ocultismo enseña el Cristo Interior en cada hombre y el Cristo futuro en toda la humanidad.

OCTAVA LECCION

El Misterio Cristiano

Desde los orígenes del Cristianismo y el tiempo de los Apóstoles, la iniciación cristiana ha existido siempre y ha permanecido siempre invariable durante la Edad Media y hasta nuestros días, en gran número de órdenes religiosas así como entre los Rosacruces.

Esta iniciación está hecha de ejercicios espirituales que provocan síntomas idénticos e invariables. Las asociaciones que la practican en un profundo secreto son el verdadero hogar de toda la vida espiritual y de todos los progresos religiosos realizados por la humanidad.

La iniciación cristiana es, desde cierto punto de vista, más difícil que la iniciación antigua. Aquella contiene la esencia y la misión del Cristianismo que vino al mundo en el tiempo en que el hombre cumplía el descenso más profundo en la materia. Este descenso se debe conferir a una conciencia nueva; pero salir de esa profundidad, de esa densidad material, reclaman de él un esfuerzo más grande y hace la iniciación más difícil. Es por esto que el Maestro Cristiano exige de su discípulo un grado superior de humildad y devoción.

La iniciación cristiana ha consistido siempre en siete etapas, de las cuales cuatro responden a cuatro estaciones del Calvario. Son:

- 1° El lavatorio de los pies.
- 2° La flagelación.
- 3° La coronación de espinas.
- 4° Con la cruz a cuestas.
- 5° La muerte mística.
- 6° El entierro.
- 7° La resurrección.

El lavatorio de los pies: Es un ejercicio preparatorio, de naturaleza puramente moral, que se relaciona con la escena en que el Cristo lava los pies a los Apóstoles antes de la fiesta de Pascuas. "En verdad os digo, el servidor no es más grande que su Maestro, ni el enviado más grande que aquél que lo enviara" (San Juan XIII). La teología da a este acto una interpretación puramente moral y no ve allí otra cosa que un ejemplo de profunda humildad y abnegación absoluta del Maestro a sus discípulos y a su obra. Los Rosacruces ven eso también ahí, pero con un sentido más profundo que se relaciona con la evolución de todos los seres de la naturaleza. Es una alusión a que la ley de lo Superior es el producto de lo Inferior. La planta podría decir al mineral: Yo estoy por encima de ti, porque tengo la vida que tú no tienes, pero sin ti yo no podría existir, porque es de ti que saco los jugos que me nutren. Y el animal podría decir a la planta: Yo estoy por encima de ti, porque tengo una sensibilidad, pasiones, movimientos voluntarios que tú no tienes, pero sin el alimento que tú me das, sin tus hojas, tus hierbas y tus frutos no podría vivir. Y el hombre debería decir a las plantas: Estoy por encima de ti, pero te debo el oxígeno que respiro; debería decir a los animales: Tengo un alma que no tenéis vosotros, pero somos hermanos y compañeros y nos adiestramos en la evolución universal. El sentido esotérico del lavatorio de los pies es, pues, que Jesucristo, el Mesías, el Hijo de Dios, no podría ser sin los Apóstoles.

El discípulo que ha meditado sobre ese tema durante meses y tal vez años, obtiene la visión del lavatorio de los pies en el plano astral durante el sueño.

Entonces puede pasar al segundo grado de la Iniciación Cristiana.

La flagelación. Durante esta etapa, el hombre aprende a resistir el azote de la vida. Esta nos trae sufrimientos de toda clase. Físicos y morales, intelectuales y espirituales. En esta fase, el discípulo siente la vida como una aterradora e incesante tortura. El debe soportar con una perfecta equidad de alma y un coraje estoico. Debe cesar de tener miedo tanto físico como moral. Cuando ha llegado a no temer, entonces ve en sueño la escena de la flagelación. En el curso de otra visión se ve asimismo como Cristo Flagelado.

Este acontecimiento es acompañado por ciertos síntomas de la vida física y se traduce por una hiperestesia de toda sensibilidad, una ampliación del sentido universal de la Vida y del Amor.

Un ejemplo de esta sensibilidad sobreagudizada, transportada al mundo de la inteligencia, se encuentra en la vida de Goethe. Después de largos estudios osteológicos sobre el esqueleto del hombre y los de los animales, así como observaciones comparadas sobre los embriones, Goethe llegó a la conclusión de que un hueso intermaxilar debía existir en el hombre. Antes de él, se negaba que en la mandíbula superior del hombre se encontraba el hueso intermaxilar. El mismo cuenta que cuando hizo el descubrimiento de que ese hueso existía realmente en la mandíbula humana, visible todavía por una sutura, tuvo un sobresalto de alegría y una especie de éxtasis que él llama uno de los más maravillosos transportes de su vida. Durante su viaje a Italia, Goethe tuvo el mismo sentimiento cuando frente a los restos de un cráneo de carnero le vino esa otra idea, más maravillosa todavía para la evolución humana, idea que se puede llamar a la vez esotérica y darwiniana, de que el cerebro humano, centro de la inteligencia, precedido por el cerebelo, centro de los movimientos voluntarios, es una floración y una expansión de la médula espinal, como la flor es una expansión y una síntesis de la raíz y el tallo

¿Por qué hizo Goethe esos maravillosos descubrimientos que por sí solos le valdrían la inmortalidad?

Por su gran inteligencia, sin duda, pero también por su simpatía vibrante y profunda por todos los seres y toda la naturaleza. Esta sensibilidad es un refinamiento y una extensión de las fuerzas de la vida y de las del amor. Corresponde al segundo grado de la Iniciación Cristiana: es la recompensa de la prueba de la Flagelación. El hombre adquiere con ella un sentido del amor para todos los seres, que lo hace vivir dentro de la naturaleza.

El coronamiento de espinas. Aquí el hombre debe aprender a afrontar el mundo, moral e intelectualmente, a soportar el desprecio cuando se ataca lo que es más caro. Saber permanecer de pie cuando todo lo abrumba, saber decir sí cuando todo el mundo dice no, he ahí lo que es necesario aprender antes de ir más lejos. Se produce entonces un síntoma nuevo: es la disociación, o mejor dicho, el poder de disociar momentáneamente tres fuerzas que en el hombre están siempre ligadas: la voluntad, la sensibilidad, la inteligencia. Es necesario aprender a separarlas o unir las a voluntad. Por ejemplo, en tanto que un acontecimiento exterior espontáneamente nos colme de entusiasmo, no estamos maduros. Porque ese entusiasmo producido por un acontecimiento no viene de nosotros y hasta puede ejercer sobre nosotros una influencia devastadora de la cual no somos dueños. El entusiasmo del discípulo debe encontrar su solo origen en las profundidades de la vida mística. Es necesario, pues, poder permanecer impasible ante todo acontecimiento, cualquiera que sea. Así solamente se adquiere la libertad.

Esta separación entre la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad produce en el cerebro un cambio caracterizado por el coronamiento de espinas. Para pasarlo sin peligro, es necesario que las fuerzas de la personalidad hayan sido suficientemente ejercitadas y perfectamente equilibradas. Si no sucede así, o el discípulo tiene un mal guía, este

cambio puede engendrar la locura. Porque la locura no es otra cosa que esta disociación operada fuera de la voluntad y sin que la unidad pueda ser restablecida por una voluntad interna. Por el contrario, el discípulo se entrega para hacer cesar esta disociación cuando él lo quiere. Un relámpago de su voluntad restablece el vínculo entre los órganos y las actividades de su alma, entre tanto que en el loco, el desgarramiento puede llegar a ser irremediable y causar una lesión física en los centros nerviosos.

En el curso de la etapa llamada la corona de espinas en la Iniciación Cristiana, se produce un fenómeno formidable que lleva el nombre de Guardián del Umbral y que se puede llamar también la aparición del doble inferior del ser espiritual del hombre, hecho de sus voluntades, de sus deseos y de su inteligencia, aparece entonces al iniciado bajo una forma visible en sus sueños, y esta forma es a veces repugnante y terrible porque es un producto de sus pasiones buenas y malas y de su Karma. Ella es su personificación plástica sobre el plano astral. Es el mal piloto del libro de los muertos de los egipcios. El hombre debe vencerlo para encontrar su Yo Superior. El Guardián del Umbral que fue un fenómeno de visión astral hasta en los más antiguos tiempos, el origen primitivo de todos los mitos sobre la lucha del héroe con el monstruo de Perseo y de Hércules con la Hidra de San Jorge y de Sigfrido con el dragón.

La irrupción prematura del astral y la súbita aparición del doble Guardián del Umbral, pueden conducir a la locura a aquel que no ha sido bien preparado y que no ha tomado todas las precauciones impuestas al discípulo.

La portación de la Cruz se relaciona también simbólicamente con una virtud al alma. Esta virtud, que consiste en cierto modo en llevar el mundo sobre su conciencia, como Atlas llevaba el cielo sobre su cabeza, podría llamarse el sentimiento de identificación con la tierra y todo lo que ella encierra. Se llama en la iniciación oriental el fin del sentimiento de separatividad. Los hombres se identifican en general, sobre todo el hombre moderno con su cuerpo (Spinoza, en su Etica, llama a la primera idea fundamental del hombre: la idea del cuerpo en acto), el discípulo debe cultivar esta idea de que en el conjunto de las cosas su cuerpo no es más importante para él que cualquier otro cuerpo, sea de él, de un animal, una tabla o un pedazo de mármol. El yo no acaba en la piel: se une al organismo universal como nuestra mano al conjunto de nuestro cuerpo. ¿Qué sería la mano sola?: un girón. ¿Qué haría el cuerpo de hombre sin la tierra sobre la cual se apoya, sin el aire que respira? Moriría, porque él no es más que un pequeño órgano de esta tierra y de esta atmósfera. He aquí por qué el discípulo debe sumergirse en cada ser e identificarse con el Espíritu de la tierra.

También es Goethe el que ha dado de esta etapa una grandiosa descripción en el principio de su Fausto, cuando el Espíritu de la Tierra, al que aspira Fausto, se le aparece y dice: En las ondas de la Vida, acción y tempestad.

Yo me elevo, yo descendo.

Yo corro, yo vuelvo,

Nacimiento y muerte,

Un mar eterno,

Un torbellino cambiante,

Una llama de Vida;

Así trabajo en la trama de los tiempos,

Y tejo el vestido viviente de Dios.

Identificarse con todos los seres no quiere decir despreciar su cuerpo, sino llevarlo como una cosa exterior, como el Cristo llevaba la Cruz. Es necesario que el Espíritu tenga el cuerpo, como la mano tiene el martillo. El discípulo entonces se hace consciente de las fuerzas ocultas que existen en su propio ser.

Puede, por ejemplo, en el curso de su meditación, producir los estigmas sobre su piel. Es el signo de que está preparado para la quinta etapa, en que se le revela en una repentina iluminación.

La Muerte Mística. Presa del más grande sufrimiento, el discípulo se dice: Reconozco que todo el mundo de los sentidos no es más que una ilusión. El tiene, verdaderamente, la sensación de morir y de descender en las tinieblas. Pero entonces se desgarran las tinieblas y aparece una nueva luz: brilla la luz astral. Es la ruptura del velo del Templo. Esta luz no tiene nada de común con la luz del sol. Brota de dentro de las cosas y del hombre. La sensación que ella produce no se parece en nada a la de la luz de fuera.

Para formarse una idea de ella, empleamos la comparación siguiente. Que uno se figure que, alejándose de una ciudad tumultuosa, penetra en una espesa floresta. Gradualmente los ruidos se apagan y el silencio se hace completo. Se llega hasta percibir lo que está más allá del silencio, a franquear ese punto cero donde ha caído todo ruido exterior. El sonido recomienza del otro lado de la vida para el oído interno. Tal es la experiencia vivida por el alma que penetra en el mundo astral. Ella está en contacto con la cualidad inversa de las cosas que conoce, lo mismo que debajo del cero o entre una orden creciente de números negativos.

Es necesario haberlo perdido todo para reconquistarlo todo, hasta la propia existencia. Pero en el momento en que se pierde todo, aparece que él es el que se mata a sí mismo y que es el autor de su nueva Vida. Es la Muerte Mística. Cuando se ha pasado por ella, ha venido el tiempo de:

El enterramiento. El hombre se siente allí penetrado por el sentimiento de que extraño, ajeno a su propio cuerpo, no forma más que uno con el planeta.

Está amalgamado o fundido con la tierra y se reconoce a sí mismo y vuelve en sí en la vida planetaria.

La Resurrección. Es un sentimiento inefable, imposible de describir más que entre los muros del Templo. Porque esta última etapa está por encima de toda palabra y falla toda comparación. Llegado a este punto se adquiere el poder de curar. Pero es necesario decir que aquel que posee tiene al mismo tiempo el poder inverso de producir la enfermedad. Porque lo negativo acompaña siempre a lo positivo. De ahí viene la gran responsabilidad legada a este poder que se puede caracterizar así: la palabra creadora sale del alma ardiente.

NOVENA LECCION

El Plano Astral

¿Cómo concebir el plano astral, el otro mundo?

En ocultismo se distinguen tres mundos: 1º El mundo físico (aquel en que vivimos). 2º El mundo astral (que corresponde al purgatorio). 3º El mundo espiritual, o, según el término sánscrito, devakánico (que corresponde al cielo cristiano).

Hay, además, otros mundos más acá y más allá de éstos, pero no nos ocuparemos de ellos en estas lecciones. Ellos están, por otra parte, por encima de toda concepción humana. Sólo los más grandes iniciados pueden tener una lejana idea acerca de ellos. Aquí no nos ocuparemos más que de la evolución planetaria en el seno de nuestro sistema solar. El plano físico nos encierra en este estrecho espacio de la existencia física que transcurre entre la vida y la muerte. Entre dos encarnaciones, nos movemos en el plano astral y en el plano devakánico. Pero el núcleo del hombre permanece inmutable. El se reencarna, pero no eternamente. Porque el ritmo de la encarnación y la reencarnación ha comenzado y debe terminar. El hombre viene de otra parte ya otra parte va.

El mundo actual no es un lugar, sino un estado.

Nos rodea y en él nos bañamos continuamente sobre esta tierra.

Vivimos en él como ciegos de nacimiento que caminaran a tientas. Dadles la vista por una operación: estarán siempre en las mismas habitaciones, pero verán por primera vez las formas y los colores.

Así se abre el mundo astral para la clarividencia. Es otro estado de conciencia. En los trabajos científicos de Goethe se encuentra un pasaje notable sobre la esencia de la luz considerada como lenguaje de la naturaleza.

"Tratamos en vano, dice, de expresar la esencia de un ser. Percibimos su efecto, y una historia completa de esos efectos comprendería tal vez la esencia de este ser. Nos esforzaríamos en vano en pintar el carácter de un hombre; pero reunamos sus acciones en un todo y se ofrecerá a nuestros ojos una imagen de su carácter.

"Los colores son acciones de la luz, acciones y pasiones. En ese sentido nos revelan la naturaleza de la luz. Los colores y la luz son fenómenos estrechamente unidos. Pero es necesario que nos los representemos como si formaran parte integrante de toda la naturaleza, porque toda la naturaleza quiere manifestarse a lo largo por la luz y los colores.

"La naturaleza se manifiesta de una manera análoga a otro sentido: Cerrad los ojos; prestad oídos. Del soplo más ligero al tumulto más ensordecedor, del sonido más simple a la armonía más complicada, del grito más violento y más apasionado hasta la palabra más dulce de la razón, es siempre la naturaleza la que habla, que revela su presencia, su fuerza, su vida, y sus relaciones, tanto como el ciego al cual le está velado el infinito visible, puede captar, en lo que es audible, un infinito viviente.

"Así, la naturaleza habla de alto a bajo, a sentidos con oídos, mal conocidos y desconocidos. Así, ella conversa consigo misma y con nosotros por mil fenómenos. Para el observador atento no está muerta ni muda; a la dura tierra ha agregado un confidente, un metal cuyas partículas más pequeñas nos permiten distinguir (observar) lo que pasa en su masa entera". (Teorías de los colores. Prefacio).

"Tratemos de descubrir el mundo astral. Allí es necesario habituarse a otra manera de ver. Al principio todo es allí confuso y caótico, la primera cosa de que uno se da cuenta es que el plano astral nos muestra todo lo que existe, como un espejo, y que allí todo

está invertido. Si leéis la cifra 365, en la luz astral es necesario leerla al revés: 563. Si un acontecimiento se desarrolla ante nosotros, lo hace en sentido inverso de su dirección sobre la tierra. En el mundo astral la causa viene después del efecto, en tanto que en nuestro mundo, el efecto viene después de la causa. En el mundo astral el fin aparece como causa. Lo que prueba que el fin y la causa son cosas idénticas que actúan en sentido inverso según la esfera de vida en que nos colocamos.

La clarividencia resuelve, pues, experimentalmente el problema teológico que ninguna metafísica ha podido resolver por el pensamiento abstracto.

Otra aplicación de este desdoblamiento inverso de las cosas en el mundo astral es que enseña al hombre a conocerse a sí mismo. Los pensamientos y las acciones se expresan en este plano por formas vegetales y animales. Cuando el hombre comienza a percibir sus pasiones en el plano astral, las ve bajo formas animales, pero esas formas que salen de él las ve en sentido inverso, como si vinieran a asaltarlo. Es que en el estado visionario, el ya está exteriorizado: de otro modo no podría verse. Así, ahí solamente, en el plano astral, el hombre aprende verdaderamente a conocerse a sí mismo contemplando las imágenes de sus pasiones, como imágenes de animales que se echan sobre él. Así es como un sentimiento de odio hacia un ser exterior aparece como un demonio que se precipita sobre él.

Este conocimiento astral de sí, se produce de una manera anormal en aquellos que tienen enfermedades psíquicas que consisten en verse sin cesar perseguidos por animales, por seres gesticulantes. No se dan cuenta que lo que ven es el reflejo de sus pasiones y de sus emociones.

La verdadera iniciación no produce ninguna turbación psíquica. Pero la irrupción prematura y súbita del mundo astral en el organismo humano puede producir la locura. Porque el hombre se separa del cuerpo físico en la clarividencia. De ahí pueden nacer los peligros para el espíritu y el cerebro de quien no esté entrenado y disciplinado en ese género de ejercicios.

Toda la iniciación rosacruz ha poseído una disciplina que tendía precisamente a hacer al hombre objetivo para sí mismo, a formar un yo objetivo. Es necesario comenzar por verse a sí mismo objetivamente.

Esta representación de sí hace posible la salida del cuerpo astral fuera del cuerpo físico.

¿Qué pasa en el momento de la muerte? Después de la muerte, el cuerpo etérico, el cuerpo astral y el yo del hombre se separan del cuerpo físico, no quedando en el mundo físico más que el cadáver. Poco después el cuerpo etérico y el astral forman un todo.

El cuerpo etérico imprime en el astral toda la memoria de la vida que encierra, después se disipa lentamente en su elemento y el cuerpo astral entra solo en el mundo astral.

El cuerpo astral encierra entonces todos los deseos engendrados por la vida sin los medios de satisfacerlos, puesto que ya no tiene cuerpo físico. Eso le da el sentimiento de una sed devoradora. De ahí ha venido, en la mitología griega, la imaginación del suplicio de Tántalo. Se siente también la impresión de estar metido en un brasero. Y de ahí viene el Infierno, el Purgatorio. La idea del fuego, del Purgatorio, del que se burlan los materialistas, expresa verdaderamente el estado subjetivo del hombre después de la muerte.

Por el contrario, la sed de acción no satisfecha, da al alma la sensación de frío. El estado objetivo es expresado por el frío que exhala del alma. Este frío, nacido de la acción que no se ha realizado sobre la tierra, es el que sienten los espiritistas en las sesiones mediúnicas.

Es necesario que el alma legada a este cuerpo astral pierda el hábito de la existencia de sus órganos físicos y lo adquiere de nuevo para aprender a vivir en el mundo astral.

Para eso ella recomienza a desenvolver su vida al revés, comenzando por el fin hasta su infancia. Solamente entonces, una vez que llegó al punto de su nacimiento, después de haber vivido su vida en ese fuego purificador, está maduro para el mundo espiritual el devakán. Tal es el sentido de las palabras de Cristo diciendo a sus apóstoles: "en verdad os digo: hasta que no volveréis a ser niños no entraréis en el Reino de los Cielos."

Cuando el hombre desciende a encarnarse sobre la tierra, es empujado por el deseo; y no es sin fin que nace en el hombre el deseo de la tierra. Este fin es aprender. Aprendemos con todas nuestras experiencias y enriquecemos nuestro fondo de conocimientos. Pero para que el hombre pueda aprender sobre la tierra, es necesario que sea atraído hacia allí arrastrado por las posesiones (goces).

Cuando llegada al mundo astral después de la muerte, el alma revive su existencia al revés, el alma, al contrario, debe tratar de rechazar el goce, conservando la experiencia de su pasaje por el plano astral, es, pues, una purificación por la cual olvidó el gusto por las delicias físicas.

Tal es la purificación del Kamaloka de los hindúes, del fuego abrasador. Es necesario que el hombre pierda el hábito de tener un cuerpo. La muerte le produce al principio el efecto de un vacío inmenso.

En la muerte suicida y violenta, estas impresiones de vacío, de sed y de quemadura son mucho más terribles. El cuerpo astral que no está preparado para vivir fuera del cuerpo físico, es arrancado de él con dolor, en tanto que en la muerte natural, el cuerpo astral se separa fácilmente. En la muerte violenta que no es causada por la voluntad del hombre, el desgarramiento es siempre menos doloroso que en el caso de suicidio.

Puede producirse también durante la vida una especie de muerte espiritual, causada por la separación prematura entre el espíritu y el cuerpo, por una confusión del plano astral con el físico, Nietzsche es un ejemplo de ello. En su libro: "Más allá del Bien y del Mal", Nietzsche ha transportado, sin saberlo, el plano astral sobre el plano físico. Resulta de ello un trastorno y una inversión de todas las nociones, y por fin el error, la locura, la muerte.

La vida crepuscular de un gran número de mediums es un fenómeno análogo. El medium, infaliblemente pierde la orientación entre estos diversos mundos y no puede distinguir el verdadero del falso.

La mentira en el plano físico se convierte en destrucción en el plano astral. Este fenómeno es el origen de la magia negra.

El mandamiento físico: ¡No matarás!, puede, pues, traducirse respecto al mundo astral: ¡No mentarás! En el plano físico la mentira no es más que una palabra, una imagen, pero no destruye nada. En el plano astral todos los sentimientos, todas las ideas son formas visibles, fuerzas vivientes. La mentira astral forma una colisión entre la forma falsa y la forma verdadera, que se matan recíprocamente.

El mago blanco quiere dar a las otras almas la vida espiritual que lleva en sí mismo. El mago negro tiene sed de matar, de crear el vacío alrededor de él en el mundo astral, porque ese vacío crea para él el campo en el cual puede desplegar sus pasiones egoístas. Para eso se necesita fuerza, es aquella de la cual se apodera tomando la fuerza vital de todo lo que vive, es decir, matándolo.

He aquí por qué la primera sentencia de la tabla de cálculos de la magia negra dice así: Es necesario vencer la Vida. He aquí por qué en ciertas escuelas de magia negra se enseña a los discípulos la horrible y cruel práctica de dar golpe de cuchillo a animales vivientes, con indicación precisa de la parte del cuerpo del animal que hace nacer tal o cual fuerza en el sacrificador.

Del lado exterior se pueden constatar así puntos comunes entre la magia negra y la vivisección. La ciencia actual, consecuencia de su materialismo, tiene necesidad de la vivisección.

El movimiento de opinión contra la vivisección se inspira en razones profundamente morales. Pero no se negará a abolir la vivisección en la ciencia hasta que no se haya dado la clarividencia a la medicina.

Sólo porque perdió la clarividencia la medicina ha debido recurrir a la vivisección. Cuando hayamos conquistado de nuevo el mundo astral que se ha retirado de nosotros, la clarividencia permitirá al médico sumergirse y penetrar con el espíritu en el estado interno de los órganos enfermos y la vivisección será abandonada como inútil.

El conocimiento de la vida astral nos conduce a una conclusión capital que es: el mundo físico es el producto del mundo astral.

Se puede citar un ejemplo entre mil, sacado de la penetración recíproca de los pecados humanos y de los acontecimientos del mundo astral, así como de la repercusión en el astral de los pecados cometidos en la vida terrestre: las epidemias que hicieron estragos, sobre todo, en la Edad Media.

La lepra es el resultado del terror provocado por los hunos y de las hordas asiáticas sobre las poblaciones asiáticas. Los pueblos mongoles, en efecto, descendientes de los atlantes, eran portadores de degeneración. Su contacto produjo al principio la enfermedad moral del miedo en el plano astral del hombre; la sustancia del cuerpo astral se descompuso y este terreno de descomposición astral vino a ser una especie de terreno de cultivo donde se desarrollaron las bacterias que provocaron sobre la tierra enfermedades como la lepra.

Lo que arrojamos de nosotros hoy sobre el mundo astral reaparece mañana sobre el plano físico. Lo que sembramos aquí sobre el plano astral lo recogeremos sobre la tierra en los tiempos futuros.

Recogemos, pues, hoy, los frutos de la estrecha mentalidad materialista que sembraron nuestros antepasados en el plano astral.

De aquí se puede deducir la importancia esencial que tiene el nutrirse de las verdades ocultas.

Si la ciencia aceptara, aunque no fuera sino como hipótesis, los datos del ocultismo, el mundo cambiaría. El materialismo ha sumergido su hombre en tales tinieblas, que es necesaria una concentración inmensa de las fuerzas para sacar a la humanidad de ella.

El hombre cae bajo la influencia de enfermedades del sistema nervioso que son verdaderas epidemias psíquicas.

Lo que en la tierra llamamos "sentimientos" y que se encuentra en el plano astral, vuelve a la tierra bajo forma de realidad, de acontecimiento, de hecho.

Del plano astral vienen los trastornos nerviosos que impulsan a los hombres.

Es por esta razón que la fraternidad oculta ha decidido mostrarse ostensiblemente y revelar las verdades humanas ocultas. Porque la humanidad atraviesa por una crisis y es necesario ayudarla a reconquistar la salud, el equilibrio.

Ahora bien, esa salud, ese equilibrio, no puede volver más que por la espiritualidad.

DECIMA LECCION

El Plano Astral

II

El ocultista es un hombre que jamás sueña en imponer dogmas. Es un hombre que cuenta lo que ha visto, lo que ha experimentado en el plano astral y en el Espiritual, o lo que Maestros dignos de confianza le han revelado. No pretende convertir, sino despertar en los otros el sentido despierto en él y hacerlos capaces de ver también.

Se tratará aquí del hombre astral tal como aparece a la clarividencia. El hombre astral encierra todo el mundo de sensaciones, pasiones, emociones e impulsos del alma. Ellos traducen para el sentido interno en formas y en colores. El cuerpo astral en sí mismo es una nube de forma ovoide que baña y rodea el cuerpo. Podemos percibirlo desde dentro. En el hombre físico es necesario considerar la sustancia y la forma. Esta sustancia se renueva en siete años; la forma permanece. Porque detrás de la sustancia está el espíritu constructor. Este constructor es el cuerpo etérico. Nosotros no lo vemos, no vemos más que su obra, el cuerpo. El ojo físico no ve en el organismo más que aquello que está terminado y no lo que está en estado de llegar a ser o devenir.

Lo contrario tiene lugar cuando se posee la visión del cuerpo astral, es decir, de su propio cuerpo astral. Lo sentimos desde dentro por nuestras pasiones y los diversos movimientos de nuestra alma.

La capacidad del vidente consiste en aprender a ver desde fuera lo que en la vida habitual sentimos desde dentro. Entonces, sentimientos, pasiones y pensamientos se traducen en formas vivientes y visibles, lo que constituye el aura alrededor de la envoltura física, la aureola.

Lo mismo que el cuerpo etérico construye el cuerpo físico, así las pasiones construyen el cuerpo astral.

Todo lo que vive en el aura allí se expresa. Cada aura humana posee sus tonalidades especiales, sus colores dominantes. Sobre este color fundamental se forman y combinan todos los otros. Por ejemplo, el temperamento melancólico tiene un tinte azul, pero en el aura se vierten desde fuera tantas impresiones diferentes que el observador puede equivocarse fácilmente, sobre todo si observa su propia aura.

El clarividente ve su propia aura invertida, es decir, lo interior como exterior y lo exterior como interior, porque él ve desde afuera. ¿Qué ve, entonces?

Todos fundadores de religiones han sido clarividentes cumplidos y guías espirituales de la humanidad, y sus sentencias morales fueron reglas de vida motivadas por verdades astrales y espirituales. Esto es lo que explica la similitud entre todas las religiones. Por ejemplo, la que existe entre los ocho senderos en el camino del Budha y las ocho beatitudes del Cristo. La misma verdad que está en el fondo es que cada vez que el hombre desarrolla una virtud, desarrolla también una nueva facultad de percepción. Pero, ¿por qué hay ocho etapas? Porque el clarividente sabe que sus facultades capaces de llegar a ser órganos de percepción son ocho.

Los órganos de percepción del cuerpo astral se llaman en ocultismo las flores del loto (ruedas sagradas, chacras); la rueda de diez y seis rayas, o la flor de loto de diez y seis pétalos, se encuentran en la región de la laringe.

En tiempos muy antiguos, esta flor de loto giraba en un cierto sentido, según un movimiento inverso al de las agujas de un reloj, de derecha a izquierda.

En el hombre de hoy, la rueda se ha detenido; no gira más. Pero en el clarividente recomienza actualmente a moverse en sentido inverso, es decir, de izquierda a derecha.

Ahora bien: ocho pétalos de los diez y seis eran otro tiempo visibles. Los pétalos intermediarios estaban ocultos. En el porvenir aparecerán todos. Porque los ocho primeros son debidos a la acción de la iniciación inconsciente y los ocho nuevos a la iniciación consciente que resulta del esfuerzo personal.

Y son, precisamente, esos ocho nuevos pétalos que desarrollan las beatitudes del Cristo. El hombre posee otra flor de loto, la cual posee doce pétalos. Está situada en la región del corazón.

En otro tiempo eran visibles solamente seis pétalos.

La adquisición de seis virtudes desarrollará los otros seis pétalos en el porvenir. Estas seis virtudes son: el control sobre el pensamiento, la fuerza de iniciativa, el equilibrio de las facultades, el optimismo que permite ver el lado positivo de todas las cosas, el espíritu libre de prejuicios, en fin, la armonía de la vida del alma.

Entonces los doce pétalos entrarán en movimiento. En ellos se expresa el carácter sagrado del número doce, que volvemos a encontrar en los doce Apóstoles, los doce compañeros de Arturo, y cada vez que se trata de creación, de acción. Y es así porque todas las cosas, en el mundo, se desarrollan a través de doce tonalidades distintas. En el poema de Goethe, titulado: "Los Misterios" (Die Geheimnisse) donde se expresa el ideal de los Rosacruces, encontramos un nuevo ejemplo de ello. Según una explicación de este poema, la Rosa-Cruz representa una confesión religiosa.

Se vuelve a encontrar estas verdades igualmente en los signos y los símbolos; porque los símbolos no son invenciones arbitrarias, sino realidades. Por ejemplo, el símbolo de la Cruz, como el de la Svástica, es la representación del chacra de cuatro pétalos del hombre. Y la flor de doce pétalos en que entra su expresión es el símbolo de la Rosa-Cruz y de los doce compañeros. El décimo-tercero, entre ellos, el compañero invisible que los une a todos, es la verdad que une a todas las religiones entre sí. Todo comienzo, toda nueva revelación religiosa es un décimo-tercero que da una síntesis nueva de los doce matices de la verdad espiritual.

De esta verdad brotan los ritos y las ceremonias de los cultos o religiones. En el fondo de todos los ritos y de todos los cultos establecidos por los clarividentes, está la sabiduría Divina que habla.

El mundo astral se expresa mediante ellos en el mundo físico. El rito representa como un reflejo de lo que pasa en los mundos superiores. Este hecho se vuelve a encontrar en el ritual de los francmasones y en las religiones asiáticas. En el nacimiento de una nueva religión, un iniciado da las bases sobre las cuales se edifica el ritual del culto exterior. Con la evolución del rito, cuadro viviente del mundo espiritual, evoluciona hacia las esferas del mundo astral, y el rito se hace belleza. Es especialmente lo que pasó en tiempo de la civilización griega. El arte es un acontecimiento astral cuya causa ha sido olvidada.

Precisamente encontramos un ejemplo de ello en los misterios y los dioses griegos. En los misterios el hierofante trababa de nuevo el desarrollo humano en sus tres fases: el hombre-animal; el hombre-humano y el hombre-Dios (el verdadero super-hombre y no el falso superhombre de Nietzsche). En esos tres él suministraba a los iniciados una imagen viviente proyectada en la luz astral. Simultáneamente esos tres tipos suprasensibles se expresaron en la poesía y la escultura por estos tres símbolos:

1º El tipo bestial - el Sátiro; 2º el tipo humano - Hermes o Mercurio; 3º el tipo divino - Zeus, Júpiter. Cada uno de ellos con todo lo que los rodea representa un ciclo de humanidad. Así es como los discípulos de los misterios transportaron al arte lo que habían visto en la luz astral.

El apogeo de la vida terrestre para el hombre se encuentra actualmente alrededor de los treinta y cinco años; por qué?; ¿por qué Dante comienza su viaje a los treinta y cinco años de edad, punto medio de la vida humana?

Porque en ese momento el hombre, cuya actividad había estado concentrada en la elaboración del cuerpo físico, se remonta hacia las regiones espirituales y puede aplicar su actividad a conseguir la clarividencia. Así, Dante, llegó a ser vidente a los treinta y cinco años de edad. Cuando las fuerzas físicas cesan de acaparar el influjo espiritual, estas fuerzas liberadas del cuerpo pueden transformarse en clarividencia.

Tocamos aquí un misterio profundo: la ley de la transformación de los órganos. Todo en el hombre evoluciona por una transformación de los órganos. Lo que hay de más elevado en él, es el resultado de lo que era lo más bajo y que se ha transfigurado. Así es que los órganos sexuales deben transformarse.

Con la separación de los sexos, el cuerpo astral se ha dividido produciendo una parte inferior, el organismo sexual físico, y una parte superior que engendra el pensamiento, la imaginación, la palabra.

El órgano sexual, "la fuerza productiva", y órgano de la voz, la palabra "creadora", en otro tiempo formaban un todo.

Se comprende así el vínculo que une esos dos polos aparecidos allí donde no había más que un órgano. El polo negativo, animal, y el polo positivo, divino, estaban antaño reunidos y se han separado.

El tercer Logos es el poder creador de la palabra, "así lo expresa el comienzo del Evangelio de San Juan, del cual es el reflejo la palabra humana. En los viejos mitos y leyendas, este hecho ha encontrado una expresión profunda bajo los rasgos de Vulcano, el cojo. Su misión consistía en conservar el fuego sagrado. El cojea, porque en la iniciación el hombre debe perder algo de su fuerza física inferior; lo bajo del cuerpo viene de un pasado que desapareció. La naturaleza humana inferior debe caer para elevarse en seguida a un grado más alto. En el curso de su evolución, el hombre también se ha dividido en inferior y superior. Sobre ciertos cuadros de la Edad Media se ve al hombre partido en dos por una línea, la parte superior izquierda y la cabeza están encima del trazo, la parte superior derecha y lo bajo del cuerpo, debajo del trazo. Esta línea es indicación dada sobre el pasado y el futuro del cuerpo humano.

La flor de loto de dos pétalos se encuentra bajo la frente, en la raíz misma de la nariz; es un órgano astral todavía no desarrollado, que se desarrollará un día en dos antenas o alas, se lo ve ya como un símbolo en los cuernos que figura en la cabeza de Moisés.

Visto de alto a bajo, cabeza y órganos sexuales, el hombre es sintético o idéntico. Es el producto del pasado. De izquierda a derecha es simétrico, es el presente y el futuro; pero esas dos partes simétricas no tienen el mismo valor.

¿Por qué somos habitualmente diestros usamos la mano derecha?

La mano derecha, que de las dos trabaja más activamente, está destinada a atrofiarse más tarde. La mano izquierda es el órgano que sobrevivirá cuando las dos alas de la frente se desarrollen. El cerebro del pecho será el corazón, que será el órgano del conocimiento. Habrá tres órganos de locomoción.

Antes que el hombre se enderezara hubo un tiempo en que marchaba a cuatro patas. Tal es el origen del enigma que ponía la Esfinge. Preguntaba: ¿Cuál es el ser que en su infancia marchaba en cuatro patas, en el medio de su vida marcha en dos y en su vejez marcha en tres? Edipo le respondió que es el hombre, que, en efecto, niño marcha en cuatro patas y viejo se apoya en un bastón. En realidad, enigma y respuesta se relacionan con la evolución entera de la humanidad, pasado, presente y futuro, tal como la conocían los antiguos misterios. Cuadrúpedo en una época anterior a la evolución, el

hombre se tiene hoy sobre dos pies, en el porvenir él volará y se servirá en efecto de tres auxiliares: las dos alas que serán el desarrollo de "la flor de loto", de dos rayos, llegarán a ser el órgano de su voluntad motriz y, además, el aparato metamorfoseado del lado izquierdo del pecho y de la mano izquierda. Tales serán los órganos de locomoción futura.

El lado derecho y la mano derecha, así como el órgano de la reproducción actuales se atrofiarán; y el hombre, como hemos visto más arriba, se reproducirá por la fuerza del VERBO; su palabra moldeará en el éter cuerpos semejantes a él mismo.

UNDECIMA LECCION

El Devakán o el cielo

Lo que por hábito se llama en sánscrito Devakán, es ese largo espacio de tiempo que transcurre entre la muerte de un hombre y un nuevo nacimiento.

Después de la muerte, el alma empieza, en el plano astral, a perder los instintos ligados a su cuerpo.

Pasa en seguida al Devakán, donde vive una larga vida entre dos encarnaciones.

Como el mundo astral, el mundo devakánico no es un medio ni un lugar, sino un estado. Nos rodea hasta en esta vida, aunque no percibamos nada de él.

Para comprender por analogía el estado devakánico, así como las funciones del Devakán en la vida terrestre y en la vida universal, lo mejor será partir, una vez más, del estado de sueño.

El sueño es, para la inmensa mayoría de los hombres, un estado enigmático. En el sueño, el cuerpo etérico del hombre permanece ligado al cuerpo dormido y continúa su trabajo vegetativo y reparador; pero el cuerpo astral y el yo del individuo se separan de ese cuerpo dormido para vivir una vida independiente. Durante el día, toda nuestra vida consciente, consume, quema, el cuerpo físico. De la mañana a la noche el hombre gasta su fuerza; el cuerpo astral transmite al cuerpo físico sensaciones que lo gastan y lo debilitan. En la noche, por el contrario, el cuerpo astral trabaja en forma totalmente contraria. No transmite ya sensaciones venidas de fuera, elabora esas sensaciones y pone orden y armonía allí donde la vida había puesto desorden y discordancia por el caos de las percepciones. Durante el día, el cuerpo astral cumple un trabajo pasivo, es receptor y transmisor. Durante la noche desempeña un plan activo de orden y de construcción que repara las fuerzas gastadas.

La particularidad del hombre en su estado astral, es que su cuerpo astral no puede hacer al mismo tiempo ese trabajo nocturno de reparación y percibir lo que pasa alrededor de él en el mundo astral. ¿Cómo llegar a descargar al cuerpo astral de su trabajo, a fin de liberarlo para la vida en el mundo astral?

El procedimiento del adepto para liberar su cuerpo astral es cultivar las sensaciones y los pensamientos que poseen ya por sí mismos un cierto ritmo comunicable al cuerpo físico, y, por otra parte, evitar todos aquellos que arrojan sobre él el desorden y la confusión. Proscribe al abandono desordenado, a las alegrías extremas; así como a los extremos dolores, y predica la igualdad de alma.

Una ley soberana rige la naturaleza y es que todo debe llegar a ser rítmico.

Cuando el hombre ha desarrollado la flor de loto de doce pétalos que constituye su órgano de percepción, y de radiación astral y espiritual, puede actuar sobre su cuerpo y darle un ritmo nuevo que repare sus fatigas.

Gracias a ese ritmo y a ese restablecimiento de la armonía, el cuerpo astral no tiene ya necesidad de cumplir, mientras el cuerpo duerme, su trabajo de reparación, sin el cual el cuerpo físico caería en ruinas.

Toda la vida del día no es más que devastación del cuerpo físico. Todas las enfermedades provienen de excesos del cuerpo astral. El que come con exceso provoca en su cuerpo astral goces que reaccionan sobre su cuerpo físico, perturbándolo. Arruina el cuerpo para procurarse goces caóticos. Es por esta razón que ciertas religiones imponen el ayuno. Por el ayuno, el cuerpo astral, menos ocupado y más enclavado, se separa parcialmente del cuerpo físico, sus vibraciones se apaciguan y comunican al cuerpo etérico un ritmo regular. El ayuno vuelve, pues, al cuerpo etérico su ritmo; pone

en armonía la vida, (cuerpo etérico) y la forma (cuerpo físico), es decir, el universo en armonía con el hombre.

Acabamos de ver qué papel desempeña el cuerpo astral durante el sueño. ¿Dónde se encuentra durante el sueño el Yo del hombre? Precisamente en el Devakán. Pero nuestro sueño no tiene conciencia de él. Es necesario distinguir el sueño lleno de ensueños, del sueño profundo. El sueño profundo, sin ensueños, el que viene después de los primeros ensueños, responde al estado devakánico. No la recordamos por que este estado no es consciente para el cerebro físico, ordinario. Sólo la iniciación superior puede dar la conciencia de las percepciones del sueño profundo. El iniciado posee la continuidad de la conciencia a través del estado de vigilia, de sueño con ensueños y de sueño sin ensueños. El reúne esos tres estados en la totalidad de su ser.

Estudemos ahora la situación del hombre en el Devakán, después de su muerte. Al cabo de cierto tiempo, el cuerpo etérico se dispersa en las fuerzas del éter viviente. ¿Cuál es entonces la tarea del cuerpo astral y de la conciencia? Se trata de que el Yo y el cuerpo astral vuelvan a construirse un nuevo cuerpo etérico para la existencia que va a seguir. La morada en el Devakán está en parte consagrada a la adquisición de estas cualidades. En efecto, la sustancia del cuerpo etérico, como la del cuerpo físico, cambia constantemente, al punto de ser renovada en siete años, enteramente. Igualmente la sustancia etérica se renueva aunque su forma y su estructura permanecen idénticas bajo la acción del Yo Superior. A la muerte, esta sustancia vuelve enteramente al medio etérico y tampoco del cuerpo físico queda nada de una encarnación a otra. Las encarnaciones sucesivas se cumplen, pues, con cuerpos etéricos enteramente renovados, y es por eso que la fisonomía y la forma del cuerpo cambian totalmente de una encarnación a otra. Ella depende, no de la voluntad del individuo, sino de su Karma, de sus pasiones y de sus acciones involuntarias.

Esto es completamente diferente para el Discípulo que pasa por una iniciación. El desarrolla desde aquí abajo su cuerpo etérico de manera que lo conserva y lo hace capaz de entrar en el Devakán después de la muerte. El ha llegado a despertar sobre la tierra, en el seno de las fuerzas etéricas, un espíritu de vida que constituye una de las tres partes desde entonces imperecederas de su ser. Este cuerpo etérico es adorado en espíritu de vida, se llama en sánscrito Buddhi. Cuando el discípulo ha conquistado este espíritu de vida, no tiene ya necesidad de reformar enteramente su cuerpo etérico entre dos encarnaciones.

Pasa, pues, un tiempo mucho más corto en el Devakán. Por eso lleva de una a otra encarnación las mismas disposiciones, el mismo temperamento, el mismo carácter. Cuando el maestro en ocultismo llega a dirigir conscientemente, no sólo su cuerpo etérico, sino también su cuerpo físico, de éste resulta también un principio espiritual que se llama en sánscrito: Atma, es decir, hombre-espíritu. Llegado a este grado, el iniciado conserva los rasgos de su cuerpo físico cada vez que reencarna sobre la tierra. Conserva su conciencia total al pasar de la vida celeste a la de la tierra y de una encarnación a otra. Ahí está el origen de las leyendas de Apis en Egipto o de Mitra en Persia. Es decir, que para ellos no hay kamaloca ni devakán, sino continuidad persistente de la conciencia más allá de las muertes y los nacimientos.

A veces se hace a la reencarnación la objeción siguiente: Cuando el hombre ha cumplido su misión sobre la tierra, él la conoce, ¿por qué debe volver nuevamente? La objeción sería justa, si el hombre volviera a la misma tierra. Pero como generalmente no vuelve sino al cabo de dos mil años, encuentra una naturaleza, una tierra y una humanidad nuevas; porque ellas han evolucionado a su vez y así él puede hacer un nuevo aprendizaje y cumplir una nueva misión.

Esos períodos de renovación de la tierra, que determinan los tiempos de las reencarnaciones, están determinados por la marcha del sol a través de los signos del Zodíaco. Ocho siglos antes de Jesucristo, el sol tenía su punto vernal en el signo de Aries.

Vemos un reflejo de ello en la leyenda del Toisón de oro y el nombre de Cordero de Dios que se da al Cristo. Dos mil ciento sesenta años más tarde, el punto vernal del sol se encontraba en el signo de Taurus, el que influencia los cultos, como el del Buey Apis en Egipto o el de Mitra en Persia. Dos mil ciento sesenta más tarde, en Géminis, se encontraba el punto vernal y encontramos una imagen de ello en la cosmogonía de la antigua Persia y en las dos figuras de Ormuzd y Ahriman. Cuando se hundió la civilización atlántica y preludiaron los tiempos védicos, el Sol tenía su punto vernal en Cáncer, que marca el fin de un período y el principio de otro.

Los pueblos han tenido conciencia siempre de la importancia de las relaciones que los unen con las constelaciones. De modo que los grandes períodos de la humanidad, sufren la influencia de las revoluciones celestes, y marcha la tierra en relación con el sol y las estrellas.

Este hecho explica la diferencia entre las épocas y da a las encarnaciones que se producen en cada una de ellas un sentido nuevo, porque dos mil ciento sesenta años forman el tiempo necesario para una encarnación masculina y una femenina, es decir, a los dos aspectos bajo los cuales el hombre recoge toda la experiencia de una época.

¿Qué es lo que produce sobre la tierra una nueva flora y una nueva fauna? Son los Devas y las formas del Devakán.

Darwin trata de explicar la evolución terrestre por la lucha por la existencia, lo que no explica nada.

Para el ocultista, las formas actuantes del Devakán son las que modifican la flora y la fauna. Y cuanto más avanzado es el hombre, más puede participar de este trabajo. La actividad del hombre es tanto más constructiva sobre las formas de la naturaleza, cuanto que ha desarrollado su conciencia.

El iniciado, dice el Devakán, puede trabajar en el mundo donde nacen las plantas nuevas. Porque el Devakán es el mundo donde toma forma la vegetación. En el kamaloka astral, el hombre trabaja en la construcción del reino animal.

El kamaloka está en la esfera lunar en tanto que el Devakán depende del sol.

El hombre está así ligado a todos los reinos de la naturaleza. Platón habla del símbolo de la Cruz diciendo que el alma del mundo está ligada al cuerpo del mundo como sobre una cruz. ¿Qué significa esta cruz? Es el alma que pasa por todos los reinos de la naturaleza. En efecto, al contrario del hombre, la planta tiene su raíz, o si se prefiere su cabeza, portadora de sus sentidos nutricios, abajo, y vuelve, al contrario, castamente a lo alto, al sol, sus órganos de generación. El animal es un intermediario, en su posición comunmente horizontal. El hombre y la planta se erigen verticalmente y forman una cruz, la cruz del mundo, con el animal puesto de través.

La participación del hombre, después de la muerte, en los planos superiores, para la construcción de los reinos inferiores, llegará a ser consciente en los tiempos futuros.

La conciencia regirá las relaciones que hacen que a una nueva flora, corresponda siempre una nueva cultura humana. La misión divina del espíritu es trabajar en forjar el porvenir. No habrá más milagro ni azar. La flora y la fauna serán la expresión voluntaria del alma humana transfigurada.

Este trabajo que se cumple sobre la tierra es realizado por dos lados: por los Devas (los Dioses) y por el hombre.

Si construimos una catedral, trabajamos el mineral. Las montañas de los dos lados del Nilo son la obra de los Devas; los Templos en sus riberas son la obra del hombre. Y los dos tienen el mismo fin: la transfiguración de la tierra.

Más tarde el hombre aprenderá a formar todos los reinos de la naturaleza con la misma conciencia con que forma hoy los minerales; moldeará los seres vivientes y tomará sobre sí el trabajo de los dioses.

Así, él transformará la tierra en Devakán.

DUODÉCIMA LECCIÓN

EL DEVAKÁN

II

El Devakán o morada de los Dioses, corresponde al cielo de los Cristianos, al mundo espiritual de los Ocultistas.

Está de más decir que describiendo estas regiones, que no son extraterrestres más que en apariencia, puesto que están en relación viviente con nuestro mundo, pero que están fuera del alcance de nuestros sentidos físicos, no se puede hablar más que por símbolos y alegorías, porque nuestra lengua no está hecha más que para el mundo de los sentidos. El Devakán presenta siete grados o siete regiones distintas, que se escalonan en orden ascendente.

No son etapas o lugares precisos, sino estados del alma o del espíritu. El Devakán está en todas partes, nos rodea, como el mundo astral. Solamente que no la vemos. El iniciado adquiere sucesivamente, por ejercicios, las facultades necesarias para verlo. Vamos a estudiar cómo él se abre gradualmente a quien adquiere posibilidades de percepciones nuevas.

Con la primera forma de la clarividencia, los sueños se hacen más regulares y producen la aparición de figuras notables, palabras llenas de sentido, ellos se cargan de más en más de un sentido que no se puede descifrar y que se relaciona con la vida real. Se sueña, por ejemplo, que la casa de un amigo se incendia, y uno se entera en seguida que acaba de caer enfermo. Esas primeras aberturas del Devakán lo hacen asemejar a un cielo atravesado por nubes que se agrupan, y revisten poco a poco formas vivientes.

Con la segunda forma de la clarividencia, los sueños toman contornos más precisos. Son las figuras geométricas y simbólicas de las más elevadas religiones, los signos sagrados de todos los tiempos, que son, hablando propiamente el idioma del Verbo Creador, los jeroglíficos vivientes de la lengua universal: la Cruz, el signo de la Vida; el pentagrama o estrella de cinco puntas, signo del verbo; el hexagrama, signo del Macrocosmos en líneas abstractas, aparecen aquí coloreados, vivientes y fulgurantes sobre un fondo de luz.

No son, sin embargo, la vestidura de seres vivientes, pero designan, por así decirlo, las normas y las leyes de la creación. Con ellos han sido formadas las figuras animales que los primeros iniciados eligieron para representar las revoluciones del Sol en las constelaciones del Zodíaco.

Los iniciados han traducido sus visiones en estos signos, por ejemplo, en el de Cáncer, que figura un torbellino hecho en los dos sentidos contrarios. Los más antiguos caracteres escritos, sánscritos, egipcios, griegos, ránicos, de los cuales cada letra tiene siempre un sentido ideográfico, han sido todos, en su origen, figuras celestes.

En este grado de su visión, el discípulo no está más que en el umbral del Devakán; se trata de penetrar allí y de encontrar el pasaje que conduce del mundo astral al primer grado del mundo devakánico.

Todas las escuelas secretas han conocido este camino y aun el cristianismo en los primeros siglos, aunque no recurría a los antiguos modos de iniciación, poseyó no obstante una enseñanza esotérica de la cual se encuentran aún trazas. Así por ejemplo, los "Actos" de los Apóstoles, menciona Denys, que fué un discípulo de San Pablo, y que enseñó un cristianismo esotérico. Más tarde, Juan Scot Eiregene, en la corte de Carlos el Calvo, en el siglo IX fundó un cristianismo esotérico. Después de esto, poco a poco, es

recubierto por el dogma: sin embargo, cuando se penetra en el Devakán, se ve confirmar la descripción que de él ha hecho Denys.

La respiración rítmica que prescribe el sistema del Yoga, es uno de los medios practicados para penetrar en el mundo del Devakán. El signo cierto de que esta entrada ha tenido lugar, es que la conciencia atraviesa por una experiencia que es designada en la filosofía védica por estas palabras: "tat-twam-así" (aquí estás tú).

El hombre ve, en sueño, su propia forma corporal, desde fuera. Ve su cuerpo extendido sobre el lecho, pero como una envoltura vacía; alrededor de ella, el cuerpo astral que irradia como un nimbo ovoide; aparece después como un aura de la cual se hubiera retirado el cuerpo, en tanto que el cuerpo aparece como un molde hueco y vacío. Es una visión en que las relaciones están invertidas, como en una imagen fotográfica negativa. Uno se habitúa a esta visión respecto a todas las cosas. Se ve en cierto modo, el alma de los cristales, de las plantas, de los animales, bajo forma de radiaciones, en tanto que la sustancia física aparece como un hueco, un vacío. Pero sólo las cosas naturales pueden verse así, nada de lo que está hecho por la mano del hombre. En este primer grado del Devakán, se contempla, pues, la faz astral del mundo físico; es la que se llama los continentes del Devakán, la forma negativa de los valles, de las montañas, los continentes, etc, físicos.

Entrenándose en meditar, mientras se retiene el aliento, se llega al segundo grado del Devakán.

Los huecos que forma la sustancia física, se llenan de un sistema de corrientes espirituales, que son las de la vida universal que atraviesan todas las cosas: es el océano del Devakán.

Aquí el iniciado se sumerge en la fuente surtidora de toda vida.

El ve esta vida como una red de ríos inmensos cuyos canales lo irrigan todo. Al mismo tiempo, una sensación extraña y ligeramente nueva lo penetra. Comienza a sentirse vivir en los metales.

Reichembach, autor del libro sobre el Od, había constatado este fenómeno en los sujetos sensitivos a los cuales hacía adivinar los metales envueltos en trozos de papel.

Las entidades que uno encuentra en esta región son las que Denys, el Areopagita, llama los arcángeles o animadores de los metales, (2) corresponden al segundo grado de la clarividencia.

Se llega al tercer grado del Devakán cuando libera su pensamiento de todo vínculo en el mundo físico, cuando uno puede sentirse en la vida del pensamiento sin contenido de pensamientos. El Maestro dice a su discípulo: "Vive de manera que poseas la función del intelecto sin su contenido". Un nuevo mundo se abre entonces. Después de haber visto los continentes y los ríos del Devakán (es decir el alma astral de las cosas y las corrientes de vida) se percibe el aire, la atmósfera devakánica. Esta atmósfera es completamente diferente de la nuestra, su sustancia es sonora, viviente, sensible como un sentimiento.

Responde a cada uno de nuestros gestos, de nuestros actos, de nuestros pensamientos, por ondulación, resplandores y sonidos.

Todo lo que pasa sobre la tierra repercute allí como formas de colores, de luces, de sonidos.

Sea que se viva allí durante el sueño, sea después de la muerte, se puede seguir allí el eco de la tierra.

Se puede, por ejemplo, prestar oídos a una batalla; no se ve la batalla misma, ni sus peripecias, no se oyen los gritos de los combatientes, ni los cañonazos. Pero luchas y pasiones aparecen bajo formas de relámpagos y truenos.

Así pues, el Devakán no nos separa de la tierra, nos la muestra como es desde fuera. No se siente el dolor y la alegría de uno. Se la mira objetivamente como un espectáculo. Es un nuevo aprendizaje de la compasión y de la piedad. El devakán es una escuela donde se observa desde un punto más elevado los dolores y los goces de este mundo, donde uno se esfuerza por transmutar las penas en alegrías, las caídas en nuevos ímpetus, la muerte en resurrección.

Esto no tiene nada de común con la contemplación pasiva y la felicidad más o menos egoísta del cielo, tal como se lo figuran ciertos autores religiosos que piensan que los sufrimientos de los condenados hacen parte de la felicidad de los elegidos. Es un cielo viviente, donde el deseo infinito de simpatía y de acción que mora en el alma humana se abre en campos de actividad sin límites y con perspectivas infinitas.

En el cuarto grado de la penetración en el Devakán, las cosas aparecen bajo la forma de sus Arquetipos. Ya no es el aspecto negativo sino su forma original que aparece. Es el laboratorio del mundo que encierra todas las formas de las cuales ha salido la creación; son las “ideas” de Platón, “el reino de las madres” de que habla Goethe y del cual retira el fantasma de Elena.

Lo que aparece en ese estado del Devakán es lo que la India llama crónica del Akasha. En nuestro lenguaje moderno lo llamaríamos el cliché astral de todos los acontecimientos del mundo. Todo lo que ha pasado por el cuerpo astral de los hombres, se fija allí en una sustancia infinitamente sutil que es una materia negativa. Para comprender la posibilidad de estas imágenes que flotan en el mundo astral de la tierra, es necesario servirse de comparaciones y de analogías. La voz humana pronuncia palabras que forman ondas sonoras, penetrando por medio de otros oídos en otros cerebros, para producir allí imágenes y pensamientos. Cada una de estas palabras es una ola sonora de una forma muy particular que si pudiéramos verla se distinguiría de cualquiera otra. Figurémonos que esas palabras pudieran ser fijadas o congeladas como lo sería una ola de agua por un frío intenso y súbito. En ese caso las palabras caerían a tierra bajo forma de aire congelado y se podría reconocer a cada una de ellas por su forma.

Serían palabras cristalizadas.

Y ahora, en lugar del proceso de densificación, representémonos el inverso, sabemos que cada cuerpo puede pasar del estado más sólido al más inmaterial: sólido, líquido, gaseoso. La sutilización de la materia puede alcanzar un límite que se franquea para terminar en una materia negativa, la que se llama Akasha.

Todos los acontecimientos se imprimen en ella de una manera definitiva y se puede volver a encontrarlos a todos, aun los del pasado más remoto.

Estos cuadros del Akasha no son inmóviles, se desenvuelven constantemente como imágenes vivientes en que las cosas y los personajes se mueven y hasta a veces hablan. Si se evoca la forma astral del Dante, hablará allí en su estilo, conforme a su medio. Estas imágenes casi siempre son las que se aparecen en las sesiones espiritistas y pasan por el espíritu del muerto.

Es necesario aprender a descifrar las hojas de este libro de imágenes vivientes y a desenrollar los innumerables rollos de la crónica del universo.

No se llega a ello sino distinguiendo la apariencia de la realidad, el esquema, del alma viviente, lo que requiere un ejercicio cotidiano y un largo entrenamiento, a fin de evitar los errores de interpretación.

Porque podría suceder, frente a la forma del Dante por ejemplo, que se recibieran formas exactas, pero que ellas no emanarían de la individualidad del Dante que continúa evolucionando, sino del antiguo Dante fijado en el medio etérico de su tiempo.

El quinto grado es la esfera de la armonía celeste. Las regiones celestes del Devakán se distinguen por este hecho: todos los sonidos se tornan allí más nítidos, más luminosos, más sonoros. Se percibe allí en una gran armonía, la voz de todos los seres, lo que Pitágoras llamaba la música de las esferas. Es la palabra interior, el verbo viviente del universo. Cada ser adquiere ahora, para el clarividente, que ha llegado a ser clariaudiente, una sonoridad particular, como un aura sonora. Entonces, cada ser dice al ocultista su nombre. En el génesis, Jehovah toma a Adam por la mano y Adam nombra a todos los seres. En la tierra, el individuo está perdido en la multitud de todos los seres. Allí en cambio cada uno tiene su sonoridad particular y, sin embargo, al mismo tiempo se sumerge en todos los seres, llega a ser uno con todo lo que le rodea.

El discípulo en este grado es llamado El Cisne, oye los sonidos por medio de los cuales habla el Maestro y los trasciende al mundo.

El cisne melodioso de Apolonio hace oír las sonoridades del más allá. Se dice que viene del país de los Hiperbóreos, es decir, del mundo de donde se pone el sol, del cielo.

Ha llegado el momento en que se pasa al otro lado del mundo estelar. Se lee la crónica del Akasha, no ya del lado de la tierra sino del cielo, que viene a ser la escritura oculta de las estrellas.

Se ve el interior de las estrellas, de las esferas, y se siente la fuente original del Universo, del Logos.

Encontramos en los mitos recuerdos de este grado del Cisne, notablemente en la Edad Media, por los relatos del Graal, que son reflejos de las experiencias del mundo Devakánico. Todas las proezas que se describen ahí son cumplidas por los caballeros del Graal, que representan los grandes impulsos, que por los Maestros atraviesan por la humanidad.

El tiempo en que fue compuesta la leyenda del Graal bajo el impulso de los grandes Iniciados, es el del comienzo del reino de la burguesía, y en esa época se desarrolla el movimiento de las grandes ciudades libres, que viene de Escocia en Inglaterra y de allí va a Francia y a Alemania.

El hombre liberado aspira inconscientemente a la verdad y a la vida divina.

En la leyenda de Lohengrin, Elsa representa el Alma humana, el Alma de la Edad Media que tiende a desenvolverse, la cual en ocultismo se representa siempre bajo una forma femenina. El caballero Lohengrin, que viene de un modo desconocido, del Castillo del Santo Graal, para liberarla, representa al Maestro que trae la verdad. Es el mensajero del Iniciado llevado por el cisne simbólico. El mensajero de los grandes iniciados se llama "Un Cisne", no se debe preguntar su origen ni su verdadero nombre, no se debe dudar de sus verdaderos títulos de nobleza. Se le debe de creer bajo su palabra y reconocer en su faz los rayos de la verdad. El que no tiene esa fe no es capaz de comprenderlo ni es digno de oírlo. De ahí que Lohengrin prohíba a Elsa que le pregunte su origen y su nombre. El cisne es el Chela que conduce al Maestro. El mensajero del Maestro en el plano físico es el discípulo iniciado que se ha elevado al quinto grado y que el Maestro envía al mundo. Así es como esta leyenda expresa lo que pasa en los mundos superiores. El Logos, el Verbo Solar y planetario proyecta su luz sobre los mitos y leyendas.

DECIMOTERCER LECCION

El Logos y el Mundo

Ahora tratemos de remontarnos, por la contemplación del desenvolvimiento humano, hasta el Logos, que ha creado nuestro mundo; y volvamos, con ese fin, sobre los pasos de esta evolución hasta cierto punto.

La ciencia exotérica actual remonta históricamente hasta la edad de piedra, durante la cual el hombre vivió en las cavernas, sin conocer otra arma que las piedras talladas. Su vida era simple, su horizonte estrecho, su pensamiento limitado a la defensa de la vida y a la búsqueda del alimento.

La ciencia oculta llega más allá de esta edad de piedra, a otra época de la humanidad, la de los hombres que habitaron el continente llamado Atlántida.

Ellos se distinguieron de la humanidad posterior por su aspecto físico. El hombre prehistórico -el hecho es conocido- presenta ya una parte frontal no desarrollada, porque el desenvolvimiento de la parte anterior de la frente prosigue paralelamente al del cerebro y al del pensamiento. El cerebro físico era, en otros tiempos, mucho más pequeño que la parte etérica, que excedía por todas partes. En el curso de la evolución, las proporciones de las dos cabezas se aproximaron. Cierta parte del cerebro etérico, que se encuentra hoy en el interior del cráneo, entonces era exterior. Hubo un momento en la evolución de los atlantes, que duró muchos millones de años, y en que este punto se interiorizó. Este momento es capital porque desde que el hombre comenzó a pensar, a conocerse, a decir "yo", comenzó también a combinar, a calcular, lo que no había podido hacer antes. Por lo contrario, los primeros atlantes poseían una memoria más fiel, más impecable. Toda su ciencia reposaba no sobre las relaciones de los hechos, sino sobre la memoria de los hechos. Sabían, por la memoria, que cierto acontecimiento ocasionaba siempre una serie de otros; pero no captaban la causa, de esos hechos, y no podían pensar en ellos. La idea de causalidad no existía en ellos más que en estado embrionario. A esta poderosa facultad de memoria, agregaban otra no menos preciosa: la fuerza de voluntad. El hombre de hoy, no puede actuar directamente por su voluntad, sobre las fuerzas de la vida. No sabe, por ejemplo, apresurar, por su voluntad, el crecimiento de las plantas. El Atlante lo podía y hasta sacaba de las plantas una fuerza etérica que sabía emplear. Ello hacía por instinto, sin la ayuda del conocimiento y del razonamiento preciso que llamamos hoy espíritu científico. A medida que apareció la fuerza intelectual en el Atlante, con la reflexión, el cálculo, el pensamiento, sus facultades instintivas y clarividentes declinaron.

Si nos remontamos aun más hacia atrás, en la historia de los atlantes, llegamos a una época muy remota en que les fue posible la expresión por el lenguaje, es decir, por los sonidos articulados. Este momento corresponde a aquel en que el hombre aprendió a marchar erguido. Porque el lenguaje no puede aparecer más que en los seres que tienen el cuerpo erecto.

Es necesario poder tenerse erguido para pronunciar sonidos articulados. Antes que existiera el continente y la gran raza atlante, de donde salieron todas las razas de Europa y de Asia, hubo otro continente y otra raza humana, la cual estaba todavía sumergida en la animalidad: la de los Lemures. La ciencia no la admite aún sino como una hipótesis; sin embargo, ciertas islas al sur de Asia y al norte de Australia, son testimonio de ella, porque son los restos metamorfoseados del antiguo continente lemur.

La temperatura era, en esas épocas, mucho más elevada que en nuestros días. La atmósfera era vaporosa, formada por aire y agua, surcada por innumerables corrientes.

Encontramos aquí seres humanos rudimentarios, que respiraban no por la boca, sino por branquias.

En la evolución humana los órganos no cesan de transformarse, de cambiar de naturaleza y de objeto; así el hombre primitivo marchaba en cuatro patas y carecía aún de sonidos articulados para hablar y de oídos para oír. Tenía, además, para moverse en el elemento semilíquido, semigaseoso que lo rodeaba, un órgano que le servía de aparato para flotar y nadar.

Cuando los elementos se separaron y el hombre se mantuvo erguido sobre la tierra firme, ese órgano se transformó en pulmones, sus branquias en orejas, sus miembros delanteros en brazos y manos, libres instrumentos de trabajo. Además, adquirió la palabra articulada.

Esta transformación fue de una importancia capital para la humanidad. En el "Génesis" podemos leer (Cap. VI.7), que "El Eterno Dios sopló en las narices del hombre el aliento de vida, y el hombre recibió un Alma Viviente". Este pasaje describe el momento de la Evolución en que las branquias del hombre se transformaron en pulmones, cuando comenzó a respirar el aire exterior. Con la facultad de respirar adquirió a la vez un Alma interna y con ella la posibilidad de sentirse dentro de sí mismo, a la vez que de sentir el YO viviente en el alma.

Una vez que el hombre comenzó a aspirar el aire por sus pulmones vió fortificarse su sangre, lo que permitió que las almas superiores al alma colectiva de los animales, almas ya individualizadas por el principio egoico, pudieran encarnarse en él para arrastra; toda la evolución hacia sus fases plenamente humanas y luego divinas. Estas almas no hubieran podido encarnarse jamás antes de que los cuerpos aspiraran aire, porque el aire es un alimento anímico. En este tiempo el hombre aspiró literalmente del Alma Divina que le vino del Cielo. Las palabras del "Génesis", consideradas en sentido evolutivo de la especie humana, deben ser tomadas literalmente. Respirar es lo mismo que espiritualizarse. De ahí proceden los ejercicios del antiquísimo yoga del Oriente, basados en el ritmo de la respiración que permite que el cuerpo se haga permeable al espíritu que en él reside. Mediante la respiración comulgamos y nos unimos con el Alma del Mundo. El aire que aspiramos es la vestidura corporal de esta alma superior, así como la carne de nuestro cuerpo constituye la vestidura de nuestro Ser inferior.

Estos cambios respiratorios marcan el pasaje de la antigua conciencia, que sólo estaba animada por imágenes, como si fuera un espejo, a la conciencia actual que recibe del cuerpo las percepciones sensibles y les quita su carácter objetivo. La conciencia imaginativa no podía reflexionar sobre un objeto, sino que se forjaba un contenido interior mediante una fuerza plástica nacida de ella misma. Cuanto más retrocedemos hacia el pasado, tanto más nos es dable comprobar que el alma del hombre no estaba dentro de él, sino en torno de él. Podemos alcanzar un punto en que descubrimos que los órganos sensoriales no existían más que germinalmente, en el cual el hombre sólo percibía de los objetos externos una impresión de atracción o de repulsión, de simpatía o de antipatía. Y este ser que no era todavía un hombre, en el sentido que nosotros damos hoy a esta palabra, sino apenas un germen del hombre, dirigía sus movimientos de acuerdo con esas atracciones y repulsiones. No tenía razonamiento alguno y la glándula pineal, que antes había sido un órgano esencial, constituía por sí sola el cerebro entero.

En el hecho de esta conciencia imaginativa se encuentra la respuesta a todas las discusiones filosóficas acerca de la objetividad o de la realidad del mundo y la refutación de las filosofías puramente subjetivistas como las de Berkeley. El Universo y el hombre son, a la vez, subjetivos y objetivos. Estos dos polos del Ser y de la Vida son necesarios a la Evolución. Lo subjetivo universal se convierte en el Universo objetivo gradualmente, y el hombre procede de lo subjetivo a lo objetivo por la constitución

gradual de su cuerpo físico y luego retorna de lo objetivo a lo subjetivo por el desenvolvimiento de su Alma superior, "Manas", de su Espíritu Viviente, "Budhi", y de su cuerpo espiritual, "Atma".

La conciencia que tenemos en estado de sueño es una supervivencia atávica de la conciencia imaginativa del pasado.

Una particularidad de esta conciencia imaginativa es que es creadora. Puede crear, en toda su realidad propia, formas y colores que no existen en la realidad física.

La conciencia objetiva es analítica y la conciencia subjetiva es plástica y constituye una fuerza mágica, como bien lo deja entrever su etimología, "Imagen".

Acabamos de ver cómo la conciencia objetiva y analítica del hombre sucedió a la conciencia subjetiva plástica. El proceso por el cual el alma que antes envolvía el cuerpo físico como una nube, penetra luego en él, puede compararse al de esos animalitos que primeramente secretan su propia concha y luego se meten dentro de ella. Así fue cómo el Alma penetra en el cuerpo que primeramente había modelado y en el cual ella misma había preparado anticipadamente los órganos de percepción necesarios. La fuerza de la visión de que nuestro ojo está dotado actualmente, es la misma fuerza que antes se ejerció sobre él desde el exterior para construirlo. La inversión de la actividad del Alma que de externa se convierte en interna, siempre ha quedado marcada por un jeroglífico: el de dos torbellinos en sentido contrario, uno hacia adentro y otro hacia afuera, en la forma en que se escribe el signo zodiacal de Cáncer. Este signo marca siempre el fin de una orientación y el comienzo de otra en sentido inverso.

A mediados de la tercer época terrestre, o sea, la época Lemúrica, es cuando el Alma entró en la morada que ella misma se había constituido y la animó desde el interior. Si nos remontamos más allá de ese tiempo, nos encontramos en presencia de una humanidad puramente astral, viviendo igualmente en una tierra astral. Más atrás aun, el hombre y la tierra eran puramente devakánicos. El hombre no tenía entonces ni siquiera una conciencia imaginativa, sino que vivía en los pensamientos puramente cósmicos. Su alma superior estaba todavía mezclada con todo el Universo, participando del pensamiento universal.

Cuanto más nos remontamos hacia el desenvolvimiento paralelo de la tierra y del hombre, tanto más los encontramos en estado fuidico y embrionario, y tanto más se aproximan al puro estado espiritual. Actualmente hemos llegado al punto más bajo de la curva descendente, la tierra y el hombre han adquirido su mayor grado de solidez y tendrán que comenzar el ascenso mediante la acción de la voluntad individual hacia el estado puramente espiritual.

¿Qué sentido tiene toda esta evolución? ¿Dónde se encontraban los seres que al principio no eran más que gérmenes? ¿De dónde salió el género humano?

¿Quién lo creó? Para poder contestar a todo esto tenemos que dar un paso más que nos revela un grado de vida y de poder de manifestación, superior a la vida humana y planetaria.

¿En qué difiere la vida humana y planetaria de la del Logos? Esta pregunta parece exigirnos algo como un salto hacia lo desconocido, en un universo de otro orden. Sin embargo, existen en nuestro mundo fenómenos análogos que nos permiten comprender, o, por lo menos presentir, el poder creador del Logos.

Supongamos que una inteligencia humana llegara a abarcar todo cuanto le fuera accesible, que tuviera el conocimiento ordenado de toda la experiencia terrestre y de toda la experiencia planetaria. Esa inteligencia podría entonces revivir todas las formas de la evolución, pero no podría, con esa sola fuerza, ir más allá de la aparición del hombre y del sistema planetario del Universo. Permanecería dentro del dominio de la

que ha podido experimentar el hombre: nuestra inteligencia no podría sobrepasar ese límite.

Sin embargo, podemos elevarnos a otro estado de conciencia más allá desde la reproducción de las experiencias de la inteligencia. Existen ciertas formas o estados de actividad productora, en las que el espíritu del hombre se convierte en creador y puede dar a luz cosas jamás vistas, completamente nuevas. Tal es el estado del alma del escultor, por ejemplo, en el momento en que concibe o ve, como en un relámpago, ante su espíritu, la forma de una estatua cuyo modelo jamás ha visto. Tal el estado del alma del poeta que concibe una obra maestra de un golpe, en una visión creadora de su espíritu.

Esta fuerza productiva no inspira ideas de orden intelectual, sino sentimientos de orden espiritual. Observemos la gallina que incuba sus huevos. Está completamente absorbida en la incubación y experimenta con ello un sentimiento de voluptuosidad, en el que entrevé, como en un sueño, la eclosión del pollito alado. Esta voluptuosidad de la creación se encuentra en todas las etapas del cosmos y desprende un calor análogo. Si uno se representa la inteligencia universal como el mundo de los pensamientos accesibles al Yo Superior (Manas), se percibe en seguida que esta fuerza del calor que compenetra el Universo, emana de la fuente creadora de toda vida (el Espíritu de Vida, Budji) y así puede presentirse ese mundo de productividad que existía antes que el nuestro, que incubaba, por así decirlo, el nuestro. De esta manera se eleva uno de Manas a Budji y de Budji a Atma.

El Verbo que engendró el Yo del hombre, el Microcosmos, es el tercer Logos.

Si entonces se representa uno la fuerza del Yo Superior del hombre -de Manas- extendida a todo el Universo, como un calor que engendra la vida, llegaremos al Segundo Logos, que engendra la vida microcósmica, de la cual el alma humana posee un reflejo en sus actividades creadoras (Espíritu Viviente-Budji).

Su fuente común es el Primer Logos, el Dios Insondable, el centro de toda manifestación.

Desde los más antiguos tiempos el Ocultismo ha representado estos Tres Logos con los signos siguientes:



Primer Logos
Dios

Segundo Logos
Macrocosmos

Tercer Logos
Microcosmos

resumiéndolos en la cifra 7-7-7, número esotérico de los tres Logos. Su número exotérico es la multiplicación sucesiva de estos tres septenarios evolutivos, o sea 343.

DECIMOCUARTA LECCION

El Logos y el Hombre

Nos hemos ocupado anteriormente del pasado del hombre desde el punto de vista de su forma y de su cuerpo. Ahora nos ocuparemos del pasado de sus estados de conciencia.

Frecuentemente se plantea la siguiente pregunta: ¿Son los hombres los únicos seres existentes en la tierra que tienen conciencia de sí mismo? O si no ¿Qué relación existe entre nuestra conciencia humana y la de los animales, las plantas y los metales? Estos seres en general, ¿tienen conciencia?

Supongamos un pequeño insecto que se estuviera paseando sobre el cuerpo del hombre y que no viera de éste más que un dedo. No podría tener la menor idea del organismo o del alma del hombre. Nosotros nos encontramos exactamente en esa situación frente a toda la tierra y demás seres que en ella viven.

Un materialista no tiene idea alguna del Alma de la Tierra: para ello sería necesario que pudiera percibir su propia alma. y de la misma manera, si el insecto no siente nada con respecto al alma del hombre, es porque él mismo carece de alma para sentirla. El Alma de la Tierra es muchísimo más elevada que el alma del hombre y el hombre nada sabe acerca de ella. En realidad, todos los seres tienen una conciencia, pero la del hombre se caracteriza en que su conciencia está perfectamente adaptada al mundo físico.

Además del estado de vigilia que corresponde a este plan, conoce otros estados de conciencia que le dan cierto parentesco con los otros reinos de la Naturaleza. Durante el sueño sin ensueños la conciencia humana vive en el mundo Devakánico, como ocurre continuamente con la conciencia del Reino Vegetal. Si una planta sufre este sufrimiento, causa cierta alteración en la conciencia devakánica. La conciencia del animal, semejante a la del sueño con ensueños, se encuentra en el plano astral. es decir, que el animal tiene una conciencia astral del mundo, como la del hombre que sueña.

Estos tres estados de conciencia son muy diferentes. En el mundo físico no pueden hacerse representaciones e ideas, sino por medio de los órganos sensibles y de las realidades exteriores con las cuales nos ponemos en contacto. En el mundo astral no se percibe el medio circundante más que bajo la forma de imágenes, y al mismo tiempo uno se siente bastante identificado o confundido con dicho medio.

¿Por qué el hombre que está consciente en el Mundo Físico se siente tan por completo separado de todo lo que no es él mismo? Porque recibe todas sus impresiones de un medio que ve bien distintamente exterior a su propio cuerpo. En el mundo astral, por el contrario, no se percibe mediante los sentidos, sino por la simpatía que nos penetra hasta el corazón de todo aquello con lo que nos encontramos. La conciencia astral no se encuentra encerrada en un campo comparativamente cerrado: es, por así decirlo, como líquida o fluida. En el Mundo Devachánico la conciencia es tan difusa como puede serlo un gas.

¿Con qué objeto se produjo esta oclusión de la conciencia, que sucedió a la conciencia imaginativa?

Sin ella el hombre jamás podría decir "yo" con referencia a sí mismo. El germen divino que existe en el hombre no pudo penetrar en él, en el curso de su evolución, más que por la cristalización del cuerpo físico.

¿Y dónde estaba este Espíritu Divino antes de la solidificación de la Tierra y de la conciencia? El "Génesis" nos dice que "El espíritu de Dios se movía sobre las aguas". Este Espíritu Divino, esta chispa del yo, estaba todavía en el mundo astral, donde todas las conciencias se funden como las olas en el Océano.

En el Mundo Devakánico superior en su cuarto plano denominado "arupa" (sin forma o sin cuerpo), donde comienza esa especie de antimateria denominada Akasa, es donde reside la conciencia de los minerales. Es necesario adquirir un sentido verdadero de lo que es el mineral y encontrar el lazo moral que nos une a él.

Los Rosacruz, en la Edad Media, hacían admirar a sus discípulos la castidad del mineral. Imagidad, le decían, que si el hombre pudiera quedar tal como es, en lo tocante a su pensamiento y sentimiento, pero quedara tan puro y desprovisto de deseos como el mineral, se encontraría en posesión de una fuerza espiritual infalible. Si por un lado puede decirse que los espíritus de los distintos minerales se encuentran en el Devakán, también puede decirse recíprocamente que el espíritu del mineral es como el hombre que viviera exclusivamente con una conciencia devakánica.

No hay que negar la conciencia a los demás seres. El hombre ha pasado por todos esos grados de conciencia en la curva descendente de la Evolución.

Originalmente fue semejante a los minerales, en el sentido de que su yo residía en un mundo superior y lo guiaba desde arriba, pero la evolución tiene por objeto liberarlo de su dependencia con respecto a los demás seres dotados de conciencia superior a la suya y conducirlo hasta el nivel en que pueda ser plenamente consciente en los planos más elevados.

Todos estos planos de conciencia se cruzan hoy en el hombre:

1° La conciencia del mineral que equivale a la del sueño profundo, sin ensueños.

2° La conciencia del vegetal, que es la del sueño ordinario.

3° La conciencia animal, esto es, la del sueño con ensueños.

4° La conciencia física objetiva, que es la conciencia de vigilia normal, mientras que las dos precedentes son remanentes atávicos.

5° Una conciencia que repite la del tercer grado, pero conservando ahora la objetividad adquirida. Las imágenes tienen colores firmes y son distintas del que las percibe; desparece la atracción o repulsión subjetiva. En esta nueva conciencia imaginativa, conserva sus derechos la razón adquirida en el Mundo Físico.

6° Ya no es el ensueño, sino el sueño mismo que se transforma ahora en estado consciente. No solamente percibimos las imágenes, sino que penetramos en la esencia de los seres y de las cosas y percibimos su sonoridad interior. En el mundo físico damos un nombre a cada cosa, pero este nombre siempre permanece exterior a la cosa misma. No hay más que nosotros mismos que podamos expresarnos de dentro a afuera diciendo: "Yo", el nombre de la individualidad consciente. Aquí está el punto fundamental de toda psicología. Gracias a este nombre nos diferenciamos de todo el resto del Universo. Pero cuando alcanzamos la conciencia del Mundo de los Sonidos, cada cosa nos dice su nombre inexpresable. Gracias a la clariaudiencia percibimos el sonido que expresa su ser íntimo y que hace de ella una nota en el Universo, completamente distinta de todas las demás.

7° Un paso más allá el sueño profundo se vuelve consciente. Este estado es indescriptible y sobrepasa toda posible comparación. Lo más que se puede decir de él es que existe.

Tales son los siete estados de conciencia a través de los cuales pasa el hombre. Y pasará también por otros todavía. Siempre hay un principio en el centro, tres atrás y tres adelante, que reproducen en un nivel superior los tres estados inferiores. El viajero que avanza está siempre en el "medio" del horizonte.

Cada estado de conciencia se elabora en el curso de siete estados de vida, y cada estado de vida en el curso de siete estados de forma. Siete estados de forma constituyen por lo tanto un estado de vida; siete estados de vida componen toda una Evolución Planetaria, tal como el de nuestra Tierra, por ejemplo.

Los siete estados de vida llegan a formar Siete Reinos, de los cuales sólo cuatro son visibles actualmente: el Mineral, el Vegetal, el Animal y el Humano.

El transcurso o duración de un estado de vida se denomina ronda o revolución.

El hombre pasa, pues, en cada estado de conciencia a través de 7x7 estados de forma, lo cual significa 7x7x7 metamorfosis o sean 343, que constituyen otras tantas etapas de la naturaleza humana.

Si pudiéramos representar en un solo cuadro los 343 estados de forma, tendríamos una imagen del Tercer Logos. Si pudiéramos representarlo en esa misma forma los 49 estados de vida, tendríamos una imagen del Segundo Logos, y si pudiéramos igualmente representarnos así los siete estados de conciencia, tendríamos una idea del Primer Logos.

La Evolución consiste en una acción recíproca de todas estas formas. Para pasar de una forma a otra es necesario un nuevo espíritu (esta es la acción del Espíritu Santo). Para pasar de un estado de vida a otro se necesita una nueva fuerza (la acción del Hijo), mientras que para pasar de un estado de conciencia a otro, es necesaria una conciencia nueva (la acción del Padre).

Jesucristo introdujo en la Humanidad un nuevo estado de vida y fue verdaderamente el Logos hecho carne. Con la aparición del Cristo penetró en el mundo una nueva fuerza que preparó una nueva tierra y una nueva relación con el Cielo.

DECIMO QUINTA LECCION

La evolución de los planetas y la tierra

Para poder dar una idea de esta evolución, nos es necesario recurrir, no a meras abstracciones sino a imágenes, porque la imagen tiene una virtud vivificante y creadora, de que carece la idea pura. Siendo simbólica en un mundo, corresponde a una realidad en un mundo superior.

Sabemos que nuestra tierra, antes de llegar al estado que se encuentra actualmente, atravesó por una fase denominada Período Lunar o Luna. Pero esta antigua Luna, que fue una etapa precedente de nuestra Tierra actual, se refiere a algo muy distinto de nuestro satélite contemporáneo y tampoco tiene nada que ver con cualquier otro planeta que la Astronomía pudiera descubrir. Los cuerpos celestes que el hombre puede ver actualmente son aquellos que se han mineralizado. Nuestros ojos no pueden ver más que los objetos que contienen minerales y que reflejan la luz, es decir, que posean cuerpo físico. Cuando el Ocultista habla del Reino Mineral, no se refiere a las piedras, sino al medio en el cual se desenvuelve la conciencia del hombre actual. Muchos sabios consideran el ser viviente como una simple máquina y rechazan toda idea de una fuerza vital. Esta actitud mental es debida a que nuestro organismo no puede contemplar la vida directamente. Por este motivo el Ocultista dice que el hombre vive en el Mundo Mineral.

Estudiemos el ojo. Es un aparato complicado, una especie de cámara oscura, cuya ventana es la pupila y cuyo lente es el cristalino. El cuerpo entero está así formado por una serie de aparatos físicos muy complicados y delicados. El oído es como un laúd, cuyas fibras ocupan el lugar de las cuerdas, y sucede otro tanto con cada órgano sensible.

La conciencia del hombre moderno no está despierta más que en relación con su cuerpo físico o mineral. Pero esto no significa que no deba irse despertando paulatinamente en relación con todos los de más principios constituyentes del ser humano, en el dominio constituido por las fuerzas vitales (naturaleza vegetal del hombre), y finalmente en la naturaleza humana propiamente dicha.

Actualmente el hombre no conoce más que lo que es mineral en el Universo. El instinto y la sensibilidad del animal, el crecimiento de las plantas, no lo conoce según sus leyes propias, sino solamente de acuerdo con su expresión física. Si nos imaginamos que una planta subsiste en un ser suprasensible, perdiendo toda sustancia mineral, tendremos que se nos vuelve invisible.

El hombre conoce por ahora solamente el mineral y lo tiene en su poder lo trabaja, modela, funde, combina. Esculpe de nuevo toda la superficie de la tierra. Todavía no es capaz de trabajar esta faz más que por medios puramente mecánicos. Si nos remontamos a los tiempos prehistóricos, en que ningún ser humano había aún tocado la Tierra, la encontramos tal como había salido de manos de los dioses. Pero después que el hombre tomó posesión del Reino Mineral, comenzó a cambiar y puede ya preverse un tiempo en que toda su faz habrá recibido la impresión de la mano del hombre, después de haber recibido la de los dioses.

En el principio los dioses habían prescrito una forma determinada para cada cosa. Este poder de formar paso de los dioses al hombre en relación con el Reino Mineral. De acuerdo con las antiguas tradiciones vemos que este trabajo de metamorfosear la tierra lo debía ejecutar el hombre con el triple objetivo de realizar la Belleza, la Sabiduría y la Virtud.

Sobre este triple fundamento debe elevar el hombre sobre la tierra, su Templo. Entonces, otros seres que aparecerán en la Evolución más tarde que el hombre contemplarán esta obra humana como nosotros contemplamos el Mundo Mineral surgido de la mano de los dioses. Las catedrales y las máquinas no habrán sido construidas en vano. El cristal que hoy extraemos de la tierra fue formado por los dioses en la misma forma que nosotros construimos nuestros monumentos o fabricamos nuestras máquinas. Fue así como, en el pasado, de una masa caótica formaron el mundo mineral, de la misma manera que nuestras catedrales, nuestras invenciones todas, incluyendo hasta nuestras instituciones, son los gérmenes de los que surgirá el mundo del futuro.

Después de haber transformado el Mundo Mineral, el hombre aprenderá a transformar el de las plantas, el Reino Vegetal. Es un grado de poder superior. Así como el hombre hoy construye edificios, mañana podrá crear y modelar plantas obrando sobre la sustancia vegetal. Luego el hombre avanzará un paso más, y adquirirá el poder de formar seres vivientes, y más tarde aun seres conscientes y su poder se ejercerá sobre el Reino Animal. Cuando esté en condiciones de reproducirse por el sólo poder de su voluntad consciente, entonces alcanzará un estadio superior al que se encuentra ahora en el mundo Mineral y Sensible.

El germen de este poder de reproducirse a si mismo, desprovisto de toda sensualidad, es el verbo, la palabra. La primera conciencia le llevó al hombre con el primer soplo que aspiró. La conciencia llegará a su perfección cuando sea capaz de infundir en su palabra el mismo poder creador de que hoy está dotado su pensamiento. Actualmente el hombre sólo confía al aire sus palabras, pero cuando se haya elevado a una conciencia creadora superior, entonces podrá transmitir al aire sus imágenes. La palabra será entonces una “imaginación” o “imagen” completamente viviente. Al dar cuerpo a estas imágenes, dará cuerpo a la palabra portadora de la imagen misma.

Cuando no encarnemos más simplemente nuestros pensamientos en los objetos, como en la fabricación de un reloj, por ejemplo, entonces daremos “cuerpo” a las imágenes y éstas se volverán vivientes. El reloj, por ejemplo, viviría como una planta.

En cuanto el hombre sepa cómo conferir la vida a lo que constituye lo más elevado que hay en él. Estas imágenes gozarán de una existencia propia, real, comparable a la existencia animal. Entonces recién es cuando el hombre podrá reproducirse a sí mismo. Al terminar la transformación terrestre, la atmósfera entera resonará con la fuerza del verbo. Es así como el hombre debe evolucionar hasta ser capaz de modelar su medio ambiente a la imagen de su ser interior. El Iniciado no hace más que precederlo en esta vía. Es evidente que actualmente la piedra misma no puede todavía producir cuerpos humanos como los que habrá al final de la Evolución. En ese tiempo los cuerpos estarán en condiciones de servir de expresión a ese ser a quien llamamos el Logos. El único que ha manifestado en su cuerpo humano semejante al nuestro ese poder del Logos, el Logos mismo hecho carne, fue el Cristo. Y El intervino a mitad de nuestra Evolución para indicarnos la meta.

Nos preguntaremos ahora en qué forma vivía el espíritu humano antes de haber entrado en nosotros por medio de la respiración. La Tierra misma es la reencarnación de un planeta precedente que el Ocultismo llama la Luna. En esa Luna, el Mineral puro no existía todavía: estaba formada por una sustancia análoga a la madera, intermedia entre lo mineral y lo vegetal. Su superficie carecía de la dureza mineral y a lo sumo podríamos compararla a la turba. Sobre ella vivían unos seres mitad plantas y mitad moluscos y también un tercer reino intermediario entre el hombre y el animal actual. Estos seres eran precisamente aquellos que estaban dotados de una conciencia de ensueño, imaginativa. Podemos representarnos la materia de que estaban compuestos

comparándola con la masa que compone los ganglios nerviosos. Y en realidad la densificación de esta materia es la que ha dado lugar a la sustancia cerebral actual. Pero si bien entonces podía vivir en la Luna en estado gelatinoso, en la Tierra ha sido necesario que se revistiera de una capa ósea protectora, tal como el cráneo o la caparazón de los crustáceos. Así es como todas las sustancias que nos constituyen han sido extraídas del macrocosmos y esta preparación universal fue necesaria para que el yo pudiera descender al hombre.

Ya hemos visto que el hombre no estuvo en estado de recibir el germen de su yo hasta que una vez en la Tierra, pudo respirar el aire ambiente. ¿Qué respiraba en la Luna?

Cuando más nos remontamos retrospectivamente en la Evolución, tanto más se eleva la temperatura. En la Atlántida, todo estaba bañado por vapores calientes. El aire, en estados anteriores, era puramente calor, y antes aun, Fuego. Observando detenidamente estos estados precedentes, vemos que el Fuego ocupaba el lugar del aire. Los Lemures llegaron a respirar Fuego. Y es por este motivo que los escritos Ocultos hablan de que los primeros hombres habían sido instruidos por los espíritus del Fuego. Cuando el hombre físico hizo pie en la Tierra, el aire se convirtió en su elemento vital. Pero este aire es alterado y transformado por el hombre que lo convierte en ácido carbónico por el proceso respiratorio a fin de hacer descender un grado aún la materialización de nuestro globo. La acción de las plantas establece el equilibrio.

De todas maneras, es evidente que en razón de que el cuerpo tiene necesidad de asimilarse el oxígeno del aire, el ácido carbónico va aumentando en la superficie del globo, motivo por el cual el cuerpo humano se va anemiando. Un tiempo llegará en que el cuerpo físico habrá desaparecido y en que tanto el hombre como la tierra serán de naturaleza astral, porque la naturaleza física se destruye por sí misma. Pero antes de que se realice esta metamorfosis se interpondrá una Noche Cósmica, análoga a la que marcó el pasaje de la Antigua Luna a nuestra Tierra actual.

La atmósfera de la Luna contenía ázoe, en la misma forma en que la atmósfera terrestre actual contiene oxígeno, y fue precisamente el predominio del ázoe lo que produjo el fin del período Lunar y el comienzo de la Noche Cósmica. Lo que en la Tierra recuerda las condiciones existentes en el período Lunar son precisamente las combinaciones azoadas, los cianuros. De ahí que su acción en la tierra sea destructiva, porque estos compuestos de ázoe no están en su lugar; son recuerdos deletéreos de las condiciones de vida que existían en otra edad. La combinación, en la Luna, del carbono con el ázoe. tenían poco más o menos el mismo efecto que sobre la Tierra las del carbono con el oxígeno.

El hombre animal que vivía en la Luna era, pues, el antecesor del hombre físico terrestre, así como los espíritus del fuego de esa época lunar, fueron los generadores del espíritu humano actual. Aquello que en la Luna estaba encarnado en el fuego, en la Tierra se encarna en el aire. Pero, ¿dónde podremos encontrar en el hombre actual algún recuerdo de la acción de esos espíritus del fuego? En la Luna los seres vivientes no tenían sangre caliente. ¿Qué es lo que ha cansado el calor de la sangre y, por consiguiente, la vida de las pasiones? Es el fuego que los seres respiraban en la Luna y que revivió luego en su sangre sobre la Tierra. Y el espíritu del aire rodea hoy de un ligero vestido sensible ese cuerpo que encierra la herencia de la fase lunar: el calor de la sangre, el cerebro, la médula espinal y los nervios. Estos ejemplos nos muestran que es necesario estudiar muy de cerca la transformación de las sustancias, para comprender una metamorfosis como la que se ha ido cumpliendo en el curso de las fases anteriores de la tierra. Si nos remontamos más allá, veríamos que nuestro planeta había tenido precedentemente un cuerpo puramente gaseoso, y mas anteriormente aun, un cuerpo de sustancia sonora. En ese sonido que es el Verbo Universal, es donde tiene su punto de

partida el desenvolvimiento humano, siguiendo en seguida hacia la luz, el fuego y el aire. En este cuarto estado es donde el Espíritu Humano se torna consciente. A partir de este punto, la orientación que le había dado el Verbo surge de su interior y su conciencia se convierte en su propio guía. Su ser primordial se realiza en el "yo". La aparición consciente del "yo" es la realización en el hombre del principio de Cristo.

Si nos remontamos a la primera forma elemental, nos veríamos absorbidos por el "Verbo", el sonido fluyente. Con la segunda forma elemental nos veríamos atravesados por la luz irradiante. La tercera forma elemental compenetraría de calor. En fin, con la cuarta forma elemental y la atmósfera terrestre veríamos aparecer la conciencia, que permite al hombre decir "yo".

DECIMO SEXTA LECCION

Los terremotos, los volcanes y la voluntad humana

En una de las conferencias precedentes nos hemos remontado a la evolución humana hasta el punto en que apareció la división en sexos. A dicha separación se llegó luego de una lentísima preparación cósmica. Después de que la Noche Cósmica separara la Antigua Luna de la faz terrestre, la Tierra apareció primeramente mezclada con las fuerzas solares y lunares actuales. Todas ellas no formaban más que un solo cuerpo que, poco a poco, se diferenció, dando lugar a los otros tres cuerpos celestes que conocemos actualmente. Ahora bien, la división de los sexos es el resultado de la división entre las fuerzas lunares y las fuerzas terrestres. Las fuerzas femeninas de la reproducción han quedado bajo la influencia de la Luna. La Luna permanece relacionada a todo lo que rige en la Tierra la reproducción, tanto en el hombre como en los animales sexuados. Así es como los conocimientos que procura el Ocultismo revelan las acciones que están en juego en el sistema planetario.

Cuando el Sol se encontraba unido todavía a la Tierra y a la Luna, no existían aún vegetales, animales ni seres humanos, en el sentido que damos a estas palabras actualmente. Sólo existía el Reino Vegetal, aunque bajo un aspecto muy distinto al que tiene hoy.

Dicho reino ha conservado una relación muy particular con las fuerzas solares, análoga a las del animal con la Luna o las del hombre con la Tierra. Mientras el Sol se mantuvo unido a la Tierra-Luna, las plantas dirigían sus flores hacia el centro del globo, pero, cuando aquel se separó, las plantas se orientaron hacia él y dirigieron en esa dirección sus flores.

Ya hemos visto anteriormente que adoptaron así una posición inversa a la del hombre, manteniéndose como éste verticalmente, pero en sentido contrario, mientras que el animal se encuentra como a mitad de camino entre la planta y el ser humano. Su columna vertebral es horizontal. A medida que se produjo la separación de estos tres cuerpos celestes, los reinos correspondientes fueron tomando sobre la tierra el aspecto que tienen actualmente: el Reino Vegetal al producirse la separación del Sol, el animal al separarse la Luna. En el compuesto primitivo de las fuerzas estaba ya contenido el germen de todo lo que más tarde tomó un aspecto físico. Si nos representamos una sustancia llevada a un elevado grado de calor, que luego se enfríe, veremos cómo toman forma todos los elementos que ella contenía.

En los tiempos de la Antigua Luna encontramos igualmente fuerzas solares que, en una época determinada, se concentraron en un astro exterior a dicha Luna. La Luna giraba en torno de ese Antiguo Sol, de tal manera que siempre orientaba hacia aquél el mismo lado. La rotación de la Luna en torno de la Tierra es una continuación de dicho movimiento en torno del Antiguo Sol. Estos dos astros, al comienzo y al fin de este período cósmico, se fusionaron, de la misma manera que la Tierra, la Luna y el Sol se fusionaron al comienzo del actual Período Terrestre y se reabsorberán al final del mismo. El efecto de estos dos antiguos astros no hubiera podido jamás actuar en la evolución si después de haberse separado, no hubieran refundido sus fuerzas. Lo que la Luna desarrolló mientras se mantuvo separada del Sol, son las fuerzas que permitieron más tarde la aparición de un tercer cuerpo. Durante esta separación el hombre pudo desarrollar aquello que tomaría un aspecto físico y que le permitiría poseer sobre la Tierra una conciencia objetiva: la conciencia de vigilia.

El Período que precedió a este Período Lunar se denominó la Epoca Solar. En este punto de la Evolución todo era de la naturaleza de la Vida Solar. El ocultismo ve en el

Sol una estrella fija que antes había sido un planeta, de la misma manera que vemos en la Tierra actualmente a un planeta destinado a convertirse más tarde en el Sol de un sistema que vendrá. Durante el período Solar el hombre tenía una conciencia parecida a la del sueño sin ensueños.

Pero aun hubo otro estado que precedió a este Período Solar. Entonces el Sol no era aún ni siquiera un planeta. El hombre no tenía más que una conciencia similar al trance profundo. No era aún el ser hecho de luz en que se convertiría en el Período Solar suficiente: vibraba solamente como un sonido en la pura armonía de este Período Saturnino, con el cual nada tiene que ver, por supuesto, nuestro actual planeta Saturno.

Después de nuestro período terrestre de clara conciencia física. vendrá el quinto período de imaginación astral consciente, en el decurso de una época que se denominará Período de Júpiter. Más tarde sobrevendrá el Período de Venus, en el cual se tomará consciente lo que hoy es para él el sueño inconsciente y finalmente se presentará el Período de Vulcano, que corresponderá al estado de conciencia más elevado que puede alcanzar un iniciado.

Sin embargo, las relaciones entre la Tierra y los planetas no terminan ahí. Nuestro Período Terrestre actual puede dividirse en dos partes. Durante el primero se preparó lo que hizo nuestra sangre roja. ¿Qué fué lo que nos dió la sangre roja? Al producirse la separación entre la Tierra y el Sol, este globo, compuesto de sustancias muy flúidas, fue atravesado por sustancias igualmente flúidas del planeta Marte. Antes de este pasaje de Marte no existía en la Tierra el menor vestigio de hierro. Este fue el resultado de aquella influencia: todas las sustancias que contienen hierro, como nuestra sangre, han sufrido la influencia de Marte. Este coloreó la sustancia de la Tierra y su influencia permitió la aparición de la sangre roja.

De ahí que se llame Período Marcial a la primera mitad del Período Terrestre.

El hierro era entonces una sustancia flúida. Los metales no se endurecieron sino mucho después. El único metal que todavía no se ha solidificado es el mercurio. Cuando se endurezca, el alma del hombre se habrá vuelto independiente del cuerpo físico y la visión astral imaginativa se tomará consciente. Este hecho está ligado a las fuerzas de Mercurio, que influenciaron la segunda parte del Período Terrestre conforme se van densificando para solidificarse. La Tierra es a la vez Marte y Mercurio. Los iniciados hicieron pasar estos hechos al lenguaje común, adjudicando los días de la semana a los planetas que pertenecen a nuestra evolución. Marte y Mercurio están colocados entre la Luna y Júpiter.

Con respecto al interior de la Tierra, la ciencia física no conoce todavía más que la corteza externa, la capa o estrato mineral que no es más que una delgada película que cubre la superficie de la Tierra. En realidad, la Tierra está compuesta por una sucesión de estratos concéntricos que describiremos a continuación:

1° El Estrato Mineral, que contiene los metales cuya sustancia se encuentra en el cuerpo físico de todos los seres que viven en su superficie. Esta corteza, que es como la piel de ese ser vivo que es la Tierra, no tiene más que algunas millas de espesor.

2° No es posible comprender este segundo estrato o capa sino mediante el concepto de que existe una materia opuesta a la que conocemos. Es una vida negativa: en realidad, lo opuesto a toda vida. Allí toda vida se extingue. Una planta, un animal que se sumergiera en ese estrato sería aniquilado inmediatamente, disuelto en la masa. Esta segunda capa o estrato, semilíquido, que envuelve a la tierra, es verdaderamente un círculo de muerte.

3° El Tercer Estrato es un círculo de conciencia invertida. Todo dolor parece allí un placer, toda alegría en una pena. Su sustancia, hecha de vapores, se comporta en relación con nuestros sentimientos, de la misma manera negativa que el segundo estrato con relación a la vida.

Si mentalmente separamos estos dos estratos, encontramos entonces la Tierra en el estado en que estaba antes de que la Luna se le separara. Si podemos elevarnos por la concentración hasta una visión astral consciente, se ve obrar a estos dos estratos: la destrucción de toda vida por el segundo, la transformación de los sentimientos por el tercero.

4° El cuarto círculo o estrato se denomina la tierra-acuosa, la tierra-alma, la tierra-forma. Posee una propiedad notable. Si uno se representa un cubo, aquí aparecería invertido con respecto a la sustancia.

Allí donde había sustancia, no existiría nada ahora, el espacio ocupado por ese cubo estaría completamente vacío, pero en torno de él estaría distribuida esa sustancia, la forma sustancial. De ahí el nombre de tierra-forma. Aquí, este torbellino de formas, en vez de ser como un molde negativo, es una sustancia positiva.

5° Este círculo se llama la tierra de los crecimientos. Encierra la fuente original de la vida terrestre, sustancia hecha de energías hirvientes y pululantes.

6° Esta es la tierra ígnea, sustancia compuesta de voluntad pura, elemento de vida, de movimiento, atravesada incesantemente por impulsiones, pasiones y movimientos, verdadero receptáculo de fuerzas volitivas. Si se ejerciera una presión sobre esta sustancia, resistiría y se defendería.

Cuando mentalmente hacemos abstracción de estos tres nuevos círculos, llegamos al estado en que estaba el globo cuando la Tierra, el Sol y la Luna formaban un solo cuerpo. Los círculos que siguen no son accesibles más que a la observación consciente no sólo del sueño sin ensueños, sino del sueño o trance profundo, vuelto consciente.

7° Este estrato es el espejo de la Tierra. Semejante a un prisma, descompone todo lo que en él se refleja, haciendo aparecer la faz complementaria.

Contemplado a través de una esmeralda, aparecería como rojo.

8° En este círculo todo aparece como fragmentado y reproducido hasta el infinito. Si se toma una planta o un cristal y se concentra en este círculo, la planta o el cristal aparecen multiplicados indefinidamente.

9° Este último estrato está compuesto por una sustancia dotada de acción moral, pero su moral es la opuesta a la que debe desarrollarse en la tierra, porque su esencia, su fuerza inherente, es la separatividad, la discordia y el odio. Es aquí donde se encuentra Caín en el Infierno del Dante. Esta sustancia es lo opuesto de todo lo que el hombre considera bueno o bien. El trabajo de la humanidad para establecer la fraternidad sobre la tierra disminuye otro tanto el poder de esta esfera. Es la fuerza del amor la que transformará y espiritualizará gradualmente el cuerpo mismo de la Tierra. Este noveno estrato es el origen sustancial de la que en la tierra se presenta como Magia Negra, es decir, la Magia fundada en el egoísmo.

Todos estos estratos o esferas concéntricas se comunican entre sí por rayos que unen el centro de la tierra, con su superficie. En el círculo periférico, en el seno de la tierra firme, se encuentran numerosísimos espacios subterráneos que comunican con el Sexto Estrato, el del Fuego. Este elemento de la tierra-ígnea se encuentra en estrecha afinidad con la voluntad humana. Esta es la que ha producido las erupciones formidables que pusieron fin a la Epoca Lemúrica. Las fuerzas que alimenta la voluntad humana pasaron entonces por una prueba que desencantó el fuego en que pereció el Continente Lemúrico. En el curso de la Evolución, este sexto estrato se fue hundiendo más y más hacia el centro de la tierra y a este hecho débese que las erupciones volcánicas se fueran haciendo menos y menos frecuentes. Pero aun se producen bajo la acción de la voluntad humana, que obra magnéticamente sobre esta esfera, sacudiéndola, cuando aquella es malvada y desordenada. Despojada de todo egoísmo, la voluntad humana puede, por el contrario apaciguar ese fuego.

Las épocas materialistas se encuentran especialmente acompañadas y seguidas de cataclismos terrestres, terremotos, etc. La fuerza creciente de la Evolución es la única alquimia que puede transformar poco a poco el organismo y el alma de la tierra.

Un ejemplo de estas relaciones entre la voluntad humana y los movimientos que agitan la tierra es el siguiente: las personas que perecen a consecuencia de los terremotos o de erupciones volcánicas, ven aparecer, en el curso de su siguiente encarnación, ciertas cualidades internas muy diferentes; traen al nacer grandes disposiciones espirituales, porque han entrado, por esa muerte, en relación con un elemento que les ha mostrado la faz real de las cosas y la ilusión de la vida material.

También se ha observado alguna relación entre algunos nacimientos y las catástrofes sísmicas y volcánicas. En las épocas catastróficas se encarnan voluntariamente almas materiales que se ven atraídas simpáticamente por los fenómenos volcánicos, así como por las convulsiones del alma maligna de la tierra. Y estos nacimientos pueden, a su vez, recíprocamente, provocar nuevos cataclismos, ya que, recíprocamente, las almas malvadas tienen una influencia excitante sobre el fuego terrestre. La evolución de nuestro planeta sigue estrechamente la evolución de las fuerzas humanas y de las civilizaciones.

DECIMO SÉPTIMA LECCIÓN

Redención y Liberación

Hay siete secretos de la vida, de los cuales jamás se ha hablado hasta hoy fuera de las fraternidades ocultas. Sólo hoy es posible hablar de ellos exteriormente. También se les denomina los siete secretos inexplicables o indecibles.

Trataremos de hablar solamente del cuarto secreto, el de la muerte.

He aquí dichos secretos:

1° El secreto del Abismo.

2° El secreto del Número (que puede estudiarse en la filosofía pitagórica).

3° El secreto de la Alquimia (que puede comprenderse estudiando las obras de Paracelso y de Jacobo Boehme).

4° El secreto de la Muerte.

5° El secreto del Mal (al cual se alude en el Apocalipsis).

6° El secreto del Verbo, del Logos.

7° El secreto de la Felicidad de Dios (el más oculto de todos).

Recordemos que en el planeta que ha precedido a nuestra tierra, la antigua Luna, hemos distinguido tres reinos naturales, muy diferentes de los reinos terrestres. Nuestro reino Mineral no existía entonces todavía: ha nacido de la condensación o cristalización de la sustancia minero-vegetal de la Luna. Nuestro mundo vegetal ha surgido del reino vegeto-animal lunar. Y lo que actualmente constituye el Mundo Animal, proviene de lo que en la Antigua Luna fuera el hombre-animal. Vemos, pues, que cada uno de estos reinos lunares ha realizado en la tierra un descenso hacia la materialización. Y lo mismo aconteció con los seres que en la Luna estaban por encima del hombre-animal: los Espíritus del Fuego. Los hombres de entonces respiraban ese fuego lo mismo que los de hoy respiran el aire. De ahí que el Fuego haya quedado, en todas las leyendas y los mitos, como la primera manifestación de los dioses. En el “Fausto” de Goethe se hace alusión a esto al decir: “Hagamos un poco de fuego para que los espíritus puedan vestirse”. Estos Espíritus del Fuego de la Antigua Luna se encarnaron ahora, en la faz terrestre, en el Aire. Han descendido, pues, un grado más hacia la materialidad, viviendo en el aire que actualmente respiramos, Constituyen la sustancia del aire que nos circunda y que rodea a la Tierra con su atmósfera.

Ahora bien, si estos espíritus han descendido así hasta el aire, si los reinos lunares han involucionado, es con el fin de que el hombre pueda, gracias a ellos, elevarse hasta la divinidad. Se ha cumplido así un doble movimiento en el seno de cada uno de los reinos lunares: la parte más inferior descendía mientras que la más refinada se elevaba. De esta manera el hombre animal se dividió en dos grupos, uno de los cuales, bajo la influencia de la respiración y de la acción de los Espíritus del Fuego se prolongaba en Espíritus del Aire y trabajaba en la elaboración de su cerebro, mientras que el antiguo grupo descendía hacia el Reino Animal, Esta escisión se encuentra hasta en la constitución misma del hombre, cuya parte inferior se asemeja al animal, mientras que la superior se eleva hacia los espíritus. Y según fuera más o menos pronunciado un aspecto u otro, fueron formándose paulatinamente dos especies de hombres: la una, dominada por su naturaleza inferior, apegada a la tierra; la otra, más desarrollada, desprendida de la tierra. Los primeros regresaron hacia el Reino Animal y los otros pudieron recibir una chispa divina, la conciencia del yo. Esta es la verdadera relación que une actualmente el hombre al animal y particularmente al mono. La correlación física de esta evolución espiritual fue el crecimiento, el desenvolvimiento del cerebro humano que se convirtió en un templo para que Dios pudiera morar en él.

Pero si sólo se hubiera producido esta evolución hubiera todavía faltado algo. Hubiera habido minerales, plantas, animales y hasta hombres con el cerebro desarrollado y capaces de adquirir la forma humana actual, pero algo hubiera permanecido en el mismo estado lunar. En la Antigua Luna no había nacimiento ni muerte.

Si nos representamos el ser humano sin cuerpo físico no habría muerte: la renovación del ser se efectuaría de otra manera que mediante el nacimiento actual. Las partículas del cuerpo astral y del cuerpo etérico se renovarían por medio de cambios e intercambios, pero el compuesto ser permanecería constante. En torno de un centro inalterable, sólo las superficies serían el lugar de intercambio con el medio externo. Así ocurría en la Luna, donde el hombre no hacía más que metamorfosearse. Pero en ese estado no había llegado aún a obtener la conciencia. Los dioses que lo habían formado estaban en torno de él, detrás de él, pero no en él. Eran, con respecto al hombre, lo que el árbol es a la rama o el cerebro a la mano. La mano se mueve, pero la conciencia del movimiento está en el cerebro. El hombre no era más que una rama del árbol divino y si su evolución sobre la tierra no hubiera modificado este estado, su cerebro no habría sido más que una flor de ese árbol divino, sus pensamientos se reflejarían sobre el espacio de su fisonomía, sin que fuera capaz de tener sus propios pensamientos. Nuestra tierra hubiera sido un mundo de seres dotados de pensamientos, pero no de conciencia, un mundo de estatuas animadas por los dioses y sobre todo por Jahve (Iahve) o Iehovah. ¿Qué pasó para que cambiara de tal manera la faz de las cosas y cómo obtuvo el hombre su independencia?

Cuando existen diversas clases en una escuela, hay alumnos que pasan todos los grados y otros que no. Los dioses de la naturaleza de Iahve estaban a punto de poder descender en el cerebro humano. Pero otros espíritus que, sobre la Luna se habían contado entre los Espíritus del Fuego, no habían terminado su evolución, y en vez de penetrar en el cerebro del hombre, en la Tierra, se mezclaron con su cuerpo astral. Este cuerpo astral está formado por instintos, deseos, pasiones. En él se refugiaron esos espíritus del Fuego que no habían alcanzado la meta de su evolución en la Luna, y recibieron asilo en la Naturaleza animal del hombre donde se elaboran las pasiones, aunque a] mismo tiempo dieron a estas pasiones un impulso superior. Hicieron penetrar el entusiasmo en la sangre y en el cuerpo astral. Los dioses Iehováquicos habían conferido la forma pura y fría de la idea, pero gracias a estos espíritus, que podríamos llamar luciféricos, el hombre fue capaz de entusiasmarse por ellas, de tomar partido por unas contra otras. Si los dioses Iehováquicos han modelado el cerebro humano, los espíritus luciféricos unieron ese cerebro a los sentidos físicos por las ramificaciones nerviosas que terminan en los órganos sensoriales. Lucifer vive en nosotros desde hace tanto tiempo como Iehovah.

Todo lo que pasa por los sentidos da al hombre una conciencia objetiva de lo que lo rodea y esto se lo debe a los espíritus luciféricos. Si debe a los dioses el pensamiento, en cambio a Lucifer debe la conciencia. Lucifer vive en su cuerpo astral y ejerce su actividad en las ramificaciones terminales de sus nervios.

He aquí por qué dice la “serpiente” del Génesis: “Vuestros ojos se abrirán”. Pueden tomarse estas palabras literalmente, porque, en el curso del tiempo, los espíritus luciféricos fueron quienes abrieron los sentidos del hombre.

Merced a los sentidos es como se individualiza la conciencia. Sin el aporte del mundo sensible, los pensamientos del hombre no serían más que los reflejos de la Divinidad, actos de fe, no de conocimiento. Las contradicciones entre la fe y la ciencia provienen de este doble origen del pensamiento humano. La fe se vuelve hacia las ideas eternas, hacia las ideas matrices que tienen sus prototipos en los dioses; la ciencia, el conocimiento del mundo exterior por medio de los sentidos, viene de los espíritus

luciféricos. El hombre se ha convertido en lo que es uniendo el principio luciférico a la inteligencia divina. Esta fusión de principios opuestos en el hombre es lo que le confiere la posibilidad del mal, pero también el medio de adquirir conciencia de sí mismo, de elegir y de ser libre, sólo un ser capaz de individualizarse ha podido ser ayudado así por esta oposición de los elementos dentro de él mismo. Si el hombre no hubiera recibido, al descender en la materia, más que la forma dada por Iehovah, habría quedado impersonal.

Lucifer es, pues, el principio que permite al hombre convertirse realmente en un ser independiente de los dioses. El Cristo, o sea el Logos, manifestado en el hombre, es el principio que le permite remontarse hasta Dios.

Antes del Cristo, el hombre poseía el principio de Iehovah que le confería su forma y el de Lucifer que lo individualizaba. Se encontraba dividido entre la obediencia a la ley y la rebelión del individuo. Pero el principio de Cristo vino a establecer el equilibrio entre los dos primeros, enseñando al hombre a encontrar dentro del individuo mismo la ley primitiva, que originariamente fuera dada desde el exterior. Esto es lo que explica San Pablo que hace de la libertad y del amor el principio cristiano por excelencia: la ley ha regido la antigua alianza en la misma forma en que el amor rige la nueva. Encontramos, pues, así, en el hombre, tres principios inseparables y necesarios a su evolución: Iehovah, Lucifer y el Cristo.

Pero Jesucristo no es solamente un principio difuso en el mundo: es un Ser que apareció una vez, en un momento determinado de la historia. Bajo la forma humana reveló, por su palabra y su vida, un estado de perfección que todos los hombres adquirirán por su voluntad propia y libre, al final de los tiempos. El apareció en el momento supremo de una crisis terrible, cuándo el arco descendente de la humanidad iba a llegar al punto más bajo de la materialización.

Para que el principio del Cristo hubiera podido despertar en el hombre era necesario que se manifestara sobre la tierra y que el Cristo viviera como tal.

El Karma y Cristo resumen, por lo tanto, toda la Evolución. El Karma es la ley de causa y efecto en el Mundo Espiritual: es la espiral de la Evolución.

La fuerza del Cristo interviene en el desenvolvimiento de esa línea kármica, como el eje directriz. Esta fuerza se encuentra en el fondo de toda alma humana después de la venida del Cristo a la Tierra.

Pero mientras no se vea en el Karma más que una necesidad impuesta al hombre de enderezar sus yerros o pagar por sus errores ante una injusticia implacable que se ejerce de una encarnación en otra, se opondrá. Siempre la objeción de que el Karma suprime el papel redentor del Cristo. En realidad, el Karma es a la vez una redención del hombre por sí mismo, por su propio esfuerzo, por su ascensión gradual hacia la libertad a través de la serie de reencarnaciones y al mismo tiempo es la que aproxima el hombre al Cristo. Porque la fuerza crística es la que constituye el impulso fundamental que empuja al hombre hacia esta transformación de la ley implacable en libertad y la fuente misma de esa impulsión es la persona y el ejemplo de Jesucristo. No es necesario creer que el Karma sea una fatalidad, sino que hay que considerarlo como el instrumento necesario para alcanzar la suprema libertad que es la vida en el Cristo, libertad que se logra, no atentando o desafiando el orden de cosas establecido, sino comprendiéndolo. El

Karma no suprime ni la gracia ni el Cristo, sino que por el contrario, se aplican a toda la evolución.

Otra objeción es la que puede hacerse desde el punto de vista de la filosofía oriental. La idea de un redentor que viene a ayudar a los hombres, se dice, suprime los encadenamientos lógicos del Karma y reemplaza a la gran ley universal por la acción

súbita de una gracia milagrosa. Es justo, se dice, que el hombre cargue sobre sí con el peso de sus culpas, ya que las ha cometido.

Esto es un error. El Karma es la ley de causa y efecto para el Mundo Espiritual, como la mecánica es la ley de causa y efecto en el Mundo Material en cada momento de la vida, el Karma representa algo así como el balance de un comerciante, la cifra exacta del debe y el haber. Cada acción, buena o mala, aumenta el debe o haber. El que no quisiera admitir un acto de libertad sería como el comerciante que rehusara hacer nuevas operaciones para no correr ningún riesgo y que quisiera atenerse siempre al mismo balance.

Un concepto puramente lógico del Karma impediría prestar ayuda al hombre que se encuentra en desgracia. Esto sería completamente erróneo, pues la ayuda que prestamos libremente a otro, abre un nuevo rumbo en su destino. Nuestros destinos están entretejidos con todas estas impulsiones y estas gracias.

Si aceptamos la idea de una ayuda individual, ¿no es posible igualmente concebir un auxilio mucho más poderoso que pueda ayudarnos a todos colectivamente, aportando un impulso nuevo a toda la humanidad?

Ahora bien, esa es la obra realizada por un dios que se hizo hombre, no para contravenir a las leyes del Karma, sino para ayudar a su cumplimiento.

El Karma y el Cristo se completan como el medio de salvación y el Salvador mismo. Merced al Karma la acción del Cristo se convierte en una Ley Cósmica, y por el principio crístico, el Logos manifestado, el Karma alcanza su objetivo que es la liberación de las almas conscientes y su identificación con Dios.

El Karma es la redención graduada y el Cristo es el redentor.

Si el hombre se compenetrara bien de estas ideas, sentirían que se pertenecen los unos a los otros y comprenderían también la ley que reina en las fraternidades ocultas: que cada uno viva y sufra por los demás.

Llegaremos a un momento en el futuro en el que el principio de la redención exterior coincidirá para cada hombre con la acción interior del Redentor.

No es la Revelación, sino la Verdad, la que hace libre al hombre. "Conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres".

El camino de nuestra evolución conduce a la libertad. Cuando el hombre haya despertado en sí mismo todo lo que contiene proféticamente el principio de Cristo, será libre. Por que si la necesidad es la ley del mundo material, la libertad reina en el Mundo Espiritual. La libertad no puede conquistarse más que gradualmente y no aparecerá totalmente en el hombre más que al término de su evolución, cuando toda su naturaleza se haya espiritualizado.

DECIMO OCTAVA LECCION

El Apocalipsis

Hemos repetido muchas veces, en el curso de estas conferencias, que el Cristianismo señala el punto capital y decisivo de la Evolución Humana. Todas las religiones tienen su razón de ser y han sido otras tantas manifestaciones parciales del Logos, pero ninguna logró cambiar la faz del mundo como el Cristianismo. Puede presentirse esta influencia en las palabras del Evangelio que dicen así: "Felices aquellos que no vieron y sin embargo creyeron". Los que no han visto son aquellos que no han conocido los Misterios. Gracias al Cristianismo, una parte fundamental de los antiguos misterios, tales como los preceptos esenciales de la moral, de la inmortalidad del alma por la resurrección o segundo nacimiento, etc., se tornó una creencia popular.

Antes del Cristianismo se podía ver la verdad suprasensible en las revelaciones, los ritos, las representaciones dramáticas de los misterios. Después, fue necesario creer a través de la persona divina del Cristo. Pero siempre ha habido, en todas las épocas, una diferencia entre la verdad esotérica conocida de los iniciados, y su forma exotérica o externa, adaptada a las masas, que se expresaba mediante las distintas religiones. Y ocurre otro tanto con el Cristianismo. Lo que está escrito en los Evangelios es el mensaje, la buena nueva anunciada al Universo entero. Pero también existió una enseñanza más profunda, la cual está contenida en el Apocalipsis, bajo la forma de símbolos.

Hay una manera de leer el Apocalipsis que sólo puede hacerse conocer públicamente en nuestra época. Pero ya fue practicada en la Edad Media en las escuelas ocultas rosacruces. Se descuidaba el lado histórico del libro, es decir, la manera en que estaba escrito, su autor y todos los demás detalles que constituyen hoy la única preocupación de los teólogos que no tratan de encontrar en éste más que las circunstancias históricas externas. La teología crítica de nuestros días sólo conoce la corteza de este libro e ignora completamente su verdadero núcleo. Los rosacruces sólo daban importancia a su lado profético, a su verdad eterna.

El ocultismo en general no se ocupa de la historia de un solo siglo o de un único período, sino de la historia interna de la evolución de la humanidad en conjunto. Si se sumerge en las primeras manifestaciones de nuestro sistema planetario, si se remonta hasta el aspecto vegetal o animal del hombre, su mirada abarca millones de años y alcanza hasta una humanidad futura divinizada. Ahora bien: la Tierra misma habrá cambiado de sustancia y de forma. ¿Es posible la profecía? ¿Cómo es posible adivinar el lejano porvenir? Es posible, porque todo cuanto debe suceder físicamente ya existe germinalmente, en el seno de los Arquetipos, cuyos pensamientos constituyen el plan de nuestra Evolución. Nada sucede en el Mundo Físico que no haya sido antes previsto y formado en sus líneas generales en el Mundo Devachánico.

Nada ocurre aquí abajo que no haya ocurrido arriba. El "como" de su realización es lo que depende de la libertad y de la iniciativa individuales.

El Cristianismo Esotérico no reposa sobre un idealismo vago y sentimental, sino sobre un ideal preciso, proveniente del conocimiento de los mundos superiores. Este conocimiento era el que tenía el autor del Apocalipsis, el gran visionario de Patmos, que expuso el futuro de la humanidad según la perspectiva cristiana.

Trataremos ahora de entrever este futuro de acuerdo con los principios cosmogónicos que hemos mencionado precedentemente. Los rosacruces revelaban primeramente a sus discípulos algunas visiones del pasado y también del porvenir. Luego se lo remitía, para que interpretara esas visiones, al Apocalipsis. Hagamos otro tanto y consideremos cómo

el hombre se ha ido convirtiendo poco a poco en lo que es y será en el futuro que se abre ante él.

Hemos hablado, por ejemplo, del Continente Atlántico y de los atlantes, cuyo cuerpo etérico estaba mucho más desarrollado que el cuerpo físico y que no lograron una primera conciencia del yo más que hacia el final de su civilización. Los períodos post-atlánticos que siguieron fueron los siguientes:

1° La civilización Prevédica del Sur de Asia, de la India; este fue el principio de la civilización aria.

2° La época De Zoroastro, que comprende la civilización de la antigua Persia.

3° La civilización Egipcia, la época de Hermes, a la cual están unidas las culturas caldeas y semíticas. Las primeras simientes del cristianismo fueron depositadas en esta época en el seno del pueblo hebreo.

4° La civilización Greco-Latina que vió nacer el Cristianismo.

5° Una nueva época comenzó en el tiempo de las migraciones de los pueblos y de las invasiones. La herencia de la civilización Greco-Latina fue recogida por las razas del norte: los Celtas, los Germanos, los Eslavos. En esta época vivimos todavía. Es una transformación lenta del aporte Greco-Latino mediante el elemento vigoroso de los pueblos nuevos, bajo el poderoso impulso del Cristianismo, al cual se ha mezclado la levadura del Oriente, traída a Europa por los árabes. El objetivo esencial de esta época de civilización es la de adaptar completamente al hombre al mundo físico, desarrollando en él la razón, el sentido práctico, sumergiendo su inteligencia en la materia física para que pueda comprenderla y dominarla. Y en esta tarea penosa y dura, en esta conquista prodigiosa que ha llegado hoy en día a su término, el hombre ha olvidado momentáneamente los mundos superiores de donde venía.

Comparando nuestra intelectualidad con la de los Caldeos, por ejemplo, es bien fácil ver qué es lo que hemos adquirido y qué es lo que hemos perdido. Cuando un mago caldeo contemplaba el cielo, que para nosotros no representa más que un problema de mecánica celeste, aquél tenía un concepto muy distinto, un sentimiento diferente, hasta una sensación por completo distinta a la nuestra. En lo que el astrónomo moderno no ve más que una máquina sin alma, el mago sentía la profunda armonía del cielo como la de un Ser Divino y Viviente. Cuando contemplaba Mercurio, Venus, la Luna o el Sol, veía no solamente la luz física de estos cuerpos celestes, sino que también percibía sus almas como la de seres y sentía la suya propia en comunicación con esas grandes del firmamento. Veía sus influencias de atracción o repulsión, como un concierto maravilloso de voluntades, y la sinfonía del Macrocosmos se reproducía en él, en los ecos armoniosos del Microcosmos humano. Así, esa como la música de las esferas, era una realidad que unía el hombre al cielo. La superioridad del sabio moderno reside en su conocimiento del mundo físico, de la materia mineral. La ciencia espiritual ha descendido al mundo físico: éste es el que conocemos bien. Pero en adelante tendremos que recuperar el conocimiento del Mundo astral y del Espiritual por medio de la clarividencia.

Este descenso en la materialidad era necesario para que la quinta época pudiera cumplir con su misión. Era necesario que la clarividencia astral y espiritual quedaran veladas, para que el intelecto pudiera desenvolverse en el plano de la razón sensible, mediante la observación precisa, minuciosa, matemática, del Mundo Físico. Pero tenemos que completar la ciencia física con la ciencia espiritual. He aquí un ejemplo:

Generalmente se opone la teoría celeste de Ptolomeo a la de Copérnico, tachando a la primera de errónea. Esto es falso. Ambas son igualmente verdaderas. Sólo que la teoría de Ptolomeo se refiere al Plano Astral, en cuyo plano la Tierra se encuentra en el

centro de los planetas, siendo el Sol mismo un planeta. La teoría de Copérnico se refiere al Plano Físico, en el que el Sol se encuentra en el Centro. Todas las verdades son relativas según el tiempo y lugar. En una época próxima el sistema de Ptolomeo será debidamente rehabilitado. Después de nuestra quinta época habrá otra, la sexta, que se relaciona con la nuestra como el alma espiritual con el alma racional. Esta época desenvolverá la genialidad, la clarividencia, el espíritu creador. ¿Cómo será el Cristianismo en esa sexta época? Para los antiguos sacerdotes, antes de Cristo, existía una armonía completa entre la ciencia y la fe. La Ciencia y la Religión no eran más que una sola y misma cosa. Al contemplar el firmamento, el sacerdote sabía y sentía que el alma era como una gota de agua caída del océano y llevada a la tierra por los inmensos ríos de vida que atraviesan el espacio. Ahora que la mirada ha descendido al plano físico, la fe tiene necesidad de un asilo, de una religión. De ahí viene la separación de la Ciencia y de la Fe. La devoción a la personalidad de Cristo, del hombre dios sobre la Tierra, ha reemplazado durante un tiempo a la Ciencia Oculta y los Misterios de la Antigüedad. Pero en la Sexta Epoca ambas corrientes se refundirán. La ciencia mecánica del mundo físico se remontarán hacia el plano de la productividad espiritual. Entonces, tendremos la Gnosis, o sea el conocimiento espiritual. Esta sexta época, radicalmente diferente de la nuestra, será precedida por grandes cataclismos. Porque esa época será tan espiritual como la nuestra ha sido material. Pero esta transformación no puede producirse más que por medio de grandes convulsiones físicas. Todo lo que se producirá en el curso de la Sexta Epoca aportará la posibilidad de una Séptima Epoca que será el término de las civilizaciones post-atlánticas y conocerá condiciones y estados de vida terrestres distintos de los que conocemos nosotros. Esta Séptima Epoca terminará con una revolución de los elementos análoga a la que puso fin al Continente Atlántico, y el estado que aparecerá en seguida será un estado en el que la espiritualidad habrá sido preparada por los dos últimos períodos post-atlánticos.

El conjunto de estas civilizaciones arias cuenta, pues, con siete grandes épocas. Y así vemos desprenderse lentamente las leyes de la evolución. El hombre tiene, siempre en él mismo, primero todo lo que luego verá en torno suyo. Todo lo que actualmente nos circunda ha salido de nosotros en una evolución precedente, cuando nuestro ser se encontraba todavía mezclado a la Tierra, la Luna y el Sol. Este Ser Cósmico, de donde han surgido a la vez el hombre actual y todos los reinos de la Naturaleza, se llama en la Cábala, Adam-Kadmon. En este hombre-tipo están contenidos todos los aspectos múltiples del hombre que representan los pueblos y las razas actuales.

Lo que el hombre posee hoy en el interior de su alma, sus pensamientos, sentimientos e impulsos, se exteriorizarán de la misma manera y a su tiempo constituirán su medio circundante. El porvenir reposa en el seno del hombre. A él le toca elegir: crear un porvenir de bien o de mal. Y de la misma manera en que el hombre dejó detrás de sí lo que hoy constituye el mundo animal, lo que hoy existe de malo en él formará una especie de humanidad degenerada. Actualmente podemos ocultar más o menos bien el bien o el mal que existen en nosotros, pero negará un día en que no podremos ocultarlo, un día en que el bien y el mal estarán escritos, en una forma indeleble, en nuestra propia frente, en todo nuestro cuerpo y hasta en la faz de la tierra misma. Entonces la humanidad se dividirá en dos razas. Así como hoy encontramos rocas y animales, luego encontraremos seres de puro mal y de pura fealdad. En nuestros días sólo el clarividente es capaz de ver en los seres la belleza o la fealdad moral, pero cuando las facciones del hombre sean la expresión de su karma, los hombres se dividirán por sí mismos, según la corriente a la que pertenezcan, según la naturaleza inferior en ellos sea la que ha vencido o no al espíritu. Y esta distinción comienza ya a manifestarse.

Cuando uno trata realmente de comprender en el pasado el futuro y trata de trabajar para realizar el ideal de ese futuro, ve en seguida formarse las líneas del mismo. Una nueva raza se formará que constituirá el eslabón entre el hombre actual y los hombres espirituales del futuro. Es necesario distinguir entre la evolución de las razas y la de las almas. Cada alma está en libertad de desenvolverse hasta llegar a la forma exterior de una raza que recibirá su carácter del bien que ella encarna. Se pertenecerá a esa raza libremente y por el esfuerzo del alma individual en ese sentido. Esa raza no será compulsiva para cada alma, sino solamente el principio de su elevación.

El sentido de la doctrina maniquea es que las almas ya se están preparando desde ahora para transmutar en bien el mal que aparecerá en plena fuerza en la Sexta Epoca. Y en efecto, será necesario que las almas humanas sean lo bastante poderosas como para hacer surgir el bien, mediante la alquimia espiritual, del Mal que entonces se manifestará.

Cuando la evolución del planeta terrestre repase, en sentido inverso, por las fases anteriores de su involución, se producirá primeramente una reunión de la Tierra con la Luna, y después de este globo mismo con el Sol. Ahora bien, la reunión con la Luna marcará el punto culminante del Mal sobre la Tierra, y la unión de este globo con el Sol señalará, por el contrario, el advenimiento de la felicidad, el reino de los elegidos.

El hombre llevará sobre sí el signo de las siete grandes fases terrestres. El libro de los siete sellos quedará entonces abierto, ese libro de que habla el Apocalipsis. La Mujer vestida de Sol, y que tiene la Luna a sus pies, se refiere al tiempo en que la Tierra se encontrará de nuevo unida a la Luna y al Sol.

Las trompetas del Juicio resonarán, porque la Tierra habrá pasado al estado devachánico donde reina, no ya la luz, sino el sonido. El fin de la existencia terrestre será marcado por el hecho de que el principio de Cristo penetrará entonces a toda la humanidad.

Convertidos en seres similares al Cristo, los hombres se reunirán en torno de El como las muchedumbres en torno del Cordero, y la cosecha total de esta evolución constituirá así la nueva Jerusalén, que es la coronación del mundo.

Digitalizado por Biblioteca Upasika

www.upasika.com

NOTAS

(1) La Fraternidad de los Maniqueos reside en Sudamérica, en la región conocida por la Puna de Atacama, en los límites de Chile, Bolivia y Perú. Está formada por 12 Maestros y su influencia se extiende por todos los países sudamericanos, en los cuales actúan algunos de sus principales discípulos.

(2) En alemán. arcángel se dice Erzengel, y Erz significa metal.